

LA REVOLUCIÓN ALEMANA



VÍCTOR SERGE - KARL LIEBKNECHT
ROSA LUXEMBURGO



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1

LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge

Publicado originalmente como Prólogo y capítulo décimo del libro
EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

EL DESALIENTO Y EL ENTUSIASMO

Víctor Serge

Publicado originalmente como capítulo tercero del libro
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO.
(1919 -1920)

¿QUÉ QUIERE LA LIGA ESPARTAQUISTA?

Karl Liebknecht

DISCURSO ANTE EL CONGRESO DE FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

Rosa Luxemburgo

[Selección de textos]



“La clase oprimida y luchadora es, en sí misma, el sujeto del conocimiento histórico. En Marx aparece como la última clase esclavizada, como el vengador que completa la tarea de liberación en nombre de todas las generaciones previas de oprimidos. Esta convicción, que tuvo un breve resurgir en el grupo de los Espartaquistas, ha resultado desagradable siempre a los socialdemócratas.

En tres décadas, ellos lograron borrar el nombre de Blanqui casi totalmente, aunque fuera la voz que habría que haber rescatado y cuyo sonido reverberó durante el siglo precedente. La socialdemocracia se las arregló para adjudicar a la clase obrera el papel de *Redentor de futuras generaciones*, cortando de esta manera los tendones de su mayor fuerza. Con esta táctica, la clase obrera tendió a olvidar su odio y su espíritu del sacrificio: ambos se nutren de la imagen de antepasados esclavizados y no de la de nietos redimidos.”

Walter Benjamín
Tesis sobre el concepto de historia



<http://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS *en lucha*

La red mundial de los hijos de la revolución social

“La pretendida imparcialidad de los historiadores no pasa de ser una leyenda, destinada a consolidar ciertas convicciones útiles. Bastarían para destruir esta leyenda, si ello fuese necesario, las obras que se han publicado acerca de la gran guerra. El historiador pertenece siempre “a su tiempo”, es decir, a su clase social, a su país, a su medio político.

Sólo la no disimulada parcialidad del historiador proletario es hoy compatible con la mayor preocupación por la verdad. Porque únicamente la clase obrera obtendría toda clase de ventajas, en toda clase de circunstancias, del conocimiento de la verdad. Nada tiene que ocultar, en la historia por lo menos. Las mentiras sociales siempre han servido, y sirven todavía, para engañarla. Ella las refuta para vencer, y vence refutándolas. No han faltado, sin duda, algunos historiadores proletarios que han acomodado la historia a ciertas preocupaciones de actualidad política. Al hacerlo se han plegado a tradiciones que no son las suyas y han sacrificado los intereses superiores y permanentes de su clase a ciertos intereses parciales y pasajeros.(...)

El núcleo del partido bolchevique se templó para las lucha y levantó el balance de una experiencia, ya formidable, durante la crisis moral que vino luego -los años de reacción fueron dolorosos para el movimiento revolucionario, como lo son siempre los días que siguen a la derrota: el individualismo, el escepticismo, el desaliento y el apartamiento de los débiles se manifestaron bajo diversas formas. El proletariado no tiene otra escuela que la de la lucha.

Clase explotada, clase oprimida, clase por definición de vencidos es en los reveses donde aprende a vencer; sólo el hecho de alzarse y de actuar es ya, en cierto sentido, una victoria, y sus más sensacionales derrotas equivalen a veces, en la historia, a fecundas victorias. Así ocurrió en 1905.

[cita a Lenin] "*Sobre la guerra de guerrillas*".El 30 de septiembre de 1906 escribía, contestando a todos aquellos que le trataban de “blanquista”, “anarquista” y “bakuninista”:

“...El marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento revolucionario a ninguna forma determinada de lucha. Admite los métodos más diversos de actuación, sin por ello ‘inventarlos’; se limita a generalizar, a organizar, a dar sentido consciente a los métodos de acción de las clases revolucionarias que surgen espontáneamente en el transcurso del movimiento revolucionario. Enemigo resuelto de todas las fórmulas abstractas, de todas las recetas de los

doctrinarios, exige el marxismo una actitud atenta hacia la lucha de las masas, lucha que suscita sin cesar nuevos métodos de ataque y de defensa, conforme se desarrollan los acontecimientos y la conciencia de las masas, y conforme se agravan las crisis económicas y políticas. El marxismo no rechaza ninguna forma de lucha... El marxismo no se contenta en todo caso con las formas de lucha existentes o posibles en un momento dado, reconociendo que son imprescindibles nuevos métodos de acción, desconocidos aún por los militantes actuales, así que se hayan modificado la coyuntura. Puede afirmarse a este respecto que, lejos de abrigar la pretensión de enseñar a las masas métodos de acción ideados por los confeccionadores de sistemas, producto de gabinete, es el marxismo una escuela permanente de la práctica de las masas. "

"...El marxismo exige de una manera incondicional el estudio histórico del problema de las formas de lucha. Plantear este problema con independencia de una situación histórica concreta equivale a desconocer el abecé del materialismo dialéctico. A distintos momentos de la evolución económica corresponden diferentes formas de lucha condicionadas por las situaciones políticas, nacionales y culturales, así como por las costumbres que modifican a su vez las formas secundarias, auxiliares, de la acción." (...)"Tengamos presente que se acerca la gran lucha de masas. Esta lucha equivale a la insurrección armada. Dentro de lo posible, deberá ser simultánea en todo el país. Las masas deben saber que marchan a una lucha armada, sangrienta, desesperada. Deben compenetrarse del desprecio a la muerte, que es el que ha de asegurarles la victoria. Hay que llevar adelante la ofensiva con la mayor energía; el santo y seña de las masas ha de ser la agresión y no la defensa; el exterminio implacable del enemigo ha de constituir su objetivo; la organización de la lucha será flexible y de gran movilidad; se arrastrará a la acción a los elementos vacilantes del ejército. El partido del proletariado consciente debe cumplir su deber en esta gran lucha."

Las masas tienen millones de caras; no son homogéneas; están dominadas por los intereses de clases, variados y contradictorios; no llegan a alcanzar la verdadera conciencia -sin la cual no es posible ninguna acción fecunda- sino mediante la organización.

El año I de la revolución rusa

Prólogo

al libro *EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA*

He procurado presentar en este libro un cuadro verídico, vivo y razonado, de las primeras luchas de la revolución socialista rusa. Siendo mi principal deseo el poner de relieve ante los ojos de los proletarios las enseñanzas de una de las épocas más grandes y decisivas de la lucha de clases en los tiempos modernos, no me era posible hacer otra cosa que exponer el punto de vista de los revolucionarios proletarios. Esta actitud mía tendrá para el lector ajeno a las doctrinas comunistas la ventaja de darle a conocer cómo comprendían y cómo comprenden la revolución quienes la hicieron.

La pretendida imparcialidad de los historiadores no pasa de ser una leyenda, destinada a consolidar ciertas convicciones útiles. Bastarían para destruir esta leyenda, si ello fuese necesario, las obras que se han publicado acerca de la gran guerra. El historiador pertenece siempre "a su tiempo", es decir, a su clase social, a su país, a su medio político. Sólo la no disimulada parcialidad del historiador proletario es hoy compatible con la mayor preocupación por la verdad. Porque únicamente la clase obrera obtendría toda clase de ventajas, en toda clase de circunstancias, del conocimiento de la verdad. Nada tiene que ocultar, en la historia por lo menos. Las mentiras sociales siempre han servido, y sirven todavía, para engañar. Ella las refuta para vencer, y vence refutándolas. No han faltado, sin duda, algunos historiadores proletarios que han acomodado la historia a ciertas preocupaciones de actualidad política. Al hacerlo se han plegado a tradiciones que no son las suyas y han sacrificado los intereses superiores y permanentes de su clase a ciertos intereses parciales y pasajeros. Me he guardado mucho de imitarlos. Si acaso he llegado a deformar la verdad en algunos puntos, lo que es probable, ha sido sin darme cuenta, por no disponer de datos suficientes o por error.

Tal cual es este libro resultará, sin duda alguna, muy imperfecto. Absorto en otros trabajos, entregado a la vida de militante en una época bastante accidentada, no he dispuesto nunca del ocio tranquilo que es necesario para el estudio de la historia. Por idénticas razones, no suelen, los que hacen la historia, tener la oportunidad de escribirla.

Por otra parte, tampoco la materia se encuentra a punto. Los hechos son demasiado recientes, demasiado palpitantes; las cenizas del brasero están calientes todavía, queman si se acerca a ellas la mano... Existe en Rusia, acerca de la revolución de octubre, una literatura más abundante que rica.

Memorias, relatos, notas, documentos y estudios parciales salen profusamente a la luz pública. Pero es necesario confesar que no hay nada más difícil que sacar partido de esta inmensa documentación, demasiado subordinada a propósitos de agitación, y en la que faltan casi por completo las obras sistemáticas, de conjunto. La historia de los partidos, de la guerra civil, del Ejército rojo, del terror, de las organizaciones obreras, no ha llegado siquiera a esbozarse. No se ha publicado en la URSS -y no hay por qué sorprenderse de ello- una historia a fondo de la revolución, aparte de algunas obras que sólo son un compendio de la misma. Los únicos que han abordado a fondo algunos de los problemas que a ellos les afectan son los escritores militares. En estas condiciones, las memorias, a las que es indispensable recurrir, presentan grandes fallas. Los revolucionarios no pasan de ser, en el mejor de los casos, unos medianos cronistas; además, casi siempre han tomado la pluma con un fin preconcebido, a saber: conmemorar algún aniversario, rendir homenajes, polemizar y aun deformar la historia de acuerdo con las conveniencias de determinados intereses del momento. Los trabajos parciales, como, por ejemplo, las monografías locales, presentan pocas garantías científicas.

Me he esforzado, pues, por buscar el rasgo característico aprovechando la mayor parte de esta documentación. Para dar al lector elementos muy concretos de apreciación he reproducido profusamente detalles y citas. Me he limitado a indicar mis fuentes de información cuando he aprovechado ciertos trabajos anteriores que ofrecen un valor real, y cuando he creído útil subrayar la autoridad de un testimonio, y, finalmente, con el propósito de facilitar al lector el trabajo de investigación.

He de proseguir estos trabajos en cuanto me sea posible. Quedaré muy reconocido a los lectores que reclamen mi atención sobre los puntos incompletos de esta obra, así como sobre aquellos temas que crean conveniente esclarecer. Conviene que fijemos aquí lo que representa el año I en la historia de la revolución.

El año I de la revolución proletaria -o sea, de la República de los Soviets empieza el 7 de noviembre de 1917 (el 25 de octubre, según el antiguo calendario) y se cierra, como es natural, el 7 de noviembre de 1918, en el momento en que estalla la esperada revolución alemana.

Existe una coincidencia casi perfecta entre el calendario y la primera fase del drama histórico, que se inicia con la insurrección victoriosa y termina con la extensión de la revolución a la Europa central. Vemos entonces plantearse, por primera vez, todos los problemas que está llamada a resolver la dictadura del proletariado: organización de los abastecimientos,

organización de la producción, defensa interior y exterior, actitud hacia las clases medias, los intelectuales, los campesinos, y vida del partido y de los Soviets.

Propondríamos que se llamase a esta primera fase las conquistas del proletariado, a saber: toma del poder, conquista del territorio, conquista de la producción, creación del Estado y del ejército, conquista del derecho a la vida...

La revolución alemana abre la fase siguiente, la de la lucha internacional (o más concretamente, la de la defensa armada -defensa agresiva en ciertos momentos- del hogar de la revolución internacional). En 1919 se forma la primera coalición contra la República de los Soviets.

Pareciendo a los aliados insuficiente el bloqueo, fomentan la formación de Estados contrarrevolucionarios en Siberia, en Arkhangelsk, en el Mediodía, en el Cáucaso. Durante el mes de octubre de 1919, al finalizar el año II, la República, asaltada por ejércitos blancos, parece estar a punto de sucumbir. Kolchak avanza sobre el río Volga; Denikin, después de invadir Ucrania, avanza sobre Moscú; Yudenich avanza sobre Petrogrado, apoyándose en una escuadra inglesa. Un milagro de energía da la victoria a la revolución. Continúan reinando el hambre, las agresiones, el terror, el régimen heroico, implacable y ascético del "comunismo de guerra". Al año siguiente, en el momento en que acaba de decretarse el fin del terror, la coalición europea lanza a Polonia contra los Soviets. El Ejército rojo llega al pie de las murallas de Varsovia, en el momento mismo en que la Internacional Comunista celebra en Moscú su segundo congreso, y alza sobre Europa la amenaza de una nueva crisis revolucionara. Termina este período en los meses de noviembre-diciembre de 1920 con la derrota de Wrangel en Crimea y con la paz con Polonia. Parece haber terminado la guerra civil, pero el levantamiento de los campesinos y la insurrección de Cronstadt ponen brutalmente de manifiesto el grave conflicto entre el régimen socialista y las masas del campo.

En 1921 se abre una tercera fase, que podríamos llamar la de la reconstrucción económica, que se inicia con la nueva política económica (llamada, en abreviatura, la NEP) y que acaba en 1925-26 con la vuelta de la producción al nivel de la anteguerra (aunque con una cifra de población superior). Recordemos en breves palabras en qué consistía la NEP.

Después de las derrotas sufridas por las clases obreras de Europa, la dictadura del proletariado se vio forzada a realizar determinadas concesiones económicas a la pequeña burguesía rural. Estas concesiones

fueron la abolición del monopolio del trigo, la libertad de comercio y la tolerancia, dentro de ciertos límites, del capital privado. El Estado socialista conservó todas las posiciones dominantes en el campo económico y no hizo concesión alguna en el terreno de la política. Esta importante "retirada" -la palabra es de Lenin-, cuya finalidad fue la de preparar el avance ulterior hacia el socialismo, pacificó el país e hizo más fácil su reconstrucción.

A partir de 1925~26 entra la historia de la revolución proletaria de Rusia en una cuarta fase. Ha llegado a buen término la reconstrucción económica, lo que constituye un triunfo admirable cuando apenas han pasado cinco años desde la terminación de la guerra civil, en un país duramente castigado y abandonado a sus propias fuerzas.

LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Publicado originalmente como capítulo décimo del libro
El año 1 de la revolución rusa

HUNDIMIENTO DE LOS IMPERIOS CENTRALES

No habían sido menos decisivos en Occidente que en Rusia los meses de julio y agosto. Las grandes ofensivas alemanas de la primavera, llevadas a cabo en momentos en que todavía no habían entrado en juego las fuerzas norteamericanas y Rusia se declaraba fuera de combate, no habían conseguido quebrar la voluntad de resistir de los aliados. La tenaza alemana sólo había conseguido acercarse a París. Las tropas de Hindenburg y de Ludendorf salían a fines de abril de sus posiciones de Cambrai, San Quintín y La Fère y avanzaban hasta Albert, Montdidier, Noyon (batalla del Somme), llevando a cabo en algunos puntos un avance de cincuenta kilómetros y amenazando a la vez Amiens y el entronque de los ejércitos ingleses y franceses, Compiègne y el camino de París. Otro nuevo esfuerzo les había llevado a fines de mayo desde el Ailette hasta el Marne, otro avance de cuarenta kilómetros, ilustrado por la conquista de Soissons y de Château-Thierry.

Pero desde que entró en la guerra la más grande potencia industrial y financiera del universo -los Estados Unidos-, la victoria de los Imperios centrales era imposible, a menos que los aliados desfalleciesen. La guerra submarina sin limitaciones, que tal vez hubiera podido vencer a Inglaterra

antes de la intervención norteamericana, no era ya sino un absurdo malbaratamiento de esfuerzos y de riquezas: los astilleros ingleses y británicos construían por mes más barcos que los que los submarinos alemanes podían hundir... El desgaste de los ejércitos aliados se veía cada día mejor compensado con la llegada del magnífico material humano enviado por Norteamérica desde fines de abril, a razón de 300000 hombres por mes.

Alemania y Austria habían llegado al límite de sus fuerzas cuando los Estados Unidos apenas si habían empezado a dar de sí, con un entusiasmo calculado. La ocupación de Ucrania había procurado a los Imperios centrales muy poco trigo; en cambio obligó a tener inmovilizadas fuerzas considerables en el frente de Rusia: 22 divisiones, muy propensas, como pronto iba a verse, a sufrir el "contagio del bolchevismo", porque, estaban formadas por reservistas. Hacia mediados de julio interrogó el canciller von Hinze a Ludendorf acerca de la posibilidad de obtener una victoria definitiva, y recibió, a pesar de todo, esta asombrosa contestación:

"Contesto categóricamente: sí". A esta palabra, demasiado categórica, siguió el desastre del 15 de julio. Se lanzó una cuña entre Reims y Château-Thierry, en dirección a Epernay. Una vez pasado el Marne, fue a chocar el agresor contra nuevas líneas inexpugnables. El esfuerzo alemán quedó quebrantado en veinticuatro horas. Dos días más tarde pasaba Foch a la ofensiva contra "la bolsa de Château-Thierry". Empezó la acción en Villers-Cotterets con un formidable ataque de carros de asalto. Era el principio del fin. En los últimos días de julio se retiraban los alemanes sobre el río Vesle... "El 8 de agosto fue la más negra jornada del ejército alemán en la historia de la guerra mundial." (Ludendorf.) Este día empieza la tercera batalla de Picardía, entre Albert y Moreuil. El carro de asalto afirma finalmente en los campos de batalla la victoria de la técnica de los aliados.

El 2º ejército alemán cede. Sus pérdidas son tan grandes que hay necesidad de rehacer varias divisiones.

El gran hecho nuevo, el que lleva a los jefes el sentimiento del fin próximo, es que los soldados no quieren pelear más. "Se producen hechos que jamás se habrían creído posibles en el frente alemán: nuestros soldados se rendían a los jinetes enemigos; unidades enteras rendían las armas ante un tanque. Una división de refresco que subía a la línea de fuego valerosamente, fue acogida por las tropas que se retiraban con gritos de: '¡Esquiroles!' '¡No están todavía bastante hartos de guerra...!' Los oficiales

llegaban a perder toda influencia en ocasiones, y se plegaban al movimiento... Había que poner fin a la guerra.” (Ludendorf.)¹

Los alemanes retroceden ya en todo el frente, bajo los golpes precipitados y matemáticos del enemigo que los domina cada día más. De una semana a otra puede su resistencia trocarse en desastre. El Estado Mayor exige que se hagan los ofrecimientos de paz sin perder un momento...²

El 15 de septiembre atacan los aliados en Macedonia, entre el Vardar y el Czerna. Están enterados, por los diplomáticos norteamericanos, que se han quedado sabiamente en Sofía, que Bulgaria no puede ya más. El campesino búlgaro no quiere seguir peleando. Las divisiones II y III abandonan sus posiciones sin combate. El ejército búlgaro se disgrega en pocos días. El zar Fernando, enloquecido, envía al frente al jefe de la oposición campesina, Stamboliski, al que han sacado de la cárcel el día anterior. Un ejército republicano avanza sobre Sofía. No se conocen bien aún estos acontecimientos. Lo cierto es que fue necesaria, para contener la revolución, la intervención enérgica de las tropas alemanas, en primer término, que impidieron que el ejército insurreccionado se apoderase de la capital, y luego la intervención de las tropas aliadas... El zar Fernando abdicó en favor de su hijo Boris. Tomó el poder el partido que había estado en la oposición hasta el día anterior. La revolución campesina continuó retumbando amenazadora bajo los cañones del extranjero. La capitulación oficial de Bulgaria, recibida por Franchet d'Espérey, data del 27 de septiembre.

Austria, a punto ya de derrumbarse, solicita la paz (nota del 14 de septiembre, a los Estados Unidos). El 4 de octubre, Alemania y Austria proponen conjuntamente al presidente Wilson un armisticio. Se forma en Berlín un nuevo gobierno: el príncipe Max de Baden ocupa el cargo de canciller, el socialdemócrata Scheidemann el de vicescanciller...

Transcurren largas semanas en difíciles negociaciones con el presidente Wilson. Los Imperios centrales suscriben sus catorce puntos de enero (diplomacia abierta, libertad de los mares, igualdad comercial, derechos de los pueblos a disponer de sí mismos, independencia de Polonia, Sociedad de Naciones). Wilson declara que no consiente en tratar sino con una Alemania democrática. La propaganda de la democracia y del derecho de las nacionalidades acaba la obra del bloqueo y de los carros de asalto. Y aquí se pone de manifiesto la superioridad de los países capitalistas más avanzados desde el punto de vista social, sobre los imperios entorpecidos por supervivencias de un régimen antiguo. Alemania, sobre la cual se ciernen los espectros de la invasión y de la revolución, acepta todo. El

emperador Carlos de Austria se ve de pronto con un alma de innovador y proclama (16 de octubre) el "Estado federativo". Demasiado tarde. Los checos, sin esperar ya a sus rescriptos, se organizan por sí mismos en Estado independiente. El día 31 de octubre se echa la revolución a las calles en Viena y en Budapest.

En Sofía, en Budapest, en Viena, en Berlín, los ojos se vuelven a Rusia: ejemplo, esperanza, fe. Se forman en todas partes Soviets clandestinos o legales. En Berlín, el grupo *Espartaco* resuelve el 7 de octubre, en una conferencia clandestina, formar Soviets; Liebknecht, amnistiado, sale de la cárcel mientras el Estado Mayor prepara minuciosamente la represión de los desórdenes. Una venada de locura de los jefes del almirantazgo da la señal para la revolución. La escuadra recibe orden de salir y presentar a los aliados una última batalla, evidentemente desesperada, para salvar el honor. Los almirantes del Káiser quieren caer en bella postura. Pero los marinos no tienen iguales razones para morir; por el contrario, se convencen con razones nuevas de que deben vivir. Las tripulaciones, organizadas alrededor de Soviets clandestinos se sublevan; los obreros de Kiel apoyan este movimiento con una huelga general (28 de octubre - 4 de noviembre). Es en vano que el socialdemócrata Noske arengue a los marinos insurreccionados. La llama se extiende. Todavía el 6 de noviembre conferencian los hombres de Estado socialdemócratas, bajo la presidencia del príncipe Max de Baden, con el general Groener, "acerca de los medios de mantener la monarquía". La obstinación de Guillermo II, que se niega a abdicar, compromete la dinastía a los ojos mismos de sus últimos defensores. Max de Baden asume la regencia (9 de noviembre); Fritz Ebert, diputado socialdemócrata y antiguo obrero guarnicionero, sube a regente del Imperio; el Káiser desaparece de improviso, en auto, del cuartel general de Spa, y se dirige a Holanda, mientras Karl Liebknecht proclama, desde lo alto de un balcón del Palacio Imperial de Berlín, la República y el advenimiento del socialismo...

Los verdaderos amos de Alemania son, desde el Escalda hasta el Volga, los consejos de diputados obreros y soldados -los Soviets. Alemania tiene por gobierno legal un Consejo de Mandatarios del Pueblo, integrado por seis socialistas.

Todos los acontecimientos de Rusia, desde fines de septiembre hasta enero de 1919, se desarrollan sobre este fondo en llamas. Este período se caracteriza por la ofensiva victoriosa de la revolución rusa en todos los frentes y por la inmensa victoria que constituye, para los marxistas revolucionarios que la han previsto, anunciado y descontado, la revolución

alemana, realización de esperanzas más vastas, principio de la revolución occidental.

TODO PARA LA REVOLUCIÓN ALEMANA

El Vtsik y el Soviet de Moscú se reúnen en sesión plenaria el 3 de octubre, día de la constitución del nuevo gabinete alemán, formado por el príncipe Max de Baden y Scheidemann. Lenin, convaleciente aún, no puede asistir.

Se lee una breve carta suya.

“La crisis alemana demuestra que ha empezado la revolución, o que es inminente e inevitable. El gobierno titubea entre la dictadura militar que en realidad existe desde el 2 de agosto de 1914, y que es ya insuficiente, porque las tropas no son ya seguras, y la coalición con los socialistas. La entrada de Scheidemann en el gabinete no hará más que activar la explosión porque se pondrá pronto de manifiesto la impotencia de esos miserables lacayos de la burguesía. La crisis no hace más que empezar y acabará infaliblemente con la toma del poder por el proletariado”.(...)

“El proletariado de Rusia debe poner en tensión todas sus fuerzas para acudir en ayuda de los obreros alemanes... llamados a sostener la lucha más obstinada contra el imperialismo inglés y contra el suyo propio. La derrota del imperialismo alemán provocará durante algún tiempo en el imperialismo francés un recrudescimiento de arrogancia, de crueldad, de espíritu reaccionario y conquistador...”

“El proletariado ruso debe comprender que pronto le serán pedidos los más grandes sacrificios en favor del internacionalismo. Se acerca la hora en que las circunstancias pueden exigir que ayudemos contra el imperialismo anglosajón a los obreros alemanes, que habrán sacudido el yugo de su propio imperialismo.”

“Hay que crear una reserva de trigo para la revolución alemana, hay que activar la formación de un poderoso ejército rojo.”

“Habíamos resuelto contar con un ejército de un millón de hombres para la primavera; ahora nos hace falta un ejército de tres millones de hombres. Podemos tenerlo. Lo tendremos.”

“Son posibles los cambios de situación más bruscos; es todavía posible que los imperialismos alemán y anglo francés se usen contra el gobierno de los Soviets.”

Trotsky trazó un amplio cuadro de los acontecimientos:

“Se puede afirmar que, como materialistas que somos, habíamos comprendido la naturaleza de los acontecimientos y que preveíamos su desenlace. La historia se cumple, tal vez contra nuestro gusto, pero siguiendo la curva que habíamos trazado. Y aunque sean precisos grandes sacrificios, el final será el que hemos previsto: la caída de los dioses del capitalismo y del imperialismo. Parece que la historia haya querido dar a la humanidad una última y asombrosa lección. Los trabajadores eran demasiado perezosos, apáticos e indecisos. Ciertamente que no habríamos sido testigos de esta guerra si, en 1914, hubiese tenido la clase obrera suficiente resolución para oponerse a los designios imperialistas. Pero no sucedió nada de esto, la clase obrera necesitaba que la historia le diese una nueva y cruel lección. La historia permitió que el país más poderoso, el mejor organizado, se elevase a una altura inconcebible.

Los cañones de 420 dictaron al universo la voluntad de Alemania. Pareció que Alemania había esclavizado a Europa para siempre... Y he aquí que la historia, después de haber elevado el imperialismo alemán hasta semejante altura, después de haber hipnotizado a las masas, lo hunde vertiginosamente en un abismo de impotencia y de humillación, como para decir: ‘¡Ahí tenéis! Está destruido, barred, pues, sus restos de Europa, del universo...’”.

Trotsky se dedicó a demostrar que la salvación de Alemania estribaba en la toma del poder por el proletariado:

“Alemania se atraería con ello, poderosamente, la simpatía de las masas oprimidas del universo -y ante todo de las de Francia. La clase obrera francesa, más desangrado que ninguna otra, sólo espera, en el fondo de su corazón revolucionario, la primera señal de Alemania...”.

Y concluye:

"...Si el proletariado de Alemania intenta tomar la ofensiva, el deber esencial de la Rusia de los Soviets consistirá en pasar por alto, en la lucha revolucionaria, las fronteras nacionales. La Rusia de los Soviets no es más que la vanguardia de la revolución alemana y europea... Por una parte, el proletariado alemán y su técnica y, por otra, nuestra Rusia desorganizada, pero rebosante de riquezas naturales y tan poblada, constituirán en bloque formidable contra el cual vendrán a estrellarse todos los embate del imperialismo...

Liebknecht no tiene que preocuparse de firmar un tratado con nosotros. Le ayudaremos, aun sin tratado, con todas nuestras fuerzas. Lo consagramos todo a la lucha proletaria mundial. Lenin nos recomienda en su carta que creemos un ejército de un millón de hombres para la defensa de la República de los Soviets. Este programa es demasiado estrecho.³ La historia nos dice: "Tal vez os pida socorro mañana la clase obrera de Alemania; cread un ejército de dos millones de hombres...".

Tales eran, en efecto, los sentimientos y también la doctrina, no sólo del partido, sino de todos los revolucionarios rusos, fuesen socialistas revolucionarios de izquierda, anarquistas o mencheviques internacionalistas. Lenin había llegado a escribir durante las discusiones sobre la paz de Brest-Litovsk que, si se presentase el caso de una revolución alemana amenazada en su lucha decisiva, "podría ser conforme con el objetivo perseguido, más aún, obligatorio arriesgar una derrota y la pérdida misma del poder de los Soviets".⁴ La República socialista en un país atrasado puede estar llamada a sacrificarse por la revolución socialista, mucho más importante para el proletariado internacional de un país avanzado, es decir, provisto de una base industrial mucho más poderosa y de un proletariado más numeroso. Desde el punto de vista del internacionalismo proletario, es éste un principio que se impone con la sencillez de un axioma. El 20 de agosto escribía Lenin en su Carta a los obreros americanos:

"No es socialista aquel que no acierta a comprender que no se puede ni se debe retroceder ante ningún sacrificio, aunque fuese territorial, aunque implicase pesadas derrotas a manos del imperialismo, cuando se trata de contribuir a la iniciación de la revolución proletaria internacional. No es socialista aquel que no ha demostrado con sus actos que está dispuesto a aceptar para su

patria los más grandes sacrificios, con tal de que progrese realmente la causa de la revolución socialista".⁵

La resolución adoptada por el *Vtsik* promete al proletariado de Alemania y de Austria el concurso sin reservas de los trabajadores de Rusia; se encargó al Consejo Revolucionario de Guerra "trazar un programa amplificado de la formación del ejército rojo"; a la Comisaría de Abastecimiento que procediese a crear inmediatamente un fondo de avituallamiento para la clase obrera de Alemania y de Austria.

NUEVOS PELIGROS

Lenin, repuesto de sus heridas, tomó la palabra el 22 de octubre en sesión plenaria del *Vtsik*, del Soviet y del Consejo de Sindicatos de Moscú. Y desarrolló el tema siguiente:

"Nunca hemos estado tan cerca de la revolución mundial y tampoco nos hemos encontrado nunca en un peligro tan grande, porque nunca hasta ahora se había considerado el bolchevismo como un peligro mundial".

Antes del desmoronamiento de los Imperios centrales podía creerse que la revolución rusa era un fenómeno específicamente ruso. Ahora se cae en la cuenta de que es todo lo contrario. "El bolchevismo se ha convertido en una teoría mundial; es la táctica del proletariado mundial."

Fijémonos en la prudencia calculada de ciertas frases:

"Es inevitable en Alemania una revolución popular, y es posible que proletaria... Tengamos cuidado de no causar daños a la revolución en Ucrania. Es necesario comprender las variantes que se dan en el crecimiento de cada revolución. La revolución sigue un camino distinto en cada país nosotros, que la hemos visto y vivido, lo sabemos mejor que nadie... La intervención de aquellos que no conocen el ritmo de crecimiento de la revolución puede perjudicar a los comunistas conscientes que dicen: 'Esforcémonos primero por elevar este proceso hasta la conciencia...' Una revolución no tiene valor sino cuando sabe defenderse, pero esto no lo aprende en seguida".⁶

La desintegración del imperialismo alemán suscitaba de rechazo un peligro inmenso para la revolución rusa. De allí en adelante tenían los aliados las manos más libres para actuar frente a la República de los Soviets. Por otro lado se veían amenazados por el bolchevismo, no ya sobre el Rin, sino sobre el Vístula. Era muy posible que las burguesías germánicas y las aliadas se reconciasen, dada la novedad de las circunstancias, en contra de los Soviets. Entre Alemania y los aliados parecía haberse realizado un acuerdo tácito en lo referente a la ocupación de Ucrania. Había que esperar un ataque de los aliados por el sur, por los Dardanelos y el mar Negro o por Rumania. Lenin no se equivocaba. Los aliados soñaban con ocupar Ucrania. El general Franchet d'Espérey encaraba la posibilidad de grandes operaciones en el sur de Rusia. Ya veremos cómo esta campaña tuvo unos principios de ejecución graves y sangrientos.

No hay en el discurso de Lenin una sola alusión a las disensiones que suscitó en otro tiempo la paz de Brest-Litovsk. Es un jefe modesto en el triunfo, más aún, lo ignora. Se ha visto de una manera elocuente la exactitud de las ideas que exponía en febrero en su polémica contra los comunistas de izquierda, partidarios de la guerra revolucionaria. Las grandes ofensivas que Hindenburg y Ludendorff desencadenaron en la primavera habían demostrado cuánta fuerza tenía todavía el imperialismo alemán, que iba a resistir otros nueve meses. Hoy sabemos que el general Hoffmann preconizaba en el Gran Cuartel General alemán una ofensiva decisiva contra la República de los Soviets. La tregua precaria y dolorosa que se consiguió gracias al tratado de Brest-Litovsk había permitido a la revolución asentarse, vencer a los enemigos del interior y dar comienzo a la formación del ejército rojo; y los males que corroían el imperialismo alemán habían alcanzado en este lapso una gravedad extrema.

Dos problemas complejos se planteaban a los jefes de la revolución rusa:

- a] Asegurar la victoria del proletariado en Alemania.
- b] Sostenerse contra la *Entente* victoriosa.

Cuanto más amenazada se vea la Entente por el proletariado alemán, más enérgicamente combatirá el bolchevismo. La victoria del proletariado de Alemania vendría a realizar el bloque de los obreros de Europa contra los capitalistas del universo. El destino del mundo está en juego.

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Uno de los escritores más renombrados de la socialdemocracia alemana se esforzaba el año 1908 por demostrar que Alemania se hallaba madura para la revolución socialista.⁷

Ningún otro país llenaba entonces todas las condiciones previas de la transformación social: elevada concentración industrial, técnica maravillosamente desarrollada, poderosa industrialización, predominio social del proletariado, organización proletaria en vías de rápido crecimiento. La población total de Alemania era de 61700000 habitantes, de los cuales 27400000 se hallaban en edad de trabajar. Esta población activa descomponíase como sigue: 6049135 propietarios (22.9 %), 1588168 empleados (5.8 %) y 19782595 proletarios (72.3 %). Estas cifras, tomadas de un censo oficial, han sido discutidas. En la clasificación de "propietarios" se cuentan, junto a los representantes de las clases medias y ricas, un buen número de pequeños agricultores que están muy cerca de los proletarios por su situación social. Pero lo que no puede discutirse es el predominio de la población industrial en Alemania. Un ensayo de distribución de la población activa por clases (año 1925) nos da el resultado siguiente: proletarios 16000000; elementos semiproletarios (empleados subalternos, campesinos pobres), 5700000; pequeñoburgueses (artesanos, campesinos acomodados, empleados y funcionarios medios y superiores), 10100000; capitalistas y personal dirigente de la sociedad capitalista, 2000000. En total, 33800000 habitantes, de los cuales son asalariados 20600000.263

Datos sobre la revolución alemana. La estadística social suscita grandes controversias sin que por ello sus datos generales se hayan modificado. A los 27400000 adultos hábiles del censo de 1907 hay que agregar 4600000 adultos "sin profesión": el ejército, las tripulaciones de la armada, los rentistas, los pensionados. El Anuario de la Internacional Comunista para 1923 (edición rusa) da, antes de la movilización revolucionaria de 1923, las siguientes cifras: independientes, 4430000; semiproletarios, 3475000; empleados, 3216000; obreros, 22700000. Las cifras sensiblemente más bajas que reproducimos del año 1925 provienen de la misma fuente, pero fueron publicadas en 1925 después del fracaso del PCA en Los Partidos socialdemócratas (prefacio de E. Varga). Las aceptamos con todas las reservas deseando a nuestros estadísticos más prudencia en el manejo de cifras y un poco menos de preocupación por el oportunismo.

El partido socialista, apoyado en las ricas cooperativas y en los sindicatos más poderosos del mundo, había obtenido en las elecciones generales de

1912 4250000 sufragios; el año 1914 contaba con 1086000 miembros. Si durante la guerra habían descendido sus efectivos hasta 243000 (1917), hay que atribuirlo, sobre todo, a la suspensión de la vida política. Pero el 2 de agosto de 1914 sólo había dos héroes, entre los cien diputados de este partido, que votaron contra la guerra; habían votado a favor todos los demás, todos los cuadros, todos los jefes del proletariado socialista.

Aquello había sido el brusco remate de una larga evolución. El auge económico del capitalismo, la prosperidad del país, fundada en parte en los beneficios de la explotación de las colonias y en la exportación, la existencia de una aristocracia obrera bien retribuida, satisfecha, emparentada por sus costumbres y sus aspiraciones a las clases medias influyentes, habían permitido al oportunismo pequeñoburgués socavar al gran partido obrero. Sus medios dirigentes se fueron habituando, cada vez más, a considerar suya la suerte del Imperio.

En este terreno tan movedizo se habían librado luchas complicadas entre las diversas tendencias del socialismo; siempre acabó triunfando el oportunismo, apoyado por todas las fuerzas de la sociedad capitalista. En estas batallas de ideas sin cesar renovadas entre las pequeñas minorías revolucionarias y los grandes jefes realistas del partido, amos de un ejército de funcionarios disciplinados, se trataba de despistar la conciencia del proletariado, de engañar a las masas con otras palabras, continuando con el uso de un vocabulario de revolución vaciado de su contenido primitivo. A la lucha de clases sucedía paulatinamente la colaboración de clases; la teoría de la conquista pacífica del socialismo por la democracia parlamentaria hacía olvidar la necesidad de la dictadura del proletariado afirmada por Marx; un patriotismo ampuloso y embaucador izaba en los congresos, a la par de las banderas rojas de la Internacional Obrera, los colores nacionales. Hasta hubo ensayistas eruditos que acometieron la empresa de revisar los principios del socialismo a la luz de los progresos del capitalismo alemán. Y mientras que el Imperio fundía sus cañones, ellos se obstinaron en demostrar que Alemania se encaminaba hacia la ciudad socialista por el camino de las reformas pacíficas.

La aristocracia obrera, en la cual se reclutaban los dirigentes de la socialdemocracia, había ido identificando durante más de un cuarto de siglo sus intereses con los del régimen cuya prosperidad le aseguraba el bienestar. La votación del 2 de agosto de 1914 no hizo sino poner brutalmente de manifiesto lo que ya había ocurrido hacía tiempo, es decir, el paso de los cuadros del socialismo a la burguesía.

El año 1917, a consecuencia de una escisión, se había formado un partido socialdemócrata independiente, descontento de aquella adhesión incondicional de los Scheidemann y de los Ebert al imperialismo; representaba a la vez una protesta de las masas obreras contra la unión sagrada y contra el viejo centrismo habituado a disfrazar con una fraseología revolucionaria su política de atenuaciones, de transacciones, de contemporización y del justo medio... Pero ocurrió que sus ideólogos fueron precisamente aquellos mismos que más venían trabajando desde hacía diez años por corromper la idea socialista: el creador del revisionismo, Eduardo Bernstein y el pacifista Kautski, dispuesto a hacerse el apóstol del wilsonismo. Sin embargo, a falta de una organización revolucionaria de las masas, fue con la izquierda de este partido (Haase, Däumig, Crispian) con la que tuvo que colaborar Ioffé en vísperas de la revolución alemana. El único grupo proletario auténticamente revolucionario, que desde el punto de vista de la conciencia de clase podía compararse con el partido bolchevique ruso, era la *Spartakusbund* (Liga Espartaco), formada en enero de 1916 por los más grandes veteranos de las luchas contra el oportunismo. Contaba con un puñado de jefes capaces de un gran destino: Leo Tychko, el viejo conspirador polaco, maestro consumado en todo lo referente a la agitación clandestina; el historiador Franz Mehring, autor de algunas de las mejores aplicaciones de los métodos del materialismo histórico; Rosa Luxemburgo, único cerebro del socialismo occidental digno de compararse con Lenin y Trotski; el intrépido Liebknecht. Pero estos jefes, habituados a bregar contra la corriente, no tenían tropas, aunque eran muy populares.

La *Spartakusbund* era "una tendencia ideológica más bien que un partido", según frase de Karl Radek. Por eso tuvo que sumarse, en abril de 1917, al partido socialdemócrata independiente.

Frente al proletariado alemán, que no disponía, como hemos visto, del arma esencial para la lucha de clases -el partido revolucionario, consciente de sus objetivos-, se alzaba la burguesía más culta, la mejor organizada, la más consciente, una burguesía que había sabido formar para la guerra a hombres como Hindenburg, Ludendorf, Mackensen, Von der Goltz, Von Kluck; una burguesía de la que habían salido los Krupp, los Albert Ballin, los Hugo Stinnes, los Walter Rathenau, los Hugenberg, los Kloechner, los Thyssen y tantos otros...

LOS SOCIALISTAS CONTRARREVOLUCIONARIOS SUBEN AL PODER

Esta burguesía no cometi6 la locura de resistir a las tropas cuando éstas, fatigadas, desanimadas, perdida toda esperanza de ganar la guerra, retrocedieron. Ya hemos visto cómo Ludendorf comprendió en seguida que la guerra había terminado y que no se podía perder ni una sola hora para hacer la paz. Disipado el sueño -de ninguna manera idealista de una Alemania más grande, quedaba por salvar el orden imperialista. Y ya no era posible salvarlo sino mediante hábiles transacciones con las masas. Lo que en Rusia no habían sido capaces de comprender, frente a la marea creciente del bolchevismo, los Savinov, los Kornilov, los Kerenski, los Chernov (y con ellos los Buchanan, los Paléoloque, los Albert Thomas), lo entendieron inmediatamente los dirigentes de la Alemania imperialista en septiembre-noviembre de 1918. Tuvieron la idea magistral de dejarse llevar por la revolución, en lugar de oponerse a ella y ser arrastrados. Hay una frase alemana que expresa esta idea con toda exactitud:

“Colocarse en la punta del movimiento para quebrarlo...”

Sich an der Spitze stellen, um die Spitze abzubrechen.

Los jefes no ofrecieron resistencia a las tropas en ninguna parte. Cuando se formaron los consejos (Soviets) de soldados, los jefes tuvieron la habilidad de hacer en muchos casos que fuesen elegidos soldados que eran hechura suya. Los mismos mariscales de campo del Káiser y los grandes financieros, fueron los que llamaron al gobierno a Ebert y Scheidemann, socialistas con los que nada había que temer, pero que tenían figura. El gabinete del príncipe Max de Baden preparó el camino al Consejo de Delegados del Pueblo de la República Socialista que se formó el 12 de noviembre cuando Alemania entera se encontraba ya en poder de los Soviets. Consejo de Delegados, Arbeiterräte (consejos obreros); se encuentra en estos títulos un eco de la revolución rusa. Pero estos Soviets estaban oprimidos por abrumadoras mayorías socialdemócratas. El Consejo de Delegados del Pueblo no era, en realidad, más que un gabinete de coalición demagógicamente camuflado. Tres socialdemócratas mayoritarios, conocidos por su devoción a la burguesía, Fritz Ebert, Landsberg y Scheidemann formaban parte del mismo, junto a tres independientes indecisos: Hugo Haase, Dittmann, Barth.

Este gobierno asumió la misión de establecer en Alemania una república socialista democrática. Y empezó por recomendar a los ciudadanos orden y calma, en espera de las elecciones. Vaciló en suscribir las duras condiciones del armisticio dictadas por los aliados, y sólo lo hizo ante los urgentes apremios del Gran Cuartel General. Desde el primer momento

tuvo que elegir entre dos orientaciones: paz social y paz con los aliados, lo que sobreentendía la defensa del capitalismo, la represión del movimiento revolucionario y el bloque con los aliados contra la República de los Soviets; o bien la guerra civil, alianza con los Soviets de Rusia, defensa revolucionaria de Alemania... La victoria del proletariado en la guerra civil era segura en aquel momento; pero ni Wilson ni Foch habrían consentido - ésa era al menos la creencia- en tratar con el bolchevismo;⁹ por consiguiente, el interés nacional superior imponía la continuación de la lucha en un plano diferente: el de la revolución proletaria; pero hubiera sido preciso para ello ser audaz, y para ser audaz, desear la victoria del proletariado, deseársela y creer en ella. A ello se oponía todo el pasado de la socialdemocracia. En cuanto a la burguesía y a la pequeña burguesía, preferían una Alemania capitalista pisoteada por los aliados, que respirase gracias a la misericordia del presidente Wilson, a una Alemania proletaria, fuerte y altiva, que surgiría de entre las ruinas del imperialismo.

Los delegados del pueblo se abstuvieron de llamar Ioffé. Rechazaron el trigo ruso ofrecido por el Vtsik. Se guardaron mucho de tocar para nada a la vieja burocracia. Conservaron en los puestos de mando a los generales reaccionarios.¹⁰

Los socialistas de la contrarrevolución estaban en el poder. Iba a entablarse la lucha entre ellos y la minoría revolucionaria del proletariado que se había agrupado en torno a la *Liga Espartaco* y a la izquierda del partido socialdemócrata independiente, exigiendo la dictadura del proletariado.

IOFFÉ, EMBAJADOR DE LOS SOVIETS, ES EXPULSADO DE BERLÍN

Los acontecimientos de Rusia se desarrollan obedeciendo a la velocidad adquirida. El ejército rojo se organiza, combate, triunfa, conquista ciudades.

Las comisiones extraordinarias fusilan. Las fábricas, los transportes, las ciudades sostienen una lucha desesperada contra el hambre. El curso normal de las cosas se halla enteramente dominado por la espera de la revolución europea. El país tiene literalmente clavados los ojos en Occidente. ¡Qué importan el hambre, el tifus, los muertos, una ciudad que se gana, una ciudad que se pierde! El porvenir del mundo se decide en Berlín, en París, en Roma, en Londres. Es tan grande y tan sincero el internacionalismo de los Soviets, que nada le hace mella.

Asombra la lectura de los periódicos de esta época. Todos los días dan, en gruesos caracteres, en entrefiletos, el telegrama de última hora, vago rumor recogido en Estocolmo por oídos ansiosos: disturbios en París, disturbios en Lyon, revolución en Bélgica, revolución en Constantinopla, victoria de los Soviets en Bulgaria, desórdenes en Copenhague... La verdades que Europa entera se estremece, que existen Soviets, clandestinos al menos, por todas partes -hasta en los mismos ejércitos aliados-, que todo es posible, todo... Vorovski telegrafía el 15 de octubre desde Estocolmo a Zinoviev: "La revolución madura en Francia (encabezado del telegrama en los periódicos). Hace dos días se ha iniciado en París un movimiento obrero y popular que va tomando fuerza...

Los obreros exigen que se ponga inmediatamente en libertad a los presos políticos... Un Soviet de soldados aliados se ha puesto en contacto con un Soviet de los soldados alemanes en el frente..."

El canciller Max de Baden se decide, al fin, el 5 de noviembre, cuando ya en Kiel ondean las banderas rojas, a tomar una medida que el Estado Mayor venía preconizando desde hacía tiempo. Rompe las relaciones con la República de los Soviets. Se invita a Ioffé a salir de Berlín en el término de veinticuatro horas. Se han abierto "por accidente" valijas diplomáticas rusas y se han encontrado en ellas folletos revolucionarios en lengua alemana. A este motivo, que resulta más bien comprometedor ante las masas alemanas, se agrega otro: el gobierno soviético se ha mostrado reacio a castigar a los asesinos del conde Mirbach.

Un curioso intercambio de radiotelegramas que tuvo lugar un poco más tarde (10 de diciembre), nos proporciona algunas luces acerca de la actividad de Ioffé en Berlín. En efecto, el embajador de los Soviets declaró terminantemente que había provisto a los revolucionarios alemanes de fondos, armas y municiones por intermedio de los socialdemócratas independientes Haase y Barth. Estos dos, miembros del gobierno socialista del Reich, se creyeron en el deber de desmentir esta afirmación. Ioffé les contestó con una carta aplastante, cuyos párrafos principales damos a continuación:

"Es natural que yo no tuviese interés en entregar directamente al camarada Barth, recién sumado al movimiento obrero y que además no me merecía sino una confianza limitada, las cantidades de dinero destinadas a la compra de armas... Sin embargo, el señor delegado del pueblo, Barth, sabía perfectamente que los centenares de miles de marcos que recibió, según reconoce, de los camaradas alemanes, procedían, en último término, de mí. Me

habló a ese respecto en la entrevista que celebramos catorce días antes de la revolución, reprochándome que no hubiese dado los dos millones que él me había pedido... Si yo le hubiese proporcionado esa suma, me decía, los obreros alemanes habrían estado hacía tiempo armados y listos para una sublevación victoriosa... El señor Haase y sus amigos recibieron de mí, en varias ocasiones, material -y no exclusivamente ruso- para los discursos que pronunciaban en el Reichstag... El partido socialdemócrata independiente recibía de nosotros una ayuda material para sus publicaciones, en las que colaboraban nuestros escritores... ¿No cree el señor Haase que si colaborábamos juntos era en interés común de la revolución alemana y mundial? Yo no habría traído jamás a colación estos recuerdos de nuestra colaboración si el señor Haase no hubiese adoptado el punto de vista de los Kühlmann... que miran precisamente como un crimen nuestra colaboración con el partido socialdemócrata independiente de Alemania, y por esta razón nos han expulsado de dicha nación. Una vez que el nuevo gobierno alemán, que se titula socialista y revolucionario, se ha permitido echamos abiertamente en cara los trabajos que hemos hecho con sus miembros cuando eran todavía revolucionarios, pierden toda fuerza los miramientos políticos que pudieran, obligarme a callar, tratándose de camaradas de partido o de adversarios honrados.

Aprovecho esta ocasión para informar al jurisperito del Consulado de Rusia en Berlín, Oscar Cohn, que la suma de 500000 marcos y de 150000 rublos que ha recibido de mí en su calidad de miembro del partido socialdemócrata independiente, en la noche de mi marcha de Berlín, no debe ya ser entregada a su partido. Lo mismo debe entender de los 10 millones de rublos de que el doctor Cohn ha sido autorizado a disponer para ayudar a la revolución alemana.”¹¹

EL GRAN EJÉRCITO DEL DON. KRASNOV

Los nuevos peligros denunciados por Lenin se fueron manifestando en aquellos meses en todas las regiones en que ardía la guerra civil. Los aliados toman en todas partes la sucesión de los alemanes.

La atención del Consejo Revolucionario de Guerra se concentra en el Don, después de los triunfos del ejército rojo en el Volga. La región del Don,

fácilmente conquistada por los rojos en los comienzos del año (recuérdese el suicidio del atamán Kaledin), se sublevó durante la primavera al acercarse los alemanes. El atamán Krasnov, el mismo que al día siguiente de la revolución de octubre avanzó contra Petrogrado, siendo hecho prisionero y quedando libre bajo palabra de honor, se puso desde abril mayo al frente de esta contrarrevolución cosaca. En julio dispone ya de 27000 infantes, 30000 caballos, 175 cañones, 610 ametralladoras, 20 aviones, 4 trenes blindados y 8 cañoneras. El territorio del "Gran Ejército del Don" forma un Estado reconocido por los Imperios centrales, dotado de una constitución bastante peculiar, limitado al oeste por la Ucrania del hetman Skoropadski, al norte por la Rusia de los Soviets, al este y al sur por el territorio cosaco del Kuban, en donde se reúne el ejército nacional de Denikin.

Este nuevo Estado viene a ser, en realidad, el feudo de un soldado aventurero bajo la soberanía del Káiser. La constitución del Don, votada por la Asamblea Cosaca (el Krug), convierte al atamán en un autócrata. Ejerce el comando supremo de los ejércitos, dirige por sí solo la política exterior, nombra a los ministros y a los jefes militares, decreta el estado de sitio, sanciona las leyes, ejerce el derecho de vetó sobre los actos legislativos y el derecho de gracia. La propiedad privada es inviolable. El rito ortodoxo tiene la primacía en el orden religioso. Sin embargo, el atamán hace ciertas concesiones a su tiempo: habla en alguna ocasión de la guerra de los capitalistas. Se decreta una reforma agraria para mejorar a los cosacos pobres. Los terratenientes serán expropiados con indemnización, las tierras cultivadas se declaran comunales. Estas concesiones a la revolución campesina tienen como complemento algunas medidas de fingida complacencia para con los socialistas contrarrevolucionarios, uno de los cuales retiene en Novocherkask la cartera de instrucción pública. Un órgano socialista-revolucionario, el *Priazovski Krai* (La Región de Azov), se publica en esta capital al lado de un órgano monárquico.

¿Cómo son tratados los obreros? Uno de los jefes militares dirige en un mismo día al comandante de la ciudad obrera de Iuzovka los dos telegramas siguientes:

"Queda prohibido detener a los obreros. Ordénase ahorcarlos o fusilarlos. 10 nov. N° 2428".

"Orden de ahorcar en la calle a todos los obreros detenidos. Dejarlos expuestos durante tres días. 10 nov. N° 2431. JIROV."

Idénticos métodos se aplican en Rostov. El general Denisov advierte a la población de Taganrog que empleará gases asfixiantes en caso de ocurrir desórdenes.

Sin embargo, si se ha de dar crédito a los artículos 15 y 23 de sus *Leyes fundamentales*, el Don disfrutaba de todas las libertades democráticas.

“Han sido barridas todas las llamadas conquistas de la revolución”,

Declaraba ingenuamente Krasnov.

Con fecha 5 de mayo, el atamán solicita la alianza y la protección del Káiser contra el bolchevismo. Solicita de Guillermo II armas y que dicte su laudo sobre el conflicto surgido entre Ucrania y el Don a propósito de la posesión de Taganrog. El general Von Arnim marcha a la región del Don, a cuyo gobierno proveen los alemanes abundantemente de armas y municiones. El 28 de junio dirige el atamán una nueva carta al Káiser, exponiéndole el proyecto de formación de un gran Estado cosaco vasallo de Alemania que se extendería desde el mar de Azov hasta el mar Caspio.

Este patriota, enemigo del “bolchevismo antinacional”, está pensando en realizar ventajosas amputaciones a su patria. Pide al invasor alemán que le ceda Voroneg, Tsaritsin, Astrakán, el Kuban, el Terek. Ofrece a los capitales alemanes un trato de favor y los productos de su país: cereales, cueros, vinos, aceites, tabacos, ganado. Y ataca por la espalda a su hermano de armas Denikin, cuya base de operaciones es el Kuban.

“La dominación alemana será mucho más tolerable -decía en la Asamblea cosaca- que la del bandido mujik ruso.”

Pero he aquí que, en el mes de noviembre, cuando la ruptura de relaciones diplomáticas entre Alemania y los Soviets hacía soñar con una intervención alemana de gran envergadura en Rusia, se desmorona el imperialismo germánico. El desastre de sus ejércitos de ocupación en Ucrania es completo. Sus soldados no tienen más que un deseo: regresar a su hogares, sea como sea. Sin perder un momento, el patriota Krasnov dirige un llamamiento a los aliados. En sus Memorias deja consignadas las promesas que éstos le prodigaron. En la conferencia de Jassy (Rumania), un cónsul francés, Hainaut,¹² “insiste con mucha fuerza acerca del comandante alemán para que se encargue de mantener el orden en Ucrania hasta que lleguen los aliados”. El general Berthelot promete la llegada de varias divisiones francesas antes del 15 de diciembre. Ahora ya no es al Káiser a quien el atamán Krasnov dirige sus súplicas, sino al

general Franchet d'Espérey. "El Don -le escribe- es una república democrática de la que soy el jefe... El Don sólo hace la guerra al bolchevismo... Sin la ayuda de los aliados es imposible la liberación de Rusia... Bastarían tres o cuatro cuerpos de ejército de 90 a 120000 hombres para libertar a Rusia en tres o cuatro meses... Se impone la ocupación de Ucrania por tropas extranjeras..." También se impone, claro está, la presencia de guarniciones aliadas en Tula, Samara, Saratov, Tsaritsin, Penza, Moscú... El general Berthelot da seguridades formales, en Jassy, al enviado de Krasnov: "Con toda seguridad Ucrania será ocupada, ya sea por un ejército anglofrancés, ya sea por tropas que tendrá que enviar Alemania". En caso de necesidad, se enviará a Rusia "todo el ejército de Salónica".

Una misión militar británica dirigida por el general Poole se dirige a Ecaternodar, donde tiene su sede Denikin. Oficiales ingleses y franceses visitan el Don (Dupré, Faure, Hochain,¹³ Ehrlich), son acogidos con Te Deums, cumplimentados por viejos cosacos, condecorados, saludados por jóvenes vestidas de blanco... Poole no es menos categórico que Berthelot:

"¡Llamo inmediatamente a una brigada de Batum!", declara; pero Londres le da orden de regresar. A fines de enero de 1919 Fouquet da finalmente a conocer, en nombre del general Franchet d'Espérey, las condiciones draconianas de los aliados. El atamán se subordinará al general Denikin, jefe supremo de los ejércitos rusos; "se somete a los puntos de vista militar, político y administrativo y a la autoridad del general Franchet d'Espérey". El capitán Fouquet rubricará todas las órdenes del atamán. El Don indemnizará a los ciudadanos franceses perjudicados por la revolución:

"Les será entregado el ingreso medio producido por las empresas que se han arruinado durante los desórdenes, más un 5 % de indemnización por todas las actividades de dichas empresas a contar de 1914..."

Krasnov hacía a los rojos una guerra de exterminio, combinando los golpes de mano con las grandes operaciones estratégicas. Llegó a sitiar dos veces, en octubre de 1918 y enero de 1919, Tsaritsin,¹⁴ llave del bajo Volga, heroicamente defendida por el 10º ejército rojo (Tuliakov, Vorochilov, Stalin). Fracasó una tentativa de movilización de los campesinos. Trotski llegó al frente del sur en los primeros días de noviembre, visitó Voroneg, Tsaritsin, Astrakán, galvanizó las energías, imprimió un impulso decisivo a la organización de un ejército regular. Esta tarea resultó particularmente difícil en aquellas regiones. La guerra civil enzarzaba unas con otras a las aldeas, y con frecuencia, dentro de una misma aldea, a los ricos con los

pobres. Se formaban por todas partes grupos de guerrilleros rojos alrededor de jefes que eran los héroes del terruño. Para convertir estas partidas -valientes pero caprichosas- en un verdadero ejército, hubo que romper sus resistencias, su cohesión, sus tradiciones. Las aldeas se fortificaban a veces para defenderse sin moverse de allí, a cualquier precio.

Cuando una partida tenía que salir de su región, se deshacía. Los jefes no querían depender de nadie más que de ellos mismos. Las primeras tentativas de centralización provocaron por su parte reacciones peligrosas. Sorokin hizo fusilar en el Kuban al consejo revolucionario que quisieron imponerle. Mironov, Avtonomov, Sajarof, Potapenko y muchos otros se amotinaron contra el poder central en nombre de la revolución. Hubo que dominarlos. Algunos regimientos formados en Moscú, comisarios obreros, un consejo revolucionario del ejército presidido por el obrero metalúrgico Chliapnikov (el ejército estaba comandado por un oficial adherido, P. P. Sitin), aportaron al frente una centralización vigorosa. Los ataques de Krasnov fueron a estrellarse, de allí en adelante, contra líneas cada vez más fuertes. La formación de un importante cuerpo de caballería roja, que se llevó a cabo en los comienzos del año siguiente (1919) y que estaba mandada por un suboficial intrépido, Budienni, vino a demostrar que los cosacos de la clase media, y hasta algunos de la clase rica, se habían pasado a los rojos; la caballería es un arma de ricos.

Trotsky había definido cuál había de ser el objetivo de los ejércitos rojos en el sur:

“Surgiremos entre el militarismo alemán que se retira y el militarismo francés que se acerca. Debemos ocupar el Don, el Cáucaso septentrional, la región del mar Caspio, apoyar a los obreros y campesinos de Ucrania, volver a tomar posesión de nuestra casa soviética, en la que no hay lugar para los colaboradores de los ingleses ni de los alemanes... Nuestro pulso bate en el frente sur; allí se juegan los destinos de nuestro poder”.

LA CAÍDA DE SAMARA

Ésta fue, en efecto, la consecuencia que trajo la liberación del Volga, terminada a principios de octubre con la toma de Samara y de Stavropol.

El ejército rojo, prosiguiendo sus victorias, penetra en la región del Ural (conquista de Bugulma el 16 de octubre).

Desde que cayeron Kazán y Simbirsk, la capital de los constituyentes socialistas-revolucionarios vivía presa del terror. Pánicos repentinos interrumpían la circulación. La población se ocultaba en los sótanos, se cerraban las tiendas, la burguesía local tomaba por asalto los trenes. El Comité de los Constituyentes, sintiéndose cada vez más impotente, tomó el partido de disolverse, transmitiendo sus poderes al Directorio de Ufa, que no le inspiraba ninguna confianza. Los checos, agotados por largos meses de lucha, no querían seguir peleando. Los voluntarios blancos eran muy poco numerosos. Los campesinos movilizados desertaban en masa o se pasaban a los rojos.

Para colmo, el atamán Dutov negó a los socialistas-revolucionarios la ayuda de los cosacos de Oremburgo. El Directorio perdía su tiempo en intrigas sin esperanza.

No hubo en Samara ni siquiera un jefe militar capaz de organizar la evacuación de la ciudad. Las asociaciones liberales adoptaban mociones para resistir hasta el último extremo, los socialistas-revolucionarios formaban grupos de combate o decretaban la movilización de toda la población masculina; pero no se hacía nada serio y los rojos se acercaban inexorablemente. La orden de evacuación publicada el 4 de octubre fue la señal de la derrota.

“Aquello fue una pesadilla... El general Tregubov, gobernador militar, emprendió la fuga en el primer tren. La Comisión de Evacuación desapareció... No hubo nadie encargado de expedir los documentos y los pases. Todo el mundo se precipitó hacia la estación sin preocuparse de los demás, para hacerse un lugar en los trenes. El desconcierto fue increíble.

No había vagones ni locomotoras. Los bagajes de las instituciones oficiales y particulares se amontonaron en la escalinata hasta una altura de tres pisos. Miles de personas, funcionarios del Estado, miembros de los partidos, personalidades influyentes, gentes modestas, espantadas, se apretujaban en la estación, entre los sollozos de las mujeres y de los niños. En todos los rostros se leía el pánico y el egoísmo más inexorable. Cada uno pensaba: ‘¡Primero yo!’ y se abría brutalmente camino hacia el puesto ambicionado, en un vagón de mercancías.¹⁵

Fijémonos en algunos detalles. El tren especial del gobierno, lleno a reventar, se encontró a última hora abandonado sobre una vía amenazada. Los checos empleaban todo el material rodante disponible para la

evacuación de sus tropas. Los delegados de los Constituyentes, que fueron a ver al Estado Mayor checo para pedirle una locomotora, fueron acogidos con burlas. La escena nos ha sido referida por el menchevique Maiski, miembro del gabinete de Samara.

“Los delegados acababan de separarse del jefe del gobierno, el socialista revolucionario Volski, ebrio y desesperado, que, en medio de los restos de una borrachera, rompía los vasos gritando: “¡Bebo por el cadáver de Samara! ¿No os da en las narices su podredumbre?” La ciudad se hallaba sumida en un sombrío terror. Un oficial checo acogió a los visitantes con una carcajada: “¿Dónde está vuestro ejército? ¡Ja, ja, ja! Pero, vamos, ¿dónde está vuestro ejército?” Al escuchar la palabra gobierno, su hilaridad llegó al colmo. Reventaba de risa: “¿El gobierno? ¿Vosotros sois el gobierno?” Hizo una pelotilla de papel y la tiró despectivamente...

Insistimos en estos detalles del desastre de Samara porque son característicos. El contraste de este derrumbamiento con el heroísmo tenaz de los rojos en Svajsk, en el Ural, en Tuapsé, atestigua la diferencia de calidad entre las fuerzas sociales que están en presencia. La superioridad de las fuerzas espirituales, fe, energía, inteligencia, tenacidad de los rojos salta a la vista. Podemos observarlo durante toda la revolución. Otras derrotas más graves y más sangrientas harán que con el tiempo se olvide la de Samara. Otras hazañas harán olvidar Svajsk.

Veremos a los proletarios de Oremburgo sostener victoriosamente un largo asedio; veremos cómo resiste Petrogrado, defendido por Trotski, de una manera inverosímil; Tsaritsin cercada dos veces por los blancos y dos veces victoriosa, y veremos cómo el ejército rojo toma por asalto fortalezas inexpugnables, Cronstadt y Perekop. Por el contrario, los ocupantes franceses y rumanos conocerán el desastre de Odesa; los ocupantes británicos, el de Arkangelsk; Denikin acabará su carrera con la espantosa evacuación de Novorosisk: Kolchak con su fuga a lo largo del Transiberiano; Wrangel con el desastre de Crimea. Hemos hecho ya notar cómo se traduce esta supremacía moral en el supremacía de las fuerzas sociales. Hagamos resaltar, en los acontecimientos del Don y de Samara, otro rasgo característico que vemos reproducido en todos los episodios de la contrarrevolución: la actitud brutalmente interesada de los extranjeros, ingleses, franceses, checos. Los oficiales aliados dictan sus órdenes con arrogancia a los jefes de la contrarrevolución, los abandonan en cuanto la situación se agrava, los fustigan con su desprecio en la hora del arreglo de cuentas y se ponen a salvo con los primeros trenes de evacuación. La contrarrevolución es imponente sin las bayonetas extranjeras; por eso los

aliados tratan a la Rusia "nacional" como país conquistado. Es una de las aparentes y más asombrosas paradojas de la guerra civil; vemos cómo el patriotismo burgués se somete constantemente y sin escrúpulo al extranjero mientras que el internacionalismo proletario cumple su misión defendiendo la nación de una manera admirable.

LOS ALIADOS EN SIBERIA. KOLCHAK

La caída de Samara pone de relieve la decadencia de la contrarrevolución democrática. Llega a su término en Siberia la concentración de las fuerzas reaccionarias en torno al gobierno de Omsk. El conflicto entre los constituyentes socialistas-revolucionarios y la contrarrevolución siberiana, dirigida por constitucionales-demócratas partidarios de una dictadura de derecha, se agrava de día en día. El ministerio siberiano tiene en jaque al directorio de Ufa. El cuerpo de oficiales desempeña en Omsk un papel excepcional. Sin su apoyo no habría gobierno posible. Su mismo poderío lo desmoraliza. No se habla sino de intrigas y de complots militares; los hombres de Estado que tienen fama de liberales se hallan diariamente expuestos a verse arrestados, secuestrados o asesinados. Así es como desaparece el ministro socialista-revolucionario Novoseltsov a fines de septiembre. La capital siberiana nos ofrece en este momento el espectáculo de la anarquía militar más abigarrada: el directorio, autoridad suprema, no es respetado por nadie; un consejo de ministros, purificado por el asesinato, anda a la greña con la Duma imperial, cuya mayoría está compuesta por socialistas-revolucionarios; los checos, "demócratas", pero partidarios del orden, por encima de todo, se muestran reservados; algunas camarillas de oficiales imponen la ley sin dar la cara. Industriales y generales, de acuerdo sobre el principio de la dictadura personal, acaban, sin embargo, por formar un "bloque nacional". El Directorio y ministerio de Omsk se ponen de acuerdo -una vez no es costumbre- sobre el nombramiento del almirante Kolchak para el ministerio de guerra (4 de noviembre).

A estas disensiones intestinas se agregan los manejos del extranjero. Los japoneses, secundados por el atamán Semenov, llevan adelante sus operaciones en el Extremo Oriente; los checos se conducen como conquistadores a lo largo de las vías férreas del Transiberiano; su jefe, Gaida, maltrata a los oficiales rusos, realiza requisas, fusila a los bolcheviques y a los sospechosos (el 21 de octubre son fusilados en Krasnoyarsk, sin formación de causa, cinco personas); los aliados envían a Siberia a los generales Nox y Janin, investidos oficialmente por Lloyd George y Clemenceau del comando de todas las fuerzas aliadas de Siberia.

Se repite en Siberia, punto por punto, lo ocurrido en las luchas sociales de Ucrania, donde los partidos democráticos y las clases medias no han sabido hacer otra cosa que preparar el camino a la reacción negra. Ésa es la misión de esta clase de partidos en las guerras civiles, ya que es una característica de la pequeña burguesía la de no tener política propia. Se encuentra siempre entre dos dictaduras -la del proletariado y la de la reacción cuyo advenimiento está encargada de preparar, dentro de ciertos límites, y cuyo triunfo tiene que soportar. El Directorio socialista-revolucionario no dispone de otra fuerza que de la elocuencia fuera de sus jefes. Estos una vez llegados a Omsk se sienten tan desamparados, tan impotentes bajo la amenaza de los militares, como lo estaban antes en Petrogrado, en los días de la Asamblea Constituyente, bajo la amenaza del proletariado. Y las mismas ilusiones fueron las que los tranquilizaron. Se revela en ellos la vocación de mártires parlamentarios. El menchevique Maiski se entrevista, así que llega de Samara, con el gran hombre del Directorio y del partido socialista-revolucionario,

“Avksentiev, barba imponente, frente de idealista y retórica sobria: Avksentiev me lo dice sin ambages: ‘Vivimos sobre un volcán, esperando todas las noches ser arrestados’.

“...Yo le pregunté:

‘¿Y cree usted que obran bien?’

“‘Sí -me contestó-, no podíamos obrar de otra manera. Somos los mártires de la transacción. ¿Se ríe usted? Existen mártires de esta clase y es posible que sean de los que más necesidad tiene Rusia...’

Pero ¿no intentarán ustedes resistir? -pregunta Maiski a otro de los miembros del *Directorio*. - ¿Y cómo?’ -contestó con un gesto de desánimo.”

Durante la noche del 18 al 19 de noviembre fueron por fin detenidos los miembros del *Directorio* y sus amigos políticos por los cosacos. Las ametralladoras del coronel inglés Ward dominaban los puntos estratégicos de la ciudad. Una resolución del ministerio siberiano otorgaba el mismo día al almirante Kolchak el título de gobernante supremo.

Declaró el almirante que “al aceptar la cruz del poder” no quería seguir ni el camino de la reacción ni el de las facciones, asignándose como único objetivo el de formar un ejército fuerte para combatir al bolchevismo. El pueblo ruso “organizaría luego su libertad”. El golpe de mano había sido preparado con el asentimiento de los representantes aliados: el coronel Ward, el cónsul francés Regnault, el norteamericano Harris y el checo

Stefanek. Pocos días después, los miembros del Directorio salían para el destierro, escoltados por soldados rusos y británicos. El general Janin llegó a Omsk el 14 de diciembre, ipor mandato de los aliados, el "gobierno supremo" de Omsk quedaba subordinado a este general!

Los constituyentes socialistas-revolucionarios intentaron en vano luchar. Su comité de resistencia, presidido por Chernov, se dejó detener. El partido socialista-revolucionario resolvió suspender su lucha contra los bolcheviques y echar otra vez mano de los métodos insurreccionales y terroristas para combatir la reacción siberiana. Demasiado tarde. Sólo consiguieron que algunos de sus militantes fuesen fusilados, y nada más.

No entra dentro del marco de esta obra el estudio de la contrarrevolución siberiana, que llegó a su apogeo el año 1919. La dictadura militar y la intervención de los aliados dieron sus frutos. Al llegar la primavera de 1919 se encontró Kolchak al frente de un ejército lo bastante fuerte para que apareciese por momentos superior al ejército rojo. Pero, como todos los ejércitos blancos, era el suyo un ejército de clase, formado principalmente por oficiales y por jóvenes pertenecientes a las clases acomodadas. El régimen que estableció el gobierno supremo fue un régimen de terror blanco. Los campesinos desertaban, se negaban a entregar víveres, se oponían a las requisas, al regreso de los terratenientes, a las arbitrariedades de las antiguas autoridades que volvían más arrogantes que nunca. Pronto se vio surcada toda Siberia de columnas infernales. Se hacía necesario reprimir en todas partes. En las aldeas rebeldes se fusilaba a los mujiks por decenas, se azotaba a las mujeres, se violaba a las jóvenes, se robaba el ganado. Las pequeñas poblaciones bombardeadas o incendiadas se contaron por centenares. Pronto pulularon entre la maleza de Siberia las guerrillas de partidarios rojos. A fines de diciembre estalló en Omsk una sublevación obrera preparada por la organización clandestina del Partido Comunista; la represión hizo 900 víctimas.

Varios miembros socialistas-revolucionarios y mencheviques de la Constituyente fueron pasados por las armas. En caso de sabotaje de las vías férreas, se pegaba fuego a las poblaciones sobre las que recaían sospechas; por cada acto de bandidaje de los rojos se fusilaban desde tres hasta veinte rehenes.

El golpe de mano del almirante Kolchak respondía al criterio de los aliados que deseaban llegar al comando único de las fuerzas de la contrarrevolución. En el momento mismo en que se desarrollaban los acontecimientos de Omsk se reunía la conferencia de Jassy (Rumania), en el domicilio del embajador de Gran Bretaña, Barclay, el embajador de

Francia, M. de Saint-Aulaire, un diplomático norteamericano, un diplomático italiano, los líderes de la burguesía liberal (Miliukov) y monárquica rusa, y los líderes socialistas revolucionarios (Fundaminski). En esa conferencia se trató sobre todo de la dictadura militar en Rusia.¹⁶

Puede afirmarse que los aliados impusieron a la contrarrevolución sus grandes jefes, Denikin y Kolchak pero sus gestos más insignificantes debían ser controlados por los generales Franchet d'Espérey y Janin.¹⁷

EL VI CONGRESO DE LOS SOVIETS ANULACIÓN DEL TRATADO DE BREST-LITOVSK

A la hora misma en que estallaba la revolución alemana celebraba el VI congreso extraordinario de los Soviets (6-9 de noviembre) el primer aniversario de la revolución de octubre. Congreso bastante gris. Hubiérase dicho que se trataba de una reunión ampliada del *Vtsik*. No hubo ni era posible que hubiese debate alguno debido a la composición en extremo homogénea de la asamblea: sobre un total de 950 miembros con voz y voto, 933 comunistas, 8 comunistas-revolucionarios, 4 socialistas-revolucionarios de izquierda, 2 comunistas-populares, un maximalista, un anarquista, un independiente. Los únicos que hablaron fueron Lenin, Trotski, Sverdlov, Radek, Stieklov, Kamenev, Kurski, Avanesov. En la sala no hubo otras manifestaciones que los aplausos nutridos y las votaciones unánimes.

El congreso decidió proponer una vez más la paz a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia y Japón, países que se encontraban en guerra con Rusia, aunque sin habérsela declarado. Se adoptó una resolución en favor de la clemencia, ordenándose a las comisiones extraordinarias que no se privase de la libertad más que a los enemigos declarados y activos del régimen; y otra resolución acerca de la legalidad revolucionaria.

En el curso de estas deliberaciones se recibió la noticia de la toma de los establecimientos industriales de Ijevsk (Ural) por el ejército rojo. Este era un gran triunfo porque las fábricas de municiones de Ijevsk y de Votkinsk se habían unido a la contrarrevolución, influenciadas por los socialistas-revolucionarios y los mencheviques.

Trotski dio la noticia de que en la región de Kotlas se había pasado a los rojos un grupo de 58 soldados británicos. El congreso trató con gran circunspección los sucesos de Alemania. Se votó una moción propuesta por

Lenin en su informe; en ella se afirmaba la necesidad de dar a las masas una conciencia clara de la inmensidad de los nuevos peligros y

“la convicción de que sabremos defender y mantener la patria socialista y la victoria de la revolución internacional”.

Ioffé acababa de ser expulsado de Alemania y se podía esperar una doble ofensiva de los Imperios centrales y de los aliados contra la Rusia comunista.

Lenin tomó dos veces la palabra para conmemorar el primer aniversario de la revolución y para exponer la situación internacional.

“No hemos perdido nunca de vista el hecho de que, si hemos sido nosotros los que hemos empezado una revolución indispensable para la lucha internacional, no ha sido porque el proletariado ruso tenga más méritos, sino que ha sido precisamente su esta o de debilidad y de atraso y las circunstancias militares estratégicas los que nos han obligado a ponernos a la cabeza del movimiento, en espera de que se levantasen también otros destacamentos.”

Luego hace el balance de un año de luchas: se había pasado, partiendo del control obrero, a la organización obrera de la producción; de la lucha democrática de los campesinos por las tierras, a la diferenciación de clases en los campos; de la impotencia militar, a la creación del ejército rojo; del aislamiento, a la acción común con el proletariado de Europa occidental.

“Hemos empezado por el control obrero, no hemos decretado la implantación del socialismo porque éste no se implantará hasta que los obreros hayan aprendido a administrar.”

Habló de la cuestión campesina con relación a los levantamientos de julio.

“Nos hemos limitado a abrir un camino al socialismo en los campos, a sabiendas de que los campesinos no pueden todavía entrar por él.”

Ningún país democrático ha hecho tanto como nosotros por los campesinos. Ha sido necesario que surgiese el hambre para que estallase la guerra entre los obreros y los kulaks; y el resultado esencial ha sido la leva en masa de los trabajadores de las ciudades y de los jornaleros del campo. De aquí en adelante

“contamos con una base para la implantación verdadera del socialismo, y esa base es la alianza de los jornaleros del campo y de los obreros de la ciudad”. “Ocurra lo que ocurra - dijo Lenin en su exordio-, el imperialismo sucumbirá.”

“Consideramos esencial -decía en su segundo discurso- la cuestión de las relaciones internacionales, porque de aquí en adelante el imperialismo equivale a una interdependencia firme y duradera de todos los Estados del mundo en su sistema único -para no decir en un montón de cieno y de sangre- y, más aún, porque no se concibe la victoria socialista en un solo país; ésta exige la colaboración más activa de varios países adelantados, por lo menos de varios países entre los cuales no podemos contar a Rusia.”

El proletario ruso, empapado desde el primer momento de esta idea, se había esforzado por abrir los ojos de las masas del extranjero, aunque sin contar con obtener resultados inmediatos.

“Si tuviésemos que desaparecer súbitamente tendríamos el derecho de afirmar, sin disimular por eso nuestros errores, que hemos sabido utilizar plenamente, a beneficio de la revolución socialista mundial, el tiempo que nos fue concedido por el destino.”

Estas ideas generales cobraban más relieve con las repetidas afirmaciones de que

“no hemos estado nunca tan cerca de la revolución mundial y, sin embargo, no hemos estado jamás en un peligro tan grande”.

Las últimas palabras de Lenin fueron:

“No tenemos razón alguna para dejarnos arrastrar por el pesimismo o la desesperación. Tenemos conciencia de que el peligro es grande.

Tal vez nos reserva el destino pruebas todavía mayores. No cabe duda de que es posible aplastar un país; pero no se conseguirá jamás aplastar la revolución proletaria internacional...”

Trotsky expuso cuál era la situación en los frentes. Había motivos para abrigar grandes esperanzas. También formuló la consigna de la liberación del sur.

En el armisticio que los aliados concedieron a Alemania el 11 de noviembre le imponían la anulación de los tratados de Brest-Litovsk y de Bucarest. El *Vtsik* proclamó dos días después la anulación del tratado de Brest-Litovsk. La República de los Soviets ofrecía a todos los pueblos liberados del imperialismo su alianza fraternal.

LA RECONQUISTA DE UCRANIA

Ucrania, ocupada por los alemanes, no había conocido bajo el mando del hetman Skoropadski ni una hora de tranquilidad. La lucha de clases proseguía encarnizadamente. Las requisas obligaban a los campesinos a tomar las armas. Los partidos de la pequeña burguesía socialistas-nacionalistas no se resignaban a la humillación nacional y eran la expresión del descontento de las masas rurales. Las organizaciones clandestinas de los bolcheviques no cesaban en el combate por la buena causa en los centros obreros. Los socialistas-revolucionarios de izquierda cometían atentados terroristas. Pululaban en el campo los francotiradores, los haidamaks de la tradición nacional, y las guerrillas de rojos (sovietistas) o negros (anarquistas). Los grupos nacionales, después de declarar oficialmente la guerra al hetman, dan principio, a mediados de septiembre, a la formación de un ejército de voluntarios. Dos viejos líderes socialistas-nacionalistas, el escritor Vinnichenko y el instructor Simeón Petliura, que ya habían estado al frente de la Rada, de lamentable recuerdo, dirigen este movimiento insurreccional.

Desde que el ejército de ocupación tuvo conocimiento de lo ocurrido en Viena y en Berlín, no tuvo más que un pensamiento: regresar a su país.

Sólo conservó, bajo la égida de sus consejos de soldados, la organización indispensable para evacuar el país en buen orden. La Ucrania de los alemanes se deshizo instantáneamente. Formáronse en distintos puntos tropas rojas, mientras que las unidades regulares del ejército rojo avanzaban sobre Gomel, Jarkov y Kiev. Las tropas de Vinnichenko y de Petliura, en el primer momento las más numerosas, atacaron simultáneamente en todas partes a las desconcertadas autoridades del hetman. Los alemanes se retiraban sin combatir. Hacia mediados de noviembre se siente Petliura lo suficientemente fuerte para declarar fuera de la ley al hetman. En medio de aquel caos sangriento se constituyen al mismo tiempo dos poderes rivales: el directorio nacionalista y el gobierno soviético. La pequeña burguesía, las clases medias de las ciudades, los campesinos acomodados y ricos, se lanzan a disputar el poder a los obreros y a los campesinos pobres.

El directorio adopta fórmulas que en apariencia se aproximan al bolchevismo. Expropiación de los latifundios a beneficio de los campesinos (se declara la tierra propiedad del que la trabaja); jornada de trabajo de ocho horas; legislación obrera; derecho de Coalición y de huelga; reconocimiento de los comités de fábrica; "poder exclusivo de las clases laboriosas", es decir, de los obreros, campesinos e intelectuales; reunión en breve plazo de un congreso de trabajadores.¹⁸ Se tolera la existencia de los Soviets con la condición de que limiten sus actividades en defensa de los intereses corporativos y locales.

Este revolucionarismo dulzón no resiste mucho tiempo a los golpes de la realidad. La fuerza de la revolución está constituida en las ciudades por el proletariado; en los campos por el campesino pobre, que, no bien desaparecen el terrateniente, los gendarmes del hetman y la *Kommandatur* alemana, se pelea con los campesinos ricos y medios para los cuales ha terminado ya la revolución, quedando sólo la tarea de afirmar la pequeña propiedad amenazada por el bolchevismo... No bien izan los soldados de Petliura en una aldea la bandera nacional, amarilla y azul, se enciende la lucha entre ellos y el Soviet, el partido comunista, los obreros, los pobres. Una vez más se encuentra la contrarrevolución democrática, al día siguiente de su efímera victoria, entre dos dictaduras. Y como lo ha hecho siempre, se inclina en el momento decisivo por la reacción militar. El suicidio político del directorio ucraniano es lamentable. He aquí la declaración que envía al comandante francés en el mes de enero:

"El Directorio se coloca bajo la protección de Francia y ruega a las autoridades francesas que sean sus directrices en lo que se refiere a los asuntos diplomáticos, militares, políticos, económicos, financieros y judiciales, hasta llevar a buen término la lucha contra el bolchevismo. El Directorio confía en la generosidad de Francia y de las potencias aliadas para cuando llegue el momento de... plantear los problemas de las fronteras y de las nacionalidades".

De acuerdo con el tratado que firma con Francia, representada por el general Anselme, a fines de enero de 1919, el directorio declara que Ucrania forma parte integrante de Rusia, una e invisible (¿en qué para la independencia nacional?), entrega sus poderes a un gabinete de coalición (¿en qué queda lo del poder ejecutivo de los trabajadores?), renuncia a la reunión del congreso de trabajadores, se compromete a no tolerar la existencia de Soviets en su territorio y entrega el mando de sus tropas a un estado mayor formado por el comandante de las fuerzas aliadas, general Anselme, por un representante del ejército de voluntarios del general

Denikin, otro representante de los legionarios polacos y un representante de los republicanos ucranianos. A cambio de esto se comprometen los aliados a abastecer de municiones a los ucranianos.

La base de este tratado sorprendente estaba formada por algunas cláusulas económicas más duras todavía, que fueron divulgadas más adelante en una nota dirigida por Racovski a Stéphen Pichon. Francia venía a adquirir, durante cinco años, una especie de derecho de protectorado muy amplio sobre Ucrania; recibía, además, mediante una concesión para cincuenta años, los ferrocarriles ucranianos. La seriedad de estos proyectos de secuestro de Ucrania iba a verse muy pronto confirmada con la ocupación de Odesa y de Jerson por los franceses, los griegos y los rumanos (diciembre-marzo), por las operaciones de una flota francesa en el mar Negro, los combates de Jerson y de Sebastopol.

Fracasaron estos proyectos porque las victorias de los nacionalistas que así vendían su país eran estériles. Petliura se apoderó de Jarkov (23 de noviembre) y de Kiev (14 de diciembre). Pero un congreso de los Soviets que se había reunido mientras tanto en Ekaterinoslav había constituido el gobierno bolchevique de los obreros y de los campesinos, bajo la presidencia de Yuri Piatakov. Los rojos, ganándose la adhesión de los campesinos medios, iban dominando poco a poco en los campos; las ciudades eran ya suyas. El ejército rojo iba absorbiendo las partidas. Los anarquistas y los anarquizantes, que cada vez iban adquiriendo mayor fuerza bajo el comando enérgico de Majno, secundaban al gobierno de los Soviets no sin muchas vacilaciones; las fuerzas aliadas que ocupaban los puertos se dejaban, ganar por el contagio revolucionario. El gobierno de los Soviets (Racovski, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo) no conseguirá, sin embargo, instalarse en los grandes centros ucranianos hasta los meses de enero y febrero, y aun entonces no definitivamente. En ninguna parte de Rusia será la guerra civil tan accidentada, tan encarnizada como en Ucrania; en cuatro años se sucedieron en ella catorce gobiernos.

Pero todos los intentos que se hagan para edificar en aquel país instituciones que se opongan a la revolución proletaria, será edificar sobre arena; por mucha sangre que se derrame, esa arena cede siempre cuando se pone el pie sobre ella...¹⁹

LOS PROLETARIOS DE RUSIA TRIUNFAN

“El camino más corto para damos la mano con la revolución austrohúngara pasa por Kiev, de la misma manera que los caminos de Pskov y de Vilna nos llevan hacia la revolución alemana.”

Estas palabras de Trotski definen el carácter de las grandes ofensivas que el ejército rojo acomete en aquel momento en los países bálticos y en Ucrania.

¿Cuáles son las fuerzas que se hallan frente a frente? El ejército rojo contaba el 15 de septiembre 452509 combatientes y 95000 hombres de tropas auxiliares u ocupadas en los servicios de retaguardia. En vísperas de la primavera de 1919 alcanzará y sobrepasará la cifra de un millón de combatientes. Vamos a intentar fijar las cifras de sus adversarios: aliados, de 30 a 40000 hombres (ingleses, norteamericanos, italianos, serbios y franceses) que ocupan Arkangelsk, Onega, Kem, Murmansk; 40000 finlandeses amenazan Petrogrado y Karelia; en Estonia, Letonia y Lituania resisten 30 a 40000 guardias blancos, apoyados por el cuerpo; de voluntarios alemanes de Von der Goltz (30000 hombres). El ejército polaco se halla en vías de formación: al llegar la primavera excederá de los 50000 hombres; Odesa y Jerson se hallan ocupadas por 20000 franceses y griegos; 40000 checoslovacos se escalonan a lo largo del Transiberiano; en el Extremo Oriente operan tres divisiones japonesas y 7000 norteamericanos. A estas 300000 bayonetas extranjeras hay que agregar las fuerzas de la contrarrevolución rusa: el ejército cosaco del Don, 50000 hombres; el de Kuban, 80000 hombres; el ejército nacional de Kolchak, 100000 hombres (en la primavera); el ejército de voluntarios de Denikin, en el Kuban, de 10 a 15 000 hombres; las fuerzas del directorio ucraniano, de 10 a 15 000 hombres; las partidas contrarrevolucionarias de Ucrania, más de 20000 hombres; en total, más de 250000 hombres.

Las fuerzas son, pues, poco más o menos iguales. Las de la contrarrevolución están mucho mejor armadas, mejor abastecidas, pero dispersas, divididas, haciendo en ocasiones la guerra con desgano (tal es el caso de las tropas extranjeras). Los rojos, que defienden apasionadamente un territorio sin solución de continuidad, disponen de una gran red de ferrocarriles que convergen en Moscú. Los aliados se encuentran desunidos; los rojos tienen la formidable unidad de la *dictadura del proletariado*.

Las ofensivas rojas avanzan victoriosamente en todos los frentes. El 20 de noviembre, conquista de Pskov, puerta de los países bálticos. Narva, llave

de Estonia, cae el reconquistó, definitivamente ya, el país en 1920. Racovski permaneció durante todo este período de luchas al frente del gobierno soviético de Ucrania. 28; Minsk, capital de la Rusia Blanca, el 9 de diciembre. La derrota de los alemanes trae como consecuencia la de los inconsistentes gobiernos nacionales de los países bálticos. Se constituyen repúblicas soviéticas en Estonia, Letonia y Lituania, siendo reconocidas por un decreto del Vtsik de fecha 23 de diciembre. El 31 de diciembre es conquistada Ufa; el 3 de enero, Jarkov y Riga; Vilna, el 8; Mittau, el 9; Chenkursk, en el río Dvina, dentro del círculo polar, y Ekaterinoslav, en el corazón de la Ucrania meridional, el día 26. Se restablece enlace con el Turquestán, donde continúa la guerra civil, por Uralsk, Oremburgo e Iletzk. El retorno de Ucrania y de los países bálticos a la patria soviética se nos presenta como el primer golpe de rechazo de la revolución alemana. Pero mientras el proletariado ruso se prepara a fuerza de victorias a darse la mano con el proletariado alemán, sucumbe éste en las barricadas de Berlín. Los asesinatos de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo marcan definitivamente el fracaso de la revolución proletaria en Europa central.

LOS PROLETARIOS DE ALEMANIA SON DERROTADOS

No podemos hacer aquí otra cosa que señalar las etapas principales de la revolución alemana. La preocupación principal que tuvo a partir del armisticio el gobierno socialista de los Mandatarios del Pueblo, fue dar satisfacción a los aliados -por temor a una ocupación extranjera- y hacer frente al bolchevismo, anuncio de nuevas crisis. La socialdemocracia, una vez en el poder, demostraba ser un partido de conservación social, es decir, de defensa del capitalismo. Los consejos obreros (Arbeiterräte) eran la única autoridad verdadera que había en el país; pero la socialdemocracia disponía en ellos de abrumadoras mayorías. El congreso de los consejos de Alemania, que se reunió en Berlín desde el 16 hasta el 25 de diciembre, rechazó por 344 votos contra 98 una moción del socialdemócrata independiente Ernst Däumig, en la que se afirmaba el principio del poder de los Soviets, e hizo entrega del poder a los Mandatarios del Pueblo, encargados de reunir la asamblea constituyente.

Después de esta abdicación formal de las organizaciones dirigentes de la clase obrera, ya no podía el proletariado revolucionario esperar una tentativa de insurrección. De haber estado organizado y dirigido por un partido comunista, hubiera sido, sin duda, lo bastante fuerte para ganar esta batalla decisiva. El porvenir parecía reservarle una revancha ruidosa.

El grupo *Espartaco*, que continuaba en su propaganda revolucionaria, iba ganando en influencia. Los marinos que habían venido de Kiel y los proletarios de los barrios extremos de Berlín no soñaban con otra cosa sino con imitar a sus hermanos de Rusia. No podía asentarse el orden mientras no se hiciese con ellos una cruel sangría. Sobre este punto se hallaban de acuerdo los jefes socialdemócratas con los jefes militares.

Abramos las memorias del antiguo redactor de la *Volksstimme*, periódico socialdemócrata de Chemnitz, Gustav Noske, que fue quien se encargó de sangrar, hacia enero de 1919, puesto al frente de cuerpos formados por oficiales reaccionarios, a la clase obrera que representaba en el Reichstag. Nos encontramos en la sesión del gobierno y del Comité Ejecutivo Central de los Consejos Obreros, celebrada el 6 de enero de 1919:

"Nadie hizo objeción alguna cuando manifesté mi opinión de que era necesario restablecer el orden por la fuerza de las armas. El coronel Reinhardt, ministro de guerra, redactó un proyecto de orden nombrando comandante en jefe al general Hoffmann, que se encontraba cerca del Rin al frente de algunas tropas. Alguien hizo la objeción de que este general sería demasiado impopular entre los obreros.

"Nos encontrábamos todos de pie y nerviosos en el despacho de Ebert. El tiempo apremiaba; nuestros partidarios, congregados en la calle, pedían armas. Yo exigí entonces que se tomase una resolución.

Alguien dijo: '*Tal vez pudieras tú mismo...*'

A lo cual contesté yo con brevedad y resolución: '¡Me da lo mismo, puesto que es necesario que alguien haga de perro de presa! ¡Ya no temo las responsabilidades!'

Se tomó en el acto la resolución de que me confiase el gobierno poderes extraordinarios con el fin de restablecer el orden en Berlín. Reinhardt no hizo más que cambiar en su borrador el nombre de Hoffmann por el mío. Y así es como fui nombrado comandante en jefe".²⁰

Aquel mismo día se echó fuego a la pólvora mediante una sangrienta provocación. Emilio Eichorn, valeroso revolucionario perteneciente al Partido Socialdemócrata independiente, desempeñaba desde los comienzos de la revolución, las funciones de presidente de la policía de Berlín. Había convertido el Polizeipräsidium en una ciudadela proletaria. El conflicto entre esta prefectura revolucionaria, el gobierno y el gobernador socialdemócrata

de Berlín, Otto Wels, era constante. Una manifestación obrera autorizada por Eichorn fue recibida, al llegar al centro de Berlín, con descargas de fusilaría de las tropas, por orden de Wels. El nombramiento de Noske fue rubricado de este modo sobre el pavimento de Berlín con la sangre de 16 obreros muertos. El gobierno decretó la destitución de Eichorn; éste se negó a abandonar su cargo, porque lo había recibido de la revolución y no de los ministros. Estas provocaciones hicieron que el proletariado se echase a la calle en un momento en que, conforme escribía Karl Radek al comité central del partido comunista de Alemania, recientemente fundado, los Soviets, cuya existencia era más bien nominal, no habían sostenido todavía una lucha capaz de desencadenar las fuerzas de las masas que permanecían por este motivo sometidas a la influencia de los socialdemócratas. En estas condiciones no se podía pensar en que el proletariado se adueñase del poder.²¹ Radek aconsejaba que se evitase el combate y que se desenmascarase al mismo tiempo la traición de los Mandatarios del Pueblo y del Ejecutivo de los Consejos Obreros por medio de una viva campaña de agitación; la finalidad de la campaña habría sido provocar una reelección de los consejos, conquista legal de los órganos del poder que haría el proletariado revolucionario mientras preparaba la ofensiva. El Comité Central titubeaba. Liebknecht, dejándose arrastrar por las masas y sin consultarlo, firmó con los independientes Schulze y Ledebur un manifiesto destituyendo a Ebert y Scheidemann.

Esto, además de una grave falta de disciplina, era caer precisamente en la falta que los bolcheviques habían tenido la firmeza de evitar en ocasión de los desórdenes de julio de 1917, resistiendo a las presiones de las masas obreras de Petrogrado que anhelaban presentar a Kerenski una batalla prematura. La inexperiencia de los mejores jefes del proletariado se convertía así, en una de las causas esenciales de la derrota; Liebknecht desataba antes de tiempo, sin contar con un partido, una insurrección que no tenía medios de dirigir. El Comité Central, sorprendido por los acontecimientos, no daba ni consignas apropiadas a la insurrección, ni directivas estratégicas. Doscientos mil proletarios resueltos, magnífico ejército pronto a todos los sacrificios, que hubiera sido formidable de haber estado formado el partido, esperaron impacientes horas y horas, yendo y viniendo por las avenidas brumosas del Tiergarten.²² Nadie les comunicó órdenes. No hubo comité revolucionario que acertase a emplear su energía. "Los jefes conferenciaban, conferenciaban y conferenciaban; escribió al día siguiente Rosa Luxemburgo:

"No, aquellas masas no estaban maduras para hacerse cargo del poder, o habrían tenido la iniciativa de elegirse otros jefes y su primera acción revolucionaria habría consistido en obligar a los

líderes a cortar sus interminables conferencias del Polizeipräsidium...²³

Concuera con éste el testimonio de Noske:

“Si aquellas muchedumbres hubiesen tenido jefes resueltos, conscientes de sus objetivos, en lugar de estar dirigidas por charlatanes, se habrían adueñado de Berlín antes de mediodía...”²⁴

No hubo jefes revolucionarios dignos de este nombre. El Partido Comunista era demasiado joven, demasiado inexperto, sin cuadros, sin comité central capaz de una iniciativa audaz. Las masas obreras pedían lucha pero estaban demasiado apegadas todavía a las tradiciones de la disciplina socialdemócrata para suplir con su propia iniciativa la falta de jefes y de partido. La legítima impaciencia y el gran valor personal de Liebkecht, que temió dejar pasar la hora de la acción. Rosa, clarividente, pero impotente.

Así es cómo se engranaron las causas inmediatas de la derrota. La insurrección fue puesta fuera de combate por las bandas monárquicas de Noske, compuestas principalmente de oficiales. Karl Liebkecht y Rosa Luxemburgo, denunciados por el *Vorwärts* como los autores de la guerra civil, fueron detenidos después de los desórdenes, el 15 de enero, y perecieron el mismo día. Liebkecht, conducido al anochecer al Tiergarten, fue fusilado por la espalda “al intentar escaparse”.

Rosa Luxemburgo, conducida en auto descubierto, murió con la cabeza deshecha de un tiro de revólver que le disparó el teniente Vogel, cuando salía del hotel en que estaba detenida; su cadáver fue arrojado a un canal cercano. Sus asesinos quedaron impunes.

PRINKIPO

La derrota de la revolución proletaria en Alemania tranquilizó a los aliados. Por lo demás, ellos habían contribuido a ella poderosamente. En realidad, los espartaquistas de Berlín hacían frente al universo capitalista. Wilson, Clemenceau, Lloyd George, Orlando y Foch (es conocida la frase de éste “¡Antes Hindenburg que Liebkecht!”) apoyaban, detrás del “socialista” Noske, a los Stinnes, a los Krupp, a los Groener y a los Hoffmann. La frontera del bolchevismo retrocedía desde el Rin hasta mucho más allá del Vístula, en donde se constituía rápidamente, bajo el gobierno socialista de Daczinski, la República de Polonia, otra muralla de defensa de la vieja Europa.

Sin embargo, las sangrías de Berlín no traían remedio alguno a la crisis social del continente. La situación de revolución continuaba en los países vencidos y mostraba tendencias a serlo en los países victoriosos. Francia, Inglaterra e Italia veían con sobresalto el momento de desmovilizar, que iba a condenar al paro a millones de trabajadores agriados, hastiados y acostumbrados a manejar granadas, a los que no era fácil contentar con promesas. El año 1919 iba a señalarse por acontecimientos de una trascendencia enorme: República de los Soviets en Baviera, dictadura del proletariado en Hungría, agravación de la crisis en Italia, desmoralización de las tropas francesas en Odesa, motines en la escuadra francesa del mar Negro. De ahí que los aliados comprendiesen en toda su magnitud las dificultades de una intervención eficaz en Rusia; en aquel momento se hallaban reunidos en la Conferencia de París para rehacer el mapa del mundo sobre las ruinas de los Imperios centrales. Sólo a costa de una nueva guerra, larga y difícil, con toda probabilidad, podía la intervención rendir todos los frutos que con ella se buscaban -concretamente, la restauración del capitalismo en Rusia. Ahora bien, la moral de los ejércitos victoriosos y el estado de espíritu de la clase obrera de los países beligerantes, vencedores y vencidos, no daba pie para empezar en gran escala las hostilidades contra la revolución de los trabajadores. De ahí las vacilaciones de la Conferencia de París en presencia del problema ruso, aspecto mal localizado del problema internacional. Do fueron las tendencias que se acentuaron con fuerza en ella. Clemenceau preconizaba una política de energía; creía, sin duda, que era posible obtener una rápida victoria militar sobre el bolchevismo. Lloyd George y el presidente Wilson, más circunspectos, pensaban en medidas de mayor alcance, labores de zapa diplomáticas, guerra sorda, guerra indirecta llevada a cabo por vasallos a sueldo, bloqueo; contaban tal vez con el hambre, con el desgaste natural y la degeneración del bolchevismo. A estas divergencias de criterio se agregaban los conflictos de intereses: el más grave de ellos hacía que norteamericanos y japoneses se neutralizasen los unos a los otros en el Extremo Oriente siberiano.

Tal es la explicación de las veleidades contradictorias de los aliados en el momento en que la derrota de la revolución alemana hace eco a las victorias del ejército rojo. Un radio emitido por la Conferencia de París invitó, el 23 de enero de 1919, a todos los gobiernos de hecho que existían en el territorio del antiguo Imperio ruso, a hacerse representar en una conferencia de paz que se reuniría en la isla de Prinkipo, no lejos de Constantinopla, en presencia de los aliados. El gobierno de los Soviets notificó el 4 de febrero a las potencias su conformidad con que se entablasen negociaciones y se mostró dispuesto a realizar grandes

sacrificios para conseguir la paz. Con esto se creía que se continuaba frente a los aliados la política de Brest-Litovsk por idénticas razones. La nota de Chicherin decía principalmente:

“...El gobierno de los Soviets se declara... dispuesto a acceder a las exigencias de las potencias de la Entente en la cuestión de los empréstitos. No se niega a reconocer sus obligaciones para con los acreedores que sean súbditos de las potencias de la Entente... propone garantizar el pago de los intereses de sus empréstitos mediante una cantidad determinada de materias primas... está dispuesto a otorgar a los súbditos de las potencias de la Entente concesiones mineras, forestales y otras, en condiciones que se estipularán previamente, siempre que el régimen interior de dichas concesiones no atente contra el orden económico y social de la Rusia soviética... El cuarto extremo sobre el cual podrían versar, en opinión del gobierno soviético ruso, las negociaciones propuestas se refiere a las concesiones territoriales; el gobierno soviético ruso no piensa excluir a cualquier precio de las negociaciones la cuestión de anexión de ciertos territorios rusos por las potencias de la Entente...”.

Con esta oferta se viene a agravar de una manera sorprendente la política de Brest- Litovsk. Hay que buscar, evidentemente, sus causas en las derrotas de Berlín. Pero, en cambio, se trazaban claramente los límites de este repliegue; la URSS se mantiene todavía en esas posiciones, salvo en el extremo de las concesiones territoriales: reconocimiento de las deudas en ciertas condiciones, garantías económicas de los convenios financieros, concesiones industriales dentro del país, siempre que no atenten al régimen soviético. La apertura misma de las negociaciones de Prinkipo equivalía al reconocimiento por los Soviets de los estados contrarrevolucionarios que estaban en vías de constituirse en Siberia, en la región del Don, en el Cáucaso. Política extraordinariamente peligrosa que hicieron por suerte fracasar los jefes de la contrarrevolución -Kolchak y Denikin-, aconsejados, sin duda, por generales aliados. Confiados en las ofensivas que preparaban para la primavera, se abstuvieron de contestar a la invitación de las potencias y a la nota de Chicherin. Fue un grave error el que cometieron.

El cálculo que se hacían en aquel momento los dirigentes de la República de los Soviets era demasiado simple: ganar tiempo, afirmarse en un territorio, aunque fuese restringido y limitado, y conservar allí el hogar de la revolución proletaria; poner a salvo el porvenir, “ganar tiempo cediendo territorio, si fuese preciso”; dejar que madurase la revolución europea,

cada día más inminente. Los acontecimientos han demostrado de entonces acá que el proletariado de Occidente no estaba, ni con mucho, a la altura de las circunstancias.

La cristalización de varios estados contrarrevolucionarios en torno a una Rusia soviética, disminuida por una paz onerosa y humillante, no hubiera seguramente podido secundar los esfuerzos de los revolucionarios proletarios de Occidente. La Rusia roja, privada del trigo de Kuban y de Siberia, de los carbones de Donetz, del hierro del Ural, del petróleo de Bakú y abandonada a sí misma por la inacción del proletariado de Occidente, ¿habría conseguido vencer más adelante -o por lo menos sostenerse frente a ellos- a Siberia, el Cáucaso, el sur blanco, donde se habrían consolidado con la ayuda de los aliados, y hasta cierto punto colonizados por éstos, varios estados capitalistas? La intransigencia de los blancos desvió en provecho de los Soviets la peligrosa maniobra de Lloyd George y de Wilson. Una vez más quedó demostrado que la república proletaria no retrocedía ante ningún sacrificio para declarar la paz al mundo, al mismo tiempo que sus enemigos la obligaban a una guerra a muerte.

El fracaso de la tentativa de Prinkipo valió a la revolución rusa otros tres años de luchas heroicas; pero en esas luchas se ha forjado para mucho tiempo la grandeza histórica de la República; el territorio de la URSS se ha extendido desde el golfo de Finlandia hasta el Pacífico y desde el círculo polar hasta Asia Menor, sobre la sexta parte del globo.

Prosiguieron, pues, los aliados activando en Polonia, en Siberia, en Arkangelsk, en los países bálticos, en la región del Don, en el Kuban, los preparativos para las ofensivas de primavera y la organización de un círculo de estados contrarrevolucionarios alrededor de la comuna rusa. Esta guerra no declarada adoptó oficialmente la forma péfida del bloqueo. Desde los primeros meses del año 1919 no entró en Rusia ni una lata de conservas, ni un fardo de mercancías, ni un periódico como no fuese de contrabando, a través de las líneas de alambre espinoso...

NOTAS:

1. *Memorias*, t. II. La lucha final.
2. Extractos de los telegramas del GCG al gobierno. 1º de octubre, una de la tarde: "...ruego insistente de que se proponga inmediatamente la paz. Las tropas aguantan todavía, pero es imposible prever lo que puede ocurrir mañana...".

(Firmado: Lersner.) 1º de octubre, una y treinta de la tarde: "Consiento en esperar hasta mañana a condición de que el príncipe Max de Baden quede encargado esta tarde, hacia las siete o las ocho, de formar el gobierno. En caso contrario, creo conveniente hacer esta misma noche una declaración a los gobiernos extranjeros". (Firmado: Hindenburg.) 1º de octubre (trasmitido el 2, a las doce y diez de la noche): "El general Ludendorf ha declarado que nuestra proposición de paz debe ser transmitida inmediatamente de Berna a Washington. El ejército no puede esperar cuarenta y ocho horas más". (Firmado: Grunau.) ¡Tan grande era el terror que el ejército inspiraba al Estado Mayor! Paul Froelich. *La révolution allemande*, cap. XIII, 1926.

3. Al correr de los años (en 1924) se ha querido ver en estas palabras el indicio de un desacuerdo entre los dos jefes. Basta fijarse en el texto de Lenin para darse cuenta de que los dos exponían las mismas ideas. Trotski hablaba, además, en nombre del Comité Central del Partido. Nosotros no vemos aquí sino una expresión inexacta que se le ha escapado al orador, o un error del taquígrafo; las actas de aquella época abundan en esta clase de errores. No hay en este momento sino un pensamiento, que es el del partido. Sobre este fondo común sólo se percibe un ligero matiz: Lenin pone de relieve en sus discursos el peligro de una guerra con la Entente imperialista. Trotski opina (discurso del 30 de octubre en el Vtsik) que la República goza hasta la primavera próxima de una nueva tregua, porque es ya demasiado tarde este año para emprender contra ella operaciones en gran escala (los acontecimientos iban a confirmar sus puntos de vista); y todos sus pensamientos están orientados hacia la ofensiva de la revolución en Occidente. Es posible que esto sea una consecuencia de la división del trabajo entre el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y el Presidente del Consejo Revolucionario del Ejército, o bien la manifestación de dos temperamentos: el uno, inclinado a la circunspección; el otro, más propenso a la ofensiva.

4. Extraño y monstruoso, réplica a los comunistas de izquierda, 28 de febrero de 1918. Obras, t. XV, p. 113.

5. La República de los Soviets se inspiraba, un año más tarde, en estos principios cuando Lenin y Trotski recomendaron, en un telegrama común del 18 de abril de 1919, al gobierno de los Soviets de Ucrania, que emprendiese la ofensiva hacia Czernovitz (Bukovina), con objeto de establecer un enlace con la Hungría soviética.

6 Estas observaciones iban dirigidas a algunos comunistas que hubieran querido forzar los acontecimientos de Ucrania mediante una intervención armada.

7. K. Kautski, *El camino del poder*.

8. Véase *Los partidos socialdemócratas* (monografías), Bureau d'Édition et de Diffusion, París; G.-I. Jakovin, *El desarrollo político de Alemania contemporánea*, Leningrado, 1927 (en ruso).

9. Seguramente que no habrían consentido de buena gana. La experiencia de lo ocurrido con las tropas aliadas enviadas a Rusia demostró que la Entente no se hallaba en condiciones de emprender una ofensiva victoriosa contra los países revolucionarios. Sus tropas se desintegraban rápidamente al contacto con la revolución proletaria, La revolución no se hubiera detenido en el Rin. Foch y Wilson habrían tenido que mostrarse más conciliadores con la revolución rusoalemana que lo fueron Kühlmann y Hoffmann en Brest- Litovsk con la revolución rusa.

10. El general Groener, sucesor de Ludendorf en el GCG, declaró (proceso de Munich, 1925): "Concertamos (el alto comando y los jefes socialdemócratas) una

alianza contra el bolchevismo... Conferencí todos los días con Ebert. Mi objetivo era arrancar el poder a los Soviets de los obreros y de los soldados. Proyectábamos hacer entrar en Berlín diez divisiones. Ebert estaba de acuerdo con nosotros... Los independientes y los Soviets exigieron que las tropas entrasen sin armas. Ebert consentía en que entrasen bien armadas. Trazamos un plan detallado de acción en Berlín: la capital había sido desarmada y limpiada de espartaquistas. Todo había sido concertado con Ebert... En seguida se habría constituido un gobierno poderoso. Las tropas llegaron en diciembre, pero lo único que querían era regresar a sus hogares, y no pudo llevarse a cabo el plan...".

11. *Izvestia* de Moscú, 18 o 19 de diciembre de 1918.

12. Es probable que la ortografía del nombre Hainaut sea incorrecta, ya que está traducido del ruso.

13. El mismo caso para Hochain.

14. Su nombre es hoy Stalingrado.

15. Maiski, *La contrarrevolución democrática*, Moscú, 1923.

16. Acerca de la conferencia de Jassy, véase Margulès, *Un año de intervención*.

17. El general Franchet d'Espérey, no llegó a venir a Rusia. Su proyecto de intervención fue abandonado muy pronto.

18. La primera declaración del directorio hace constar que las clases poseedoras - capitalistas y latifundistas- se han deshonrado por su rapacidad, su egoísmo antipatriótico y su servilismo hacia el extranjero.

19. El año 1919 la República de los Soviets perdió Ucrania, que fue ocupada completamente por el ejército blanco del general Denikin. La ofensiva de Denikin contra Tula y Moscú fue quebrantada en noviembre por el ejército rojo y por la insurrecciones de los campesinos que se produjeron en retaguardia. La revolución

20. G. Noske. *Von Kiel bis Kapp* (Berlín)

21. Estas líneas están tomadas de una carta de K. Radek, dirigida al CC del PCA, fechada en Berlín el 9 de enero. Radek, que militaba clandestinamente en Berlín, veía las cosas con exactitud y claridad. Prevenía al partido contra el peligro de ceder a las vocaciones. Esta carta nos ofrece un modelo de prudencia política y de firmeza revolucionaria. Si los consejos de Radek hubiesen sido escuchados, el proletariado alemán habría evitado probablemente el desastre irreparable de enero conservando a sus jefes, Karl y Rosa, puesto al descubierto los designios de los Ebert, Wels, Noske, y reservado el porvenir. Véase K. Radek, *Al servicio de la revolución alemana* (obra publicada en alemán y en ruso, 1921-1922). Es de lamentar que este libro notable, en el que se encuentra condensada la experiencia de un año de luchas decisivas en Europa central, no haya sido traducido a otros idiomas.

22. El *Tiergarten* es un vasto parque situado en el centro de Berlín.

23. De un artículo que apareció en el periódico *Rote Fahne*.

24. G. Noske, *Von Kiel bis Kapp*.

El desaliento y el entusiasmo

Memorias de un revolucionario (1919-1920)

Entrábamos en un mundo mortalmente helado. La estación de Finlandia, centelleante de nieve, estaba desierta. La plaza donde Lenin había hablado a una multitud, desde lo alto de un coche blindado, no era ya más que un desierto blanco bordeado de casas muertas. Las anchas arterias rectas, los puentes sobre el Neva, río de hielo cubierto de nieve, parecían de una ciudad abandonada; de tarde en tarde un soldado flaco con capote gris, una mujer transida bajo sus chales, pasaban como fantasmas en un silencio de olvido. Hacia el centro empezaba una animación dulce y espectral. Algunos trineos descubiertos, arrastrados por caballos famélicos, se iban sin prisa sobre la blancura. Casi ningún automóvil. Raros transeúntes, traspasados por el frío y el hambre, tenían el rostro lívido. Tropas de soldados medio andrajosos, a menudo con el fusil colgado del hombro con una cuerda, caminaban bajo faroles rojos. Los palacios dormitaban a lo largo de las amplias avenidas o delante de los canales helados; otros, más vastos, reinaban sobre las plazas de los desfiles de antaño. Las elegantes fachadas barrocas de las residencias de la familia imperial estaban pintadas de rojo sangre; los teatros, los estados mayores, los ex ministerios, el estilo imperio, hacían un fondo de nobles columnatas blancas para las vastas soledades. La alta cúpula dorada de San Isaac, soportada por poderosas columnas de granito rojo, flotaba sobre esa ciudad perdida como un símbolo de los esplendores pasados. Fuimos a contemplar desde el muelle del Neva, las casamatas bajas de la fortaleza de Pedro y Pablo y la flecha dorada, pensando en tantos revolucionarios que, desde Bakunin y Necháiev ¹, habían luchado, habían muerto bajo esas piedras para darnos el mundo. Era la capital del Frío, del Hambre, del Odio y de la Tenacidad. De tres millones de habitantes aproximadamente, la población de Petrogrado acababa de descender en un año a unas setecientas mil almas en pena.

Recibíamos en un Centro de Acogida mínimas raciones de pan negro y de pescado seco. Ninguno de nosotros había conocido nunca antes tan terrible comida. Jóvenes mujeres con diademas rojas y jóvenes agitadores con gafas nos resumían el estado de las cosas: "Hambre, tifus, contrarrevolución por todas partes. Pero la revolución mundial va a salvarnos". Lo sabían mejor que nosotros, nuestras dudas los ponían a menudo recelosos. Nos preguntaban únicamente si Europa iba a arder pronto. "¿Qué espera el proletariado francés para tomar el poder?"

Los dirigentes bolcheviques que vi en seguida me dirigieron más o menos el mismo lenguaje. La mujer de Zinoviev, Lilina, comisaria del pueblo para la Previsión Social de la Comuna del Norte, vestida con una casaca de uniforme, pequeña, con el cabello corto, los ojos grises, vivos y duros², me dijo: "¿Traen ustedes familias? Puedo alojarlas en palacios, sé que a algunos les da gusto, pero son imposibles de calentar. Vayan más bien a Moscú. Aquí, estamos asediados en una ciudad asediada³. Pueden estallar motines por el hambre. Los finlandeses pueden atacar, los ingleses pueden echársenos encima. El tifus provoca tantos muertos que no logramos enterrarlos. Felizmente, están helados. Si quieren trabajo, lo hay" Y me habló con pasión de la obra soviética: creación de escuelas, casas de niños, socorro a los inválidos, asistencia médica gratuita, el teatro para todos...

"Trabajamos de todos modos y trabajaremos hasta la última hora." Más tarde hube de conocerla bien en el trabajo: el desgaste no pudo nada contra ella. Shklovski⁴, comisario del pueblo para los Asuntos Extranjeros (de la Comuna del Norte), un intelectual de barbita negra, de tez amarilla, me recibió en un salón del gran estado mayor de antaño:

—¿Qué se dice de nosotros en el extranjero?

—Se dice que el bolchevismo no es más que bandidaje...

—Algo hay de eso —me respondió tranquilamente—. Ya verá usted, estamos desbordados. Los revolucionarios sólo forman en la revolución un porcentaje absolutamente ínfimo.

Me describió la situación en términos implacables. Una revolución moribunda, estrangulada por el bloqueo, a punto de transformarse en el interior en una contrarrevolución caótica. Era un hombre de una lucidez amarga. (Se suicidó hacia 1930.) Zinoviev⁵, en cambio, presidente del Sóviet, tomaba el aire de una seguridad extraordinaria. Bien rasurado, de tez pálida, de rostro un poco abotargado, con cabellera abundante y rizada, la mirada gris-azul, se sentía simplemente en su lugar en la cúspide del poder, pues era el más antiguo de los colaboradores de Lenin en el Comité Central; pero de toda su persona emanaba también una sensación de molice y como de inconstancia oculta. Una espantosa reputación de terror lo rodeaba en el extranjero y se lo dije. «Claro —respondió sonriendo—, nuestras maneras plebeyas de combatir no les gustan.» E hizo una alusión a los últimos representantes del cuerpo consular, que hacían gestiones ante él en favor de los rehenes de la burguesía y a los que mandaba a paseo: "Si fuéramos nosotros los fusilados, estos señores estarían muy contentos, ¿no?". La conversación giró sobre todo alrededor del estado de espíritu de las masas en los países de Occidente.

Yo decía que maduraban inmensos acontecimientos, pero con lentitud, en la incapacidad y la inconsciencia, y que en Francia, más precisamente, no había que esperar una subida revolucionaria antes de mucho tiempo.

Zinoviev sonreía con un aire de superioridad benevolente. «Bien se ve que no es usted marxista. La historia no puede ya detenerse a medio camino.» Maxim Gorki ⁶ me recibió afectuosamente. En los tiempos de su juventud de muerto de hambre, había hecho amistad en Nijni- Novgorod con mi familia materna. Su departamento de la avenida Kronversky, lleno de libros y de objetos de arte chino, me pareció tibio como un invernadero. Él mismo friolento en su espeso suéter gris, tosía mucho, luchando desde hacía unos treinta años contra la tuberculosis. Alto, flaco, huesudo, de anchos hombros y con el pecho ahuecado, se encorvaba un poco al andar. Su cuerpo vigorosamente estructurado, pero anémico, parecía esencialmente llevar la cabeza, una cabeza ordinaria de hombre del pueblo ruso, huesuda y ahuecada, casi fea en una palabra, con sus pómulos salientes y su gran boca delgada, y su nariz de husmeador, ancha y puntiaguda. De tez terrosa, mascullaba, bajo su corto bigote en forma de cepillo, una tristeza y más aún un sufrimiento mezclado de ira. Las cejas espesas se fruncían fácilmente, los ojos grandes y grises tenían una extraordinaria riqueza de expresión. No era sino avidez de conocer y de comprender humanamente, con la voluntad de ir hasta el fondo de las cosas inhumanas, de no detenerse nunca en las apariencias, de no tolerar que le mintiesen, de no mentirse nunca a sí mismo. Vi inmediatamente en él al testigo por excelencia, al justo testigo, al implacable testigo de la revolución, y así fue como me habló. Muy duro para los bolcheviques, “ebrios de autoridad”, que “canalizaban la violenta anarquía espontánea del pueblo ruso” “recomenzaban un despotismo sangriento”, pero que eran “los únicos en el caos”, con algunos hombres incorruptibles a su cabeza.

Sus opiniones partían siempre de hechos, de anécdotas impresionantes sobre las cuales se explayaban generalizaciones firmemente pensadas. Las prostitutas le enviaban una delegación: pedían constituir un sindicato. La obra entera de un sabio que había consagrado su vida al estudio de las sectas religiosas, estúpidamente secuestrada por la Cheka, estúpidamente transportada de un punto de la ciudad a otro, a través de las nieves, toda una carreta – descubierta– de documentos y de manuscritos, se perdía sobre un muelle desierto, pues el caballo hambriento reventaba en el camino; unos estudiantes traían por azar a Alexis Máximovich montones de manuscritos preciosos. Lo que sucedía con los rehenes, en las cárceles, era simplemente monstruoso; el hambre debilitaba a las masas, alcanzaba a la vida cerebral del país entero. Esa revolución socialista subía desde lo más profundo de la vieja Rusia bárbara. El campo saqueaba sistemáticamente a

la ciudad, exigiendo un objeto –incluso absurdo– por cada puñado de harina traído clandestinamente a la ciudad por los *mujiks*. “Se llevan al fondo de los pueblos sillas doradas, candelabros y hasta pianos. Los he visto llevarse faroles de la calle...” Ahora había que aguantar con el régimen revolucionario, por temor de una contrarrevolución rural que ya no sería sino un desencadenamiento de salvajismo.

Alexis Máximovich me habló de extraños suplicios reinventados por los “comisarios” en regiones lejanas, como el que consiste en sacar por una incisión hecha en el abdomen el intestino para enrollarlo lentamente alrededor de un árbol. Pensaba que la tradición de los suplicios se mantenía por la lectura de La leyenda dorada⁷.

Los intelectuales no comunistas, es decir antibolcheviques, que veía me daban aproximadamente la misma visión de conjunto. Consideraban el bolchevismo como algo terminado, agotado por el hambre y el terror, con todo el campesinado del país contra él, toda la *intelligentsia* contra él, la gran mayoría de la clase obrera contra él.

Socialistas, las gentes que me hablaban así habían hecho con ardor la revolución de marzo de 1917. Entre ellos, los judíos vivían en la angustia de próximos pogromos. Todos esperaban un caos lleno de matanzas. “Las locuras doctrinales de Lenin y de Trotsky se pagarán caras. El bolchevismo –me decía un ingeniero socialista formado en la Universidad de Lieja– no es ya más que un cadáver. El problema es saber quiénes serán sus enterradores.” La disolución de la Asamblea Constituyente y ciertos crímenes del comienzo de la revolución, como la ejecución-asesinato de los hermanos Hingleize⁸ y el asesinato, en un hospital, de los diputados liberales Shingarev y Kokoshkin⁹, dejaban tras ellos resentimientos exasperados. Las violencias de los caudillos de multitudes, como los marinos de Cronstadt, herían el sentimiento humano de los hombres de buena voluntad, hasta el punto de que perdían por ello toda facultad crítica.

¿A cuántos ahorcamientos, humillaciones, represiones sin piedad, amenazas respondían esos excesos? Si el partido contrario triunfaba, ¿sería más clemente? ¿Qué hacían pues los Blancos allí donde se imponían? Discutía con intelectuales que lloraban el sueño de una democracia esclarecida, gobernada por un parlamento prudente, inspirada por una prensa idealista (la suya). Cada conversación con ellos me convencía de que estaban equivocados ante la implacable historia; yo veía su partido de la democracia entre dos fuegos, es decir entre dos complots, a fines del verano de 1917, y me parecía evidente que si en ese momento la

insurrección bolchevique no hubiese tomado el poder, la conspiración de los viejos generales, apoyada en las organizaciones de oficiales, lo hubiera tomado seguramente. Rusia sólo habría evitado el Terror rojo sufriendo el Terror blanco; sólo habría evitado la dictadura del proletariado sufriendo una dictadura de la reacción. De manera que las afirmaciones más indignadas de los intelectuales antibolcheviques me revelaban la necesidad del bolchevismo.

Moscú, sus viejas arquitecturas italianas y bizantinas, sus iglesias innumerables, sus nieves, su hormiguero humano, sus grandes organizaciones, sus mercados semiclandestinos que ocupaban vastas plazas, tan míseros y tan coloreados, Moscú parecía vivir un poco mejor que Petrogrado, acumulando comités sobre consejos y direcciones sobre comisiones. De ese aparato que me pareció funcionar en gran parte en el vacío, perdiendo las tres cuartas partes de su tiempo en deliberaciones sobre proyectos irrealizables, tuve de inmediato la peor impresión.

Alimentaba ya, en la miseria general, a una multitud de funcionarios más atareados que ocupados. Encontraba uno en las oficinas de los comisariados a señores elegantes, lindas mecanógrafas perfectamente empolvadas, uniformes de buen ver sobrecargados de insignias, y todo ese mundo elegante, en contraste con la plebe hambrienta de la calle, lo mandaba a uno por la menor cosa de oficina en oficina, sin el más pequeño resultado. Vi a hombres que pertenecían a los medios dirigentes telefonear finalmente a Lenin para obtener un billete de ferrocarril o un cuarto en el hotel, es decir en la Casa de los Sóviets. La Secretaría del Comité Central me dio billetes de alojamiento, pero no tuve alojamiento, pues se necesitaba además la ayuda de enchufes. Encontré a líderes mencheviques y a algunos anarquistas. Unos y otros denunciaban la intolerancia bolchevique, la firme voluntad de negar a los disidentes de la revolución el derecho a la existencia, y los excesos del terror. Ni unos ni otros tenían sin embargo nada sustancial que proponer.

Los mencheviques editaban un diario¹⁰ muy leído; habían dado recientemente su adhesión al régimen y recobrado la legalidad¹¹.

Reclamaban la abolición de la Cheka¹² y preconizaban el retorno a la democracia soviética. Una agrupación anarquista¹³ preconizaba la Federación de las comunas libres; otras no veían más salida que la de nuevas insurrecciones, sin dejar de reconocer que el hambre hacía imposibles los progresos de la revolución. Supe que, hacia el otoño de 1918, las Guardias Negras anarquistas se habían sentido tan fuertes que sus jefes habían considerado el problema de la toma de Moscú. Novomirski

y Borovoy¹⁴ habían obtenido la mayoría preconizando la abstención. “No podríamos remediar el hambre –decían–; que desgaste a los bolcheviques y que conduzca a la tumba a la dictadura de los comisarios. Después vendrá nuestra hora” Los mencheviques me parecieron admirablemente inteligentes, probos, devotos del socialismo, pero completamente rebasados por los acontecimientos. Representaban un principio justo, el de la democracia obrera, pero en una situación tan llena de peligros mortales que el estado de sitio no permitía el funcionamiento de instituciones democráticas. Y sus rencores de partido de compromiso, brutalmente vencido, deformaban su pensamiento. Esperando una catástrofe, daban su adhesión sólo de dientes para afuera. Ellos tenían otro compromiso por el apoyo que habían dado en 1917 a los gobiernos que no habían sabido ni realizar la reforma agraria ni paralizar la contrarrevolución militar.

De los dirigentes bolcheviques, sólo vi esta vez en Moscú a Aveli Enukidzé¹⁵, secretario del Comité Ejecutivo de los Sóviets de la Unión –de hecho el pivote obrero del gobierno de la República. Era un georgiano rubio, de dulce rostro cuadrado, iluminado de ojos azules; corpulento y de porte noble como los montañeses de buena raza. Fue afable, risueño y realista en el mismo tono que los bolcheviques de Petrogrado. “¡Increíble, nuestra burocracia, en efecto! Petrogrado me parece más sano. Le aconsejo incluso que se establezca allá, si los peligros de Petrogrado no le asustan demasiado... Aquí mezclamos todos los defectos de la vieja Rusia con todos los de la nueva. Petrogrado es una avanzada, es el frente...”

Mientras hablábamos de conservas y de pan, le pregunté: “¿Piensa usted que avanzaremos? Soy como un hombre caído de otro planeta y a ratos tengo la sensación de una revolución en la agonía”. Se echó a reír. “Es que no nos conoce usted. Somos infinitamente más fuertes de lo que parecemos.”

En Petrogrado, Gorki me propuso trabajar con él en las ediciones de la “Literatura Universal”¹⁶, pero sólo encontré allí intelectuales envejecidos o amargados que trataban de evadirse del presente volviendo a traducir a Boccaccio, Knut Hamsun y Balzac. Mi decisión estaba tomada, no estaría contra los bolcheviques ni sería neutro. Estaría con ellos, pero libremente, sin abdicación de pensamiento ni de sentido crítico. Las grandes carreras revolucionarias eran para mí de un acceso fácil, decidí evitarlas e incluso evitar, en la medida de lo posible, las funciones que implicasen el ejercicio de la autoridad: otros se complacían tanto en eso que pensé que me estaba permitida esta actitud, evidentemente errónea. Estaría con los bolcheviques porque cumplían tenazmente, sin desaliento, con un ardor magnífico, con una pasión reflexiva, la necesidad misma; porque eran los

únicos que la cumplían, echándose encima todas las responsabilidades y todas las iniciativas y dando pruebas de una asombrosa fuerza de espíritu.

Se equivocaban sin duda en varios puntos esenciales: en su intolerancia, en su fe en la estatización, en su inclinación hacia la centralización y las medidas administrativas. Pero si había que combatirlos con libertad de espíritu y espíritu de libertad, era con ellos, entre ellos. Por otra parte era posible que esos males fuesen impuestos por la guerra civil, el bloqueo, el hambre y que, si lográbamos sobrevivir, la curación viniese por sí sola.

Recuerdo haber escrito en una de mis primeras cartas de Rusia¹⁷ que estaba "bien decidido a no hacer carrera en la revolución y, una vez pasado el peligro mortal, a colocarme del lado de aquellos que combatirán los males interiores del nuevo régimen...".

Fui colaborador de la Severnaya-Kummuna [La Comuna del Norte], órgano del Sóviet de Petrogrado, instructor de los clubes de la Instrucción Pública, instructor-organizador de las escuelas del II ramo, encargado de cursos en la milicia de Petrogrado, etc. Faltaban hombres, me abrumaron de trabajo. Todo eso permitía apenas vivir en un caos extrañamente organizado, a salto de mata. Los milicianos, a quienes enseñaba, por la noche, la historia y los primeros elementos de la "ciencia política" —se decía "la gramática política"—, me regalaban, cuando la lección había sido viva, un pedazo de pan negro y un arenque. Contentos de hacerme preguntas interminables, me acompañaban después hasta mi alojamiento a través de la ciudad en tinieblas, para que no me robasen mi precioso paquetito; y tropezábamos juntos, delante de la Ópera, con un esqueleto de caballo muerto en la nieve. La III Internacional acababa de fundarse en Moscú (marzo de 1919) y había designado a Zinoviev para la presidencia del Ejecutivo (a propuesta de Lenin, en realidad)¹⁸. El nuevo Ejecutivo no tenía todavía ni personal ni oficina. Zinoviev me ofreció, aunque yo no era del partido, organizar sus servicios. Demasiado poco al corriente de la vida rusa, no quise asumir solo semejante tarea. Zinoviev me dijo al cabo de algunos días: "He encontrado a un hombre admirable con el cual se entenderá usted a fondo..."; y era verdad. Conocí allí a Vladimir Ossípovich Mazín¹⁹, que, movido por los mismos móviles que yo, acababa de dar su adhesión al partido.

Con su centralización estrictamente utilitaria del poder, su desdén del individualismo y del renombre, la Revolución rusa ha dejado en la oscuridad tantos hombres de primer plano —por lo menos— cuantos ha hecho conocer. Mazín me aparece, entre esas grandes figuras que han quedado casi desconocidas, como una de las más notables. Nos

encontramos un día en una vasta sala del Instituto Smolny, amueblada únicamente con una mesa y dos sillas, frente a frente, bastante cómicamente vestidos. (Yo seguía llevando un grueso bonete de piel de oveja blanca, regalo de un cosaco, y un pequeño abrigo lamentable de obrero sin trabajo de Occidente...) Mazín, vestido con un viejo uniforme azul desgastado en los codos, con una barba de tres días, los ojos cercados por antiguas gafas de metal blanco, el rostro alargado, la frente alta, la tez terrosa de los hambrientos... "¡Total –me dijo–, somos nosotros el Ejecutivo de la Nueva Internacional! ¡Es chistoso, de veras!" Y en esa mesa desnuda, nos pusimos a dibujar proyectos de sello –pues la presidencia necesitaba de inmediato un gran sello–, el gran sello de la revolución mundial, ni más ni menos. Queríamos como símbolo en él, el planeta. Fuimos amigos en la inquietud, la duda y la confianza, pasando juntos todos los momentos que un trabajo abrumador nos dejaba para escrutar los problemas de la autoridad, del terror, de la centralización, del marxismo y de la herejía. Teníamos los dos fuerte tendencia a la herejía; yo empezaba a iniciarme en el marxismo; Mazín había venido a él por caminos personales, en los presidios. Le añadía un viejo fondo libertario y un temperamento ascético. Adolescente en 1905, durante la jornada roja del 22 de enero, había visto las calles de San Petersburgo inundadas con la sangre de los peticionarios obreros, y había decidido de inmediato, mientras los cortos látigos de los cosacos acababan de dispersar a la multitud, estudiar la química de los explosivos.

Convertido muy pronto en uno de los químicos del grupo nacionalista que quería una revolución socialista "total", Vladimir Ossípovich Lichtenstadt, hijo de una buena familia de burguesía liberal, confeccionó las bombas con las cuales tres de sus camaradas, disfrazados de oficiales, se presentaron, el 12 de agosto de 1906, en una recepción de gala del presidente del Consejo Stolypín, y se volaron a ellos mismos al hacer volar la residencia. Algún tiempo después, los nacionalistas asaltaban en pleno Petersburgo un furgón del Tesoro. Lichtenstadt, condenado a muerte y después indultado, cumplió diez años de presidio en Schlussemburg, a menudo en la celda con el bolchevique georgiano Sergo Ordjonikidzé²⁰, que habría de convertirse en uno de los organizadores de la industrialización soviética.

En la celda, Lichtenstadt escribió una obra de meditación científica publicada más tarde: Goethe y la filosofía de la naturaleza y estudió a Marx. Una mañana de marzo de 1917, los presidiarios de Schlussemburg, reunidos en el patio del presidio por unos guardianes armados, creyeron que iban a entregarlos a la matanza, pues llegaban constantemente a través del recinto de la prisión los clamores de una multitud furiosa; pero esa multitud, en realidad delirante de alegría, hundió las puertas, y unos

herrereros corrían a la cabeza de ella, trayendo sus herramientas para romper las cadenas.

Lichtenstadt salió de prisión para tomar en sus manos, ese mismo día, con el anarquista Justin Juk ²¹ la administración de la ciudad de Schlusselfurg. Cuando otro presidiario, amigo suyo, al que admiraba, cayó muerto, Lichtenstadt tomó el nombre del muerto y se hizo llamar Mazín para permanecer fiel a un ejemplo. Marxista, fue primero menchevique, por apego a la democracia, luego se afilió al partido bolchevique para estar con los más activos, los más creadores y los más amenazados. Tenía en mente grandes libros, un alma de científico, un candor infantil ante el mal, pocas necesidades. Desde hacía once años, esperaba volver a encontrar a su compañera, ahora separada de él por el frente sur. "Las taras de la revolución –me repetía–, hay que combatir las en la acción" Vivimos entre los teléfonos, traqueteados en la vasta ciudad muerta por coches jadeantes, requisando imprenta, seleccionando personal, corrigiendo pruebas hasta en los tranvías, negociando con el Consejo de la Economía por un poco de cuerda, con la imprenta del Banco del Estado por un poco de papel, corriendo a la Cheka o a lejanas cárceles de los suburbios apenas nos señalaban alguna abominación, algún error mortal o abusos – y era todos los días–, conferenciando por la noche con Zinoviev.

Como altos funcionarios, fuimos alojados en el hotel Astoria, primera casa de los Sóviets, donde residían los militantes más responsables del partido, bajo la protección de las ametralladoras de la planta baja. Adquirí en el mercado negro una casaca de soldado de caballería forrada; limpiada de los piojos, me dio una buena presentación. En la antigua embajada de Austria-Hungría, encontramos buena ropa de oficiales habsburgueses, de paño fino, para algunos camaradas de nuestro nuevo personal. Éramos grandes privilegiados, aunque la burguesía, desposeída y entregada ahora a todas las especulaciones imaginables, viviese mucho mejor que nosotros. En la mesa del Ejecutivo de la Comuna del Norte, encontrábamos cada día una sopa grasienta y a menudo una ración de caballo ligeramente pasada pero suculenta. Los clientes habituales eran Zinoviev, Evdokimov, del CC, Zorín, del Comité de Petrogrado, Bakáiev, presidente de la Cheka, a veces Helena Stassova²², secretaria del Comité Central, a veces Stalin, casi desconocido.

Zinoviev ocupaba un departamento del primer piso en el Astoria; privilegio inaudito, ese hotel de los dictadores estaba más o menos calentado, bien iluminado en la noche, porque el trabajo no cesaba nunca allí, pero parecía así un enorme bajel de luz por encima de las plazas negras. Los chismes nos atribuían un increíble bienestar y comentaban incluso nuestras

pretendidas orgías con las actrices del cuerpo de ballet, naturalmente. Bakáiev, de la Cheka, llevaba sin embargo botas agujereadas; a pesar de mis raciones extraordinarias de funcionario gubernamental, me habría muerto de hambre sin las combinaciones difíciles de un mercado negro, donde cambiábamos menudos objetos traídos de Francia. El primogénito de mi amigo Ionov²³, cuñado de Zinoviev, miembro del Ejecutivo del Sóviet, director-fundador de la librería del Estado, murió de hambre bajo nuestros ojos. Guardábamos sin embargo stocks e incluso riquezas considerables, pero para el Estado con controles rigurosos. Nuestros salarios eran limitados al «Maxim comunista» correspondiente al salario medio de un obrero cualificado. Era el tiempo en que el viejo bolchevique letón Piotr Stuchka²⁴, gran figura olvidada, soviétizando a Letonia, instituía un régimen estrictamente igualitario en el cual el Comité del partido era también el gobierno, y sus miembros no debían gozar de ningún privilegio material. El vodka estaba prohibido, los camaradas se lo procuraban clandestinamente en casas de campesinos que destilaban ellos mismos un terrorífico alcohol de grano de 80°.

La única orgía que recuerdo, la sorprendí en una noche de peligro en un cuarto del Astoria donde unos amigos, que eran todos jefes, bebían en silencio este fuego líquido. Había en la mesa una gran lata de atún, tomada a los ingleses en alguna parte de los bosques de Shenkursk y traída por un combatiente. Ese pescado suave y graso nos pareció un bocado paradisiaco. Estábamos tristes a causa de la sangre.

El teléfono se convirtió en mi enemigo íntimo, y esta es tal vez la razón de que todavía sienta hacia él una aversión constante. Me traía a todas horas voces de mujeres trastornadas que hablaban de arrestos, de ejecuciones inminentes, de injusticias, suplicando que interviniésemos de inmediato, por el amor de Dios. Desde las primeras matanzas de los Rojos prisioneros por los Blancos, los asesinatos de Volodarski y de Uritski²⁵ y el atentado contra Lenin (el año de 1918), la costumbre del arresto y a menudo de los rehenes se había generalizado y legalizado.

Ya la Cheka –Comisión Extraordinaria de Represión de la Contrarrevolución, de la Especulación y de la Deserción– deteniendo en masa a los sospechosos, tenía tendencia a decidir ella misma su suerte²⁶, bajo el control formal del partido, en realidad sin que nadie supiese nada.

Se convertía en un Estado en el Estado, resguardada por el secreto de guerra y por procedimientos misteriosos. El partido se esforzaba en poner a su cabeza hombres incorruptibles, como el antiguo presidiario Dzerzhinski, idealista probo, implacable y caballeroso, de perfil demacrado

de inquisidor ²⁷, gran frente, nariz huesuda, barbita rala, un aire de fatiga y de dureza. Pero el partido tenía pocos hombres de ese temple y muchas Chekas; estas seleccionaban poco a poco su personal en virtud de la inclinación psicológica. Sólo se consagraban de buen grado y obstinadamente a ese trabajo de la "defensa interior" ciertos caracteres desconfiados, rencorosos, duros, sádicos. Viejos complejos de inferioridad social, recuerdos de humillación y de sufrimientos en las cárceles del zar los hacían intratables y, como la deformación profesional actuaba pronto, las Chekas formaban inevitablemente depravados con tendencias a ver conspiraciones en todas partes y a vivir ellos mismos en el seno de una conspiración permanente ²⁸. Considero la creación de las Chekas como una de las faltas más graves, más inconcebibles que cometieron en 1918 los gobernantes bolcheviques cuando los complots, el bloqueo y las intervenciones extranjeras les hicieron perder la cabeza.

Con toda evidencia, unos tribunales revolucionarios, funcionando a la luz del día, sin excluir las acciones a puerta cerrada en algunos casos, con admisión de la defensa, hubieran tenido la misma eficacia con muchos menos abusos y depravación. ¿Era inevitable volver a procedimientos de la Inquisición? A principios de 1919, las Chekas se defendían mal contra la perversión psicológica y la corrupción. Dzerzhinski –lo sé– las consideraba como "medio podridas" y no veía otra solución para el mal sino fusilar a los peores chekistas y suprimir lo antes posible la pena de muerte. El terror continuaba sin embargo porque el partido entero vivía sobre la certidumbre interior justa de ser asesinado en caso de derrota; y la derrota era posible de una semana a otra.

Había en todas las cárceles sectores reservados a los chekistas, jueces, agentes diversos, delatores, ejecutores... Los ejecutores, que usaban el revólver Nagan, acababan casi siempre por ser ejecutados a su vez. Se ponían a beber, divagaban, de pronto disparaban contra alguien. Conocí varios asuntos de este tipo, conocí también de cerca el lamentable asunto de Chudin. Todavía joven, revolucionario de 1905, Chudin, gran muchacho de cabellera rizada y de mirada despierta tamizada por los lentes, se había enamorado de una joven a la que había conocido durante una instrucción.

Se convirtió en su amante. Unos astutos, explotando su buena fe, lo hicieron interceder en favor de auténticos especuladores más que sospechosos cuya liberación obtuvieron así. Dzerzhinski mandó fusilar a Chudin y a la joven y a los astutos. Nadie dudaba que Chudin era probo.

Fue una consternación profunda. Años más tarde, unos camaradas me decían: "Fusilamos aquel día al mejor de nosotros". No se lo perdonaban.

Felizmente, las costumbres democráticas del partido eran tales todavía que los militantes podían sin gran dificultad interceder ante la Cheka para evitar errores. Por mi parte, eso me era tanto más fácil cuanto que los dirigentes de la Cheka vivían en el Astoria e Ivan Bakáiev, presidente de la Comisión Extraordinaria, buen mozo de unos treinta años, de apariencia despreocupada como un acordeonista de pueblo ruso (y le gustaba llevar la blusa de acordeonista bordada en el cuello, con un cordón de color a modo de cinturón), ponía en el cumplimiento de su terrible tarea una resolución indiferente y una atención escrupulosa. Salvé a varias personas, fracasé alguna vez en circunstancias atrozmente idiotas. Se trataba de un oficial llamado, creo, Nesterenko, casado con una francesa, detenido en Cronstadt durante el complot de Lindquist²⁹. Bakáiev me prometió examinar él mismo el expediente. Cuando lo volví a ver estaba sonriente:

“No es grave, haré que lo liberen dentro de poco”. Comunicué con alegría esa buena noticia a la mujer y a la hija del sospechoso. Poco después, me encontré a Bakáiev en Smolny, de entrada por salida, sonriente como de costumbre.

Al verme su rostro perdió el color: “*iDemasiado tarde, Víctor Lvovich!* En mi ausencia, fusilaron a ese desdichado”. Tenía que hacer, se alejó con un gran gesto de impotencia. Los choques de este tipo no eran frecuentes, pero el terror nos desbordaba. Obtuve la liberación de un lejano pariente, oficial subalterno, encerrado como rehén en la fortaleza de Pedro y Pablo. Vino a decirme que al liberarlo no le habían devuelto sus papeles.

“Vaya a buscarlos”, dije. Fue y regresó espantado. Un funcionario me contestó a media voz: “No insista, está usted registrado como fusilado desde hace diez días”. No volvieron a molestarlo. Me encontraba a menudo en la Cheka a aquel que en mi fuero interior acabé por llamar el gran intercesor, Maxim Gorki. Sus gestiones acosaban a Zinoviev y a Lenin, pero casi siempre obtenía lo que quería. En los casos difíciles, me dirigía a él; nunca se negó a intervenir. Pero aunque colaboraba en *La Internacional Comunista*³⁰, no sin ásperas discusiones con Zinoviev por alguna frase de cada artículo, me acogió una vez con una especie de furor gruñón. Aquel día venía yo de parte de Zinoviev. “No me hable de ese cerdo –exclamó Gorki– y dígame que sus extorsionadores deshonoran la faz de la humanidad.” Su distanciamiento duró hasta el siguiente peligro mortal corrido por Petrogrado.

La primavera de 1919 se abrió con acontecimientos tan esperados como sorprendentes. A principios de abril, Múnich adoptaba un régimen soviético

³¹. El 22 de marzo, Hungría se convertía apaciblemente en una República soviética ³², por la abdicación del gobierno burgués del conde Karoly. Bela Kun, enviado a Budapest por Lenin y Zinoviev, salió de la cárcel para tomar el poder. Las malas noticias de los frentes de la guerra civil perdían su importancia. La misma caída de Múnich, tomada el 1 de mayo por el general Hoffmann, pareció de poca importancia en comparación con las victorias revolucionarias que se esperaban en Europa central, en Bohemia, en Italia, en Bulgaria. (Pero las matanzas de Múnich fortificaron el estado de espíritu terrorista; las atrocidades cometidas en Ufa ³³ por las tropas del ayudante Kolchak, que habían quemado vivos a prisioneros rojos, venían a dar ventaja a los chekistas sobre todos aquellos que en el partido aspiraban a un poco más de humanidad.) El Ejecutivo de la Internacional ³⁴ tenía su sede en Moscú, Angelica Balabanova ³⁵ dirigía la secretaría, pero su política era dirigida en realidad desde Petrogrado por Zinoviev, con quien Karl Radek ³⁶ y Bujarin ³⁷ venían a conferenciar. El Ejecutivo se reunió incluso en Petrogrado, con finlandeses (Sirola), búlgaros, el embajador de los sóviets de Hungría, Rudnianski, el alemán Klinger (del Volga). Yo asistía a esas reuniones, aunque no estaba todavía afiliado al partido ³⁸. Recuerdo que el anarquista William Chatov ³⁹, que fue un momento gobernador militar de la antigua capital, y luego el verdadero jefe del 10º ejército, fue también invitado. La superioridad de los rusos sobre los revolucionarios extranjeros me asombraba; saltaba a los ojos. El optimismo de Zinoviev me desconcertaba. Parecía no dudar de nada. La revolución europea estaba en marcha, nada la detendría. Me parece volverlo a ver, al final de las sesiones, jugueteando con las puntas de los dedos entre las pequeñas borlas de los cordones de seda que hacían las veces de corbata, todo sonrisas, y diciendo a propósito de algunas decisiones: "Ojalá que nuevas revoluciones no vengan a obstaculizar nuestros proyectos de las próximas semanas". Daba así el tono ⁴⁰. Y estuvimos de pronto a dos dedos de la catástrofe.

Un regimiento traicionó en el frente de Estonia ⁴¹; en otras palabras, sus oficiales lo hicieron pasar al enemigo, volvieron a ponerse charreteras, ahorcaron a los comunistas. Unos oficiales, que se pasaron igualmente al enemigo, se apoderaron de repente de uno de los fuertes que dominan en el Oeste la defensa de Petrogrado, el Krasnaia Gorka ⁴². Un mensaje nos anunció la caída de Cronstadt (era falso). En Smolny, en el Astoria, en los comités tuvimos el sentimiento instantáneo del desastre: no había retirada posible, salvo a pie, por las carreteras, pues el ferrocarril no tenía en absoluto combustible. Un momento de pánico y Petrogrado se desmoronaba –y hubo ciertamente pánico, pero no como se lo entiende de ordinario: con una resolución de resistir a cualquier precio o de vender caro nuestro pellejo. Carecíamos literalmente de todo, el estado de espíritu de la

ciudad era lamentable. Un comité del partido me envió un día a arengar a los marinos en el depósito de la flota. "¿Por qué –pregunté– me encargan esa misión que cualquiera de ustedes cumpliría mejor que yo?"

–Porque tú eres un alfeñique; en esas condiciones no te golpearán; y además tu acento francés les interesará..."

Los marinos y los obreros abucheaban a menudo a los oradores del partido para los cuales habían inventado un ritual cómico: ponían al orador en una carretilla y le hacían así dar vueltas al patio, entre aullidos y silbidos. No me sucedió nada, en efecto, puesto que era demasiado flaco para ser llevado en carretilla; los marinos me escucharon bastante bien. En las paredes interiores del depósito, había letreros que ponían en ridículo a Lenin y a Trotsky,

"Pescado seco y Pan negro". Como si se necesitara más terror, el Comité Central nos envió a Peters ⁴³, que fue durante un tiempo comandante de la plaza, y a Stalin, que hizo una inspección en el frente. Una reputación siniestra rodeaba a Peters, joven letón con cabeza de bulldog, tirando a pelirrojo, fusilador despiadado, criado en el ambiente de la represión de los países bálticos. Tomaba un poco el aspecto de su oficio, silencioso, gruñón, de trato difícil, pero sólo le oí contar una historia, que casaba mal con su legítima reputación. Durante una de las malas noches después de las cuales los peores despertares parecían probables, había telefoneado a la fortaleza de Pedro y Pablo; y el oficial de guardia había venido al aparato completamente borracho. Peters se indignaba: "Ese Gricha me puso fuera de mí, debería hacerlo fusilar de inmediato. ¡Borracho en su puesto y en tal momento! Vociferé y tardé un buen rato en volver en mí".

En la mesa del ejecutivo veía a Stalin, suboficial delgado de caballería, de ojos pardos un poco rasgados, el bigote cortado a ras de los labios, hacerle la corte a Zinoviev. Inquietante y banal como un puñal del Cáucaso.

Las noches eran blancas, el tiempo maravilloso. Hacia la una de la mañana, un ligero crepúsculo azuloso flotaba sobre los canales, el Neva, las flechas doradas de los palacios. Las plazas desiertas con sus estatuas ecuestres de emperadores muertos. Yo dormía en salas de guardia, hacía mi turno de centinela en las estaciones de los suburbios leyendo a Alexander Herzen. Éramos no pocos centinelas los que teníamos libros.

Hice visitas domiciliarias: casa por casa, registrábamos los departamentos, buscando las armas y a los emisarios de los Blancos. Me hubiera sido fácil

rehuir esa triste tarea, pero iba de buen grado, seguro de que adonde fuera no sucederían ni brutalidades, ni robos, ni detenciones estúpidas.

Recuerdo un curioso intercambio de disparos sobre los tejados de altos edificios que dominaban un canal azul cielo. Unos hombres huían ante nosotros descargando en nuestra dirección sus revólveres desde detrás de las chimeneas. Yo resbalaba sobre las tejas y mi pesado fusil me estorbaba horriblemente.

Los hombres a los que perseguíamos escaparon, pero conservé de la ciudad vista en la blancura mágica de las tres de la mañana una visión inolvidable. La ciudad fue salvada principalmente por Grigori Evdokimov, un antiguo marino, enérgico y canoso, de rasgos rudos de mujik. Bebedor, de voz fuerte, no parecía reconocer situaciones desesperadas. Como la línea Moscú-Petrogrado parecía no poder funcionar ya, pues no quedaba ni siquiera leña seca para más de dos días, le oí exclamar: "¡Bueno, cortaremos leña en el camino! ¡El viaje tardará veinte horas, eso es todo!".

Él fue el organizador de la retaguardia inmediata al frente, donde mujeres jóvenes del partido iban a verificar y modificar la colocación de las baterías de artillería. Las operaciones mismas que acarrearón la toma del fuerte de Krasnaia Gorka ⁴⁴ por los marinos fueron dirigidas por Bill Chatov. Asistí en su cuarto del Astoria a un conciliábulo sobre la manera de utilizar los equipos de la flota. Chatov explicaba que todos esos alegres muchachos, los mejor alimentados de la guarnición, los mejor alojados, los más apreciados por las muchachas lindas, a quienes podían pasar de vez en cuando una lata de conservas, no consentirían en pelear más que algunas horas, a fin de poder dormir a bordo confortablemente.

Alguien propuso hacerlos desembarcar y alejar después los barcos con un buen pretexto. Así no tendrían más remedio que resistir en el frente veinticuatro horas, no teniendo ya retirada. ¿Cómo hacía Bill Chatov para conservar sus redondeces y su buen humor? Era el único gordo de nosotros, con una simpática cabeza rasurada y carnosa de *businessman* americano. Obrero, anarquista formado por la emigración en el Canadá, organizador lleno de empuje y de decisión, era el verdadero jefe del 10º

Ejército Rojo. A cada vuelta del frente, nos acribillaba de anécdotas, como la historia de ese alcalde de aldea que, confundiendo a los Rojos con los Blancos y a Chatov mismo con un coronel, vino a dirigirle en pleno tiroteo una amabilidad de circunstancias; Bill lo liquidó allí mismo. "¡Ese imbécil se había colgado del cuello, imagínense, su gran medalla del antiguo régimen!" (Chatov fue más tarde, hacia 1929, uno de los constructores del

ferrocarril Turquestán-Siberia).

Dos episodios de aquellos tiempos vuelan a mi memoria. Las vastas salas desiertas de Smolny. Los servicios de la Internacional proseguían ahí bien que mal su trabajo. Yo estaba en mi gabinete cuando entró Zinoviev, hurgando con la mano entre sus cabellos: su gesto de preocupación.

“¿Qué hay, Grigori Evseich? –Hay que los ingleses al parecer han desembarcado no lejos de la frontera de Estonia. No tenemos nada que oponerles. Redáctame inmediatamente unos volantes dirigidos a los soldados de la intervención, conmovedores, directos, breves, ¿eh? Es nuestra mejor arma...”

Redacté esos volantes, los hice imprimir el mismo día en tres lenguas, y nuestra mejor arma estuvo lista. Felizmente, la noticia era falsa. Pero hay que decir que en general la propaganda se mostraba eficaz. Hablábamos un lenguaje simple y verídico dirigido a hombres que, en los frentes de la intervención, no comprendían bien por qué se los obligaba todavía a pelear, no aspiraban sino a regresar a sus casas, y a los cuales nadie, nunca, había dicho verdades tan elementales.

La Gran Guerra se había hecho con una propaganda estúpida que la realidad desmentía cada día. Nos enteramos de un desastre: tres *destroyers* rojos acababan de ser hundidos en el golfo de Finlandia, ya fuera por los ingleses, ya fuera por un campo de minas. Las tripulaciones de la flota conmemoraron el sacrificio de sus camaradas perdidos en el mar, muertos por la revolución. Luego supimos, confidencialmente, que habían perecido durante una traición; los tres *destroyers* se rendían al enemigo cuando un error de dirección los hizo entrar en un campo de minas. Se decidió no decir nada. Tuvimos una pausa de varios meses de calma. El verano traía un alivio inexpresable. El hambre misma se atenuaba un poco. Yo hacía frecuentes viajes a Moscú. Los bulevares circulares, con sus follajes, estaban en la noche llenos de una multitud murmurante, amorosa, vestida de colores claros. Y como había, una vez caída la noche, muy poca iluminación, esa multitud susurraba largamente en la penumbra y luego en la oscuridad. Los soldados de la guerra civil, las jóvenes mujeres de la ex burguesía que llenaban durante el día las administraciones soviéticas, los sobrevivientes de las matanzas de Ucrania, donde las bandas nacionalistas realizaban sistemáticas matanzas de la población judía, hombres acosados por la Cheka, que conspiraban a la luz del día, a dos pasos de los sótanos del suplicio, poetas imaginistas y pintores futuristas se apresuraban a vivir. Había varios cafés de poetas en la calle Tvérskaia; era la época en que Serguei Essenin⁴⁵ se revelaba

escribiendo a veces con tiza versos magníficos en las paredes del ex monasterio de la Pasión. Lo conocí en un tétrico café. Unas mujeres demasiado empolvadas, demasiado pintadas, apoyadas de codos sobre el mármol, con el cigarrillo entre los dedos, bebían café de avena tostada; y unos hombres vestidos de cuero negro, con el pesado revólver a la cintura, las cejas fruncidas, los labios apretados, las tomaban por la cintura.

Esos conocían el precio de la dura vida, el sabor de la sangre, el extrañó efecto de angustia de una bala en la carne, y esto les hacía apreciar el encantamiento de los versos casi cantados en los que las imágenes violentas se empujaban como en un combate.

Essenin, cuando lo vi por primera vez, me disgustó. Tenía veinticuatro años, frecuentaba a las chicas de mala vida, a los bandidos, a los golfos de los rincones turbios de Moscú; bebía, tenía la voz destemplada, los párpados hinchados, un bello rostro joven abotargado y cuidado, cabellos de un rubio dorado que ondulaban sobre las sienes. Una verdadera gloria lo rodeaba, los viejos poetas simbolistas reconocían en él a su igual, la *intelligentsia* se disputaba sus plaquettes y la calle cantaba sus poemas.

Merecía todo eso. En blusa de seda blanca, subía al estrado y empezaba a declamar. La pose, la elegancia voluntaria, la voz alcohólica, el abotargamiento del rostro me predisponían contra él; y el ambiente de una bohemia en descomposición que mezclaba sus pederastas y sus refinados con nuestros combatientes, me asqueaba casi. Pero, como los otros, cedía al cabo de un momento al encanto real de esa voz estropeada y de una poesía que venía del fondo del ser y del fondo de la época. Al salir de allí, me detenía delante de los escaparates, algunos quebrados en largas hendiduras por las balas del año pasado, donde Maiakovski⁴⁶ pegaba sus carteles de agitación contra la Entente, el Piojo, los generales blancos, Lloyd George, Clemenceau, el capitalismo encarnado por un ser barrigón, con sombrero de copa y fumando un enorme puro. Una plaquette de Ehrenburg⁴⁷ (que había huido) circulaba: era una Oración por Rusia violada y crucificada por la revolución. Lunacharski⁴⁸, comisario del pueblo para la Instrucción Pública, había dado permiso a los pintores futuristas de decorar Moscú, y habían transformado los puestos de un mercado en flores gigantescas. El gran lirismo, hasta entonces confinado en los círculos literarios, buscaba para sí mismo nuevas vías en las plazas públicas. Los poetas aprendían a declamar o a salmoniar sus versos ante grandes auditorios venidos de la calle. Su acento quedaba renovado por ello, las cursilerías cedían su lugar al poder y al ardor.

Al acercarse el otoño ⁴⁹, sentimos en Petrogrado, ciudad del frente, que el peligro renacía, tal vez mortal esta vez. Es cierto que teníamos ya la costumbre. Un general británico ⁵⁰ formaba en Tallin (Réval), Estonia, un gobierno provisional para Rusia, a cuya cabeza colocaba a un tal Lianosov, gran capitalista petrolero. Sin duda no era grave. En Helsinki, los emigrados manejaban una bolsa blanca donde se cotizaban los billetes de banco con la efigie de los zares (y esto estaba muy bien, porque los imprimíamos especialmente para esos imbéciles), donde se vendían los inmuebles de las ciudades soviéticas y las acciones de las empresas socializadas; un capitalismo fantasma se afanaba por vivir allá. Tampoco eso era grave. Lo grave era el tifus y el hambre.

Las divisiones rojas del frente de Estonia, entregadas a los piojos y al hambre, se desmoralizaban. Vi, en trincheras desmoronadas, combatientes macilentos y tristes que verdaderamente no podían más. Vinieron las lluvias frías del otoño y la guerra continuaba tristemente para aquella pobre gente, sin esperanza, sin victorias, sin botas, sin abastos, y para muchos de ellos era el sexto año de guerra, y habían hecho la revolución para hacer la paz. Se sentían en un círculo infernal. El ABC del comunismo⁵¹ les explicaba en vano que tendrían la tierra, la justicia, la paz, la igualdad cuando, dentro de poco, la revolución mundial estuviera hecha.

Suavemente, nuestras divisiones se fundían bajo el pálido sol de la miseria. Un movimiento extremadamente pernicioso había nacido en los ejércitos de guerra civil, blancos, rojos y otros: el de los Verdes. Tomaban su apelación de los bosques en los que se refugiaban y se reunían los desertores de todos los ejércitos que no querían ya pelear por nadie, ni por los generales ni por los comisarios, no querían ya pelear sino por ellos mismos, para no volver a hacer ninguna guerra. Los había en toda Rusia.

Sabíamos que en los bosques de la región de Pskov, los efectivos de los Verdes crecían (alcanzaron varias decenas de millares de hombres). Bien organizados, provistos de un estado mayor, sostenidos por los campesinos, devoraban al Ejército Rojo. Los casos de desertión al enemigo se multiplicaban también apenas se sabía que los generales distribuían pan blanco a sus tropas.

El espíritu de casta de los oficiales del antiguo régimen neutralizaba afortunadamente el mal: persistían en llevar charreteras, en exigir el saludo militar, en hacerse llamar «Vuestro Honor», esparciendo así a su alrededor tal hediondez, que nuestros desertores, una vez alimentados, volvían a desertar, regresaban a pedir perdón o se unían a los Verdes. De los dos lados del frente los efectivos eran fluidos. El 11 de octubre, el Ejército

Blanco del general Yudénich⁵² tomó Yamburgo, en la frontera de Estonia. A decir verdad, apenas encontró resistencia. Nuestras tropas esqueléticas –o más exactamente lo que quedaba de ellas– se desbandaron y huyeron. Feo momento. El ejército nacional del general Denikin⁵³ ocupaba toda Ucrania y tomaba Orel. El almirante Kolchak, «jefe supremo» de la contrarrevolución, dominaba toda Siberia y amenazaba el Ural. Los británicos ocupaban Arjangelsk, donde uno de los más viejos revolucionarios rusos, Chaikovsk i⁵⁴, antiguo amigo de mi padre, presidía un gobierno «democrático» que fusilaba sin piedad a los Rojos. Los francorumanos acababan de ser expulsados de Odessa por un ejército negro (anarquista), pero una flota francesa se encontraba en el Mar Negro. La Hungría soviética se había desmoronado.

En resumen, cuando hacíamos el balance, lo más probable era que la revolución entraba en agonía, que una dictadura militar «blanca» se impondría pronto y que todos seríamos ahorcados o fusilados. Esta convicción nítida, en lugar de esparcir el desaliento, galvanizó el espíritu de resistencia.

Mi amigo Mazín (Lichtenstadt) partió para el frente, después de una conversación que tuvimos los dos con Zinoviev. «El frente está en todas partes», le decíamos. «En el monte y los pantanos, perecerá usted pronto y sin fruto. Se necesitan allí hombres mejor adaptados que usted a la guerra y estos no faltan.» Insistió. Me dijo después que estábamos en plena catástrofe, probablemente perdidos, que no veía ningún interés en ganar un plazo de existencia personal de algunos meses cuando mucho, prosiguiendo trabajos de organización, de edición, etc., que eran ahora vanos; que en el momento en que tantos hombres morían inútilmente en los villorrios, tenía horror de las oficinas de Smolny, de los comités, del papel impreso del hotel Astoria.

Yo sostenía contra él que debíamos encarnizarnos en resistir, en vivir; no exponernos sin necesidad absoluta; que siempre habría tiempo de dejarnos matar quemando los últimos cartuchos. (Yo mismo regresaba de una misión casi seguramente mortal, interrumpida por Bujarin. No sentía ni temor ni miedo de parecer tener miedo; veía ahora tantas razones de vivir para seguir el combate que el más sano quijotismo me parecía absurdo; y ese intelectual miope, distraído para las cosas mínimas me parecía destinado a no hacer campaña más de quince días.) Mazín-Lichtenstadt partió e hizo su campaña un poco más de tiempo. Deseando sin duda salvarlo, Zinoviev lo hizo nombrar comisario político ante la 6.^a división que cerraba el camino a Yudénich.

La 6.^a división se desmoronó ante el fuego, se desplomó; sus restos murieron en desorden por las carreteras encharcadas. Bill Chatov, indignado, me mostró una carta de Mazín que decía lo siguiente: "Ya no hay 6.^a división, ya no hay más que una turba derrotada ante la cual nada puedo. Ya no hay mando. Solicito ser relevado de mis funciones políticas y tomar un fusil de soldado de infantería". "¡Está loco! –exclamaba Chatov–.

Si todos nuestros comisarios tuvieran ese romanticismo, estaríamos fritos.

Le envió un telegrama de regaño y de buen estilo. Se lo aseguro." Pero lo que vi de la derrota me hizo comprender las reacciones de Mazín.

Probablemente no hay nada que comparable al espectáculo de un ejército vencido, presa del pánico, que siente la traición a su alrededor, ya no obedece, se transforma en un rebaño de hombres enloquecidos, listos a linchar a cualquiera que trate de ponerse en su camino y que huye arrojando sus armas a los fosos... Se desprende de ello tal sensación de cosa irremediable, el pánico nervioso tiene tan sutiles y violentos contagios, que los valientes no tienen ya a su disposición sino una actitud exasperada de suicida.

Vladimir Ossípovich Mazín hizo como lo había escrito, renunció al mando, recogió un fusil, formó un pequeño grupo de comunistas e intentó detener a la vez la derrota y al enemigo. En la linde de un bosque, fueron cuatro rabiosos, uno de los cuatro era su ordenanza que se había negado a abandonarlo. Esos cuatro libraron solos el combate contra la caballería blanca y murieron. Unos campesinos nos indicaron más tarde el lugar donde el comisario había disparado sus últimas balas y había caído. Lo habían enterrado. Trajeron a Petrogrado cuatro cadáveres calcinados por la tierra, uno de los cuales, el de un pequeño soldado derribado a culatazos (con el cráneo hundido) hacía todavía con su brazo rígido el gesto de protegerse el rostro. Reconocí a Mazín por sus uñas finas; un antiguo presidiario de Schluselburg lo reconoció por sus dientes. Lo pusimos en la tierra en el Campo de Marte. (Fue después de la victoria, la victoria en la que me parece que ninguno de nosotros creía ya.)

Yo cumplía naturalmente, como todos los camaradas, una multitud de funciones. Dirigía el servicio de lenguas latinas de la Internacional y sus ediciones, recibía a los delegados extranjeros que llegaban por caminos peligrosos a través de las redes de alambres de púas del bloqueo, llenaba las funciones de comisario para los archivos del ex ministerio del Interior, es decir la ex Ojra⁵⁵; era a la vez soldado del batallón comunista del II ramo y *attaché* al estado mayor de la defensa; allí, me ocupaba del

contrabando con Finlandia; comprábamos a honrados comerciantes de Helsinki armas excelentes, pistolas Máuser con funda de madera, que nos eran entregadas en un "sector tranquilo" del frente, que habíamos hecho tranquilo para ese pequeño comercio, a unos cincuenta kilómetros de Leningrado. A fin de pagar esas compras útiles, imprimíamos por cajas enteras bellos billetes de quinientos rublos, todos relucientes, con la efigie de la Gran Catalina y firmados por un director de banco tan muerto como su banco, su régimen y la emperatriz Catalina... Cajas contra cajas, el intercambio se hacía en un bosque de abetos sombríos, en silencio –y era ciertamente en el fondo la operación comercial más loca que pudiese imaginarse. Evidentemente, los que recibían los billetes imperiales tomaban una hipoteca sobre nuestra muerte, al mismo tiempo que nos proporcionaban los medios de defendernos.

Los archivos de la Ojrana, hasta entonces policía política de la autocracia, planteaban un problema serio. En ningún caso debían volver a caer en manos de la reacción. Contenían biografías y hasta buenos tratados de historia de los partidos revolucionarios; el total, si sufríamos una derrota seguida por el terror blanco y por la resistencia en la ilegalidad –para lo cual nos preparábamos–, proporcionaría a los ahorcadores y fusiladores de mañana armas preciosas

Que unos archivistas sabios y simpáticos, que daban también por descontado nuestro fin próximo, pusieran solapadamente esos papelotes conmovedores bajo saqueo, mientras se consagraban admirablemente a su conservación, todo eso era un mal muy secundario. Faltaban vagones para enviarlos a Moscú, faltaba también el tiempo, pues la ciudad podía caer de una semana a otra. Mientras se levantaban barricadas en las esquinas, hice embalar las cajas que se juzgaban más interesantes para intentar hacerlas partir en el último momento; y tomé, según se me ordenó, disposiciones para que, en el edificio del Senado o en la propia estación, todo fuese quemado y dinamitado por un equipo de camaradas seguros, en el momento en que no hubiese ninguna otra cosa que hacer. Los archivistas – a los cuales yo ocultaba ese proyecto– sospechaban algo y eso los ponía enfermos de temor y de pena. Leonid Borissovich Krassin ⁵⁶ vino, de parte del Comité Central, a informarse sobre las medidas tomadas para salvar o destruir los archivos de la policía, en los cuales ocupaba un lugar apreciable. Ese perfecto *gentleman*, burguesamente vestido con una verdadera preocupación de corrección y de elegancia, pasaba por nuestros estados mayores llenos de obreros de gorra con visera y abrigo ceñido con cartuchera. Hombre hermoso, con la barba bien cortada en punta ancha, muy intelectual, de gran porte, estaba tan fatigado cuando conversamos en medio del desorden, que me pareció por instantes que dormía de pie.

Yudénich tomó Gachina, a cuarenta y cinco kilómetros más o menos de Petrogrado, el 17 de octubre. Dos días más tarde, su vanguardia entraba en Ligovo, en los grandes suburbios, a unos quince kilómetros. Bill Chatov echaba rayos y centellas: "Las reglas del arte militar, que mis técnicos me recuerdan sin parar, establecen que el estado mayor de la división esté a tantos y tantos kilómetros de la línea de fuego... ¡Nos hemos encontrado a mil doscientos metros! Les dije: "Me importan un bledo las reglas del arte!"...". Era evidentemente la agonía. No había trenes ni combustible para la evacuación, apenas algunas decenas de coches. Habíamos enviado a los hijos de los militantes conocidos hacia el Ural, viajaban hacia allá, bajo las primeras nieves, de un villorrio hambriento a otro, sin saber dónde detenerse. Nos preparábamos identidades nuevas pensando en "cambiar de cara". Era relativamente fácil para los barbudos, que no tenían más que rasurarse. ¡Pero los otros! Una camarada dirigente, burlona y graciosa como una niña, establecía depósitos de armas secretos. Yo ya no dormía en el Astoria, cuya planta baja se había llenado de sacos de arena y de ametralladoras para sostener un cerco; pasaba las noches en los puestos avanzados de la defensa, con los batallones comunistas. Mi mujer, encinta⁵⁷, venía a dormir a la retaguardia, en una ambulancia, con un portafolios que contenía un poco de ropa y nuestros objetos más queridos, a fin de que pudiésemos reunirnos durante la batalla y batirnos en retirada juntos, a lo largo del Neva. El plan de la defensa interior preveía la lucha a lo largo de los canales que recortan la ciudad la defensa tenaz de los puentes, una retirada final muy impracticable.

Los lugares vastos y solemnes de Petrogrado, bajo la tristeza macilenta del otoño, le quedaban bien a ese ambiente de derrota sin salida. Tan desierta, la ciudad, que algunos jinetes se lanzaban a todo galope por las arterias centrales. El Instituto Smolny –hasta entonces establecimiento de educación de las señoritas de la nobleza–, sede del Ejecutivo del Sóviet y del Comité del Partido, provisto de cañones a la entrada, ofrecía paisajes severos. Está formado por dos conjuntos de edificios, rodeados de jardines, entre unas calles anchas y el Neva, arremolinado, muy ancho también, cruzado a poca distancia de allí por un puente de hierro. Un antiguo convento de estilo barroco, de una arquitectura suave y adornada, con una iglesia bastante alta de torrecilla labradas, todo ello pintado de azul claro; a su lado, el cuadrilátero con frontón y columnas del instituto propiamente dicho, cuartel de dos pisos, construido por arquitectos que no conocían sino la línea recta, rectángulos sobre rectángulos. El convento alojaba a la guardia obrera. Las grandes oficinas cuadradas, cuyas ventanas daban sobre las soledades de una ciudad medio muerta, estaban casi desiertas. Un Zinoviev pálido e hinchado, de hombros redondeados, de voz baja, vivía

allí entre los teléfonos, en comunicación constante con Lenin. Abogaba por la resistencia, pero su voz se apagaba. Los expertos más competentes, ingenieros y antiguos alumnos de la Escuela de Guerra, imagínense, estimaban que la resistencia era totalmente imposible y hacían alusiones a la matanza que acarrearía, como si la capitulación y el abandono de la ciudad no hubiesen de acarrear una matanza más desmoralizante. Las noticias de los otros frentes eran tan malas que Lenin vacilaba en sacrificar unas fuerzas últimas a la defensa de una ciudad perdida. Trotsky fue de otra opinión. El Buró Político le confió la tentativa suprema. Llegó en el penúltimo momento y su presencia cambió instantáneamente el ambiente en Smolny, como en el estado mayor, en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde se atareaba Avrov ⁵⁸, comandante de la ciudad. Avrov debía de ser un suboficial de guerra, antiguo obrero; lo veía, con el cuello de la casaca desabotonado, su rostro cuadrado todo surcado de arrugas, los párpados pesados; escuchaba estúpidamente lo que se le decía, luego una pequeña lucecita aparecía en sus ojos de ceniza, contestaba enérgicamente: "Doy órdenes", y añadía al instante siguiente, con un tono furioso: "¡pero no sé si son ejecutables!".

Trotsky llegó con un tren, ese famoso tren que recorría los frentes⁵⁹. Desde el principio de la guerra civil el año anterior en que sus mecánicos, mozos, dactilógrafas y colaboradores de estado mayor con Iván Smirnov y Rosengoltz, habían restablecido cerca de Kazan una situación desesperada al ganar la batalla de Sviajsk. El tren del presidente del Consejo Revolucionario de la Guerra traía bellos coches, servicios de enlace, un tribunal, una imprenta de propaganda, equipos sanitarios, especialistas –de ingeniería, de abastos, de batallas callejeras, de artillería–, todos seleccionados en el combate, todos llenos de fe en sí mismos, todos ligados unos a otros por la amistad y la confianza, todos mantenidos por el jefe al que admiraban en una estricta disciplina de energía, todos vestidos de cuero negro, con la estrella roja en la gorra respirando vigor. Era un núcleo de organizadores decididos, bien equipados, que se lanzaban allí donde el peligro lo exigía. Tomaron todo en sus manos, con rigor, con pasión. Fue mágico. Trotsky repetía:

"Es imposible que un pequeño ejército de quince mil ex oficiales se apodere de una capital obrera de setecientos mil habitantes".

Hizo poner carteles diciendo que la ciudad "se defendería en el interior", que desde aquel momento era la mejor solución estratégica, que el pequeño Ejército Blanco se perdería en el dédalo de las calles fortificadas y encontraría allí su tumba... En contraste con esa resolución de vencer, un

comunista francés (René Marchand), que acababa de ver a Lenin, me repitió la frase de Vladimir Ilich, positivo y malicioso según su costumbre: "¡Bien, reanudaremos la acción clandestina!".

Pero, ¿era de veras un contraste? Yo pude apenas entrever a Trotsky en la calle, luego en una gran reunión del Sóviet, donde anunció la llegada de una división de caballería bashkir que lanzaríamos despiadadamente sobre Finlandia, si Finlandia se movía. (Dependía de Finlandia darnos el tiro de gracia.) Amenaza de una extrema habilidad que hizo pasar sobre Helsinki un soplo de terror. La sesión del Sóviet tenía lugar bajo las altas columnas blancas del palacio de Táuride, en el hemiciclo de la antigua Duma del Imperio. Trotsky era pura fuerza tensa; orador único, además, con una voz metálica que llegaba lejos y lanzaba frases breves, a menudo sardónicas, siempre penetradas de una pasión esencialmente voluntaria⁶⁰. La decisión de pelear a ultranza se tomó por entusiasmo, y del hemiciclo entero subió un canto de fuerza. Pensé que los salmos de los Cabezas-Redondas de Cromwell, cantados antes de los combates decisivos, no debían tener otro acento.

Magníficos regimientos de infantería traídos del frente polaco atravesaban la ciudad para ir a tomar sus posiciones en los suburbios. La caballería bashkir montada en pequeños caballos de las estepas, de pelo largo, desfilaba por las calles; esos jinetes salidos de un lejano pasado, de piel tostada y cubiertos de bonetes de piel de cordero negro, cantaban también, con voz gutural, acompañándose de estridentes silbatazos. A veces cabalgaba a su cabeza un joven intelectual flaco, con gafas, que habría de convertirse en el escritor Constantin Fedin⁶¹. Pelearon poco y deplorablemente; pero eso no tuvo importancia.

Convoyes de abastecimiento, arrancados sabe Dios de dónde y sabe Dios cómo, llegaban también. ¡Eso era lo más eficaz! Corrió el rumor de que los

Blancos tenían tanques. Trotsky hizo publicar que la infantería podía y sabía vencer a los tanques. No sé qué ingeniosos agitadores lanzaron el rumor, quizá verdadero después de todo, de que los tanques de Yudénich eran de madera pintada. La ciudad se cubrió de verdaderos reductos: los cañones apuntaban en línea recta calle abajo. Se utilizaron en la construcción de esas fortificaciones los materiales de las canalizaciones subterráneas, anchos tubos de alcantarilla sobre todo.

Los anarquistas se habían movilizado para la defensa. Un antiguo presidiario de Schlussemburg, Kolabushkin, era su animador. El partido le

dio armas. Tenían un “estado mayor negro” en el apartamento devastado de un dentista que había huido. Ahí reinaban el desorden y la camaradería. Ahí reinaba también la sonrisa de una joven rubia, más que encantadora, que regresaba de Ucrania, relataba matanzas abominables, y daba noticias de Majno.

Marussia Tsvétkova habría de morir poco después de tifus. Traía verdaderamente el sol entre aquellos hombres amargamente exaltados. Fueron ellos los que en la noche del peor peligro ocuparon la imprenta del *Pravda*, periódico bolchevique que detestaban, para defenderla y dejarse matar allí. Descubrieron entre ellos a dos blancos armados de granadas, listos a volarlo todo. ¿Qué hacer? Los encerraron en un cuarto y se miraron consternados unos a otros: ¡Aquí estamos ahora convertidos en carceleros, como los chekistas! Despreciaban a los chekistas con toda su alma. La proposición de fusilar a esos enemigos, a esos espías, fue rechazada con horror. ¿Nosotros, fusiladores? Finalmente mi amigo Kolabushkin, el antiguo presidiario, uno de los organizadores, ahora, de los abastos de la república en combustible, se encargó de llevarlos⁶² a la fortaleza Pedro y Pablo, lo cual no era más que un mal compromiso, pues la Cheka los hubiera fusilado de inmediato. En el coche de la guardia negra, Kolabushkin, que había hecho a su vez ese trayecto en otros tiempos, entre los gendarmes del zar, vio sus caras de hombres acosados y se acordó de su juventud. Detuvo el coche y les dijo de pronto:

“¡Lárguense, canallas!”. Luego, aliviado y desolado, vino a contarme esos instantes intolerables. “¿No fui idiota? –me preguntaba–. Sabes, de todos modos estoy contento. –Comprendo eso, aunque...”

Petrogrado se salvó el 21 de octubre en la batalla de los altos de Pulkovo, a unos quince kilómetros al sur de la ciudad semicercada. La derrota se transformó en una victoria tal que las tropas de Yudénich se replegaron en retirada hacia la frontera estonia. Los estonios los bloquearon allí. El Ejército Blanco que había estado a punto de tomar Petrogrado tuvo un fin lamentable. Unos trescientos obreros llegados de Schlusselfurg lo habían detenido también, en una hora crítica, y se habían dejado matar por un cuerpo de oficiales que caminaban al combate como si fueran a un desfile. El último mensaje de Mazín-Lichtenstadt me llegó después de la batalla.

Era una carta que me rogaba transmitir a su mujer. “Cuando se envía a los hombres a la muerte –escribía–, debe uno dejarse matar.”

Cosa extraordinaria y que muestra hasta qué punto eran profundas las causas sociales y psicológicas –son lo mismo– de nuestro vigor, el mismo milagro aparente se realizó al mismo tiempo en todos los frentes de la guerra civil, aunque por todas partes a fines de octubre y principios de noviembre la situación pareciese igualmente desesperada.

Mientras se peleaba en los alrededores de Pulkovo, el ejército del general Denikin fue vencido no lejos de Voronezhe por la caballería roja improvisada por Trotsky y mandada por un ex suboficial llamado Budienny.

El 14 de noviembre, el almirante Kolchak, 'jefe supremo', perdía su capital, Omsk, en Siberia occidental. Era la salvación. Los Blancos pagaban con un desastre dos errores capitales: no haber tenido la inteligencia ni el valor de realizar en los territorios conquistados a la revolución una reforma agraria; y haber restaurado en todas partes en el poder a la vieja trinidad de lo generales, el alto clero y los terratenientes.

Volvió una inmensa confianza. Yo recordaba las frases de Mazín, en nuestros días de más hambre, cuando veíamos a los ancianos desplomarse en la calle, agarrando todavía entre los dedos adelgazados una pequeña cacerola metálica.

"Somos de todos modos –me decía– el más grande poder del mundo. Sólo nosotros traemos al mundo un principio nuevo de justicia y de organización racional del trabajo. Sólo nosotros en esta Europa ebria de guerra donde nadie quiere ya pelear podemos formar ejércitos nuevos, podremos mañana hacer guerras verdaderamente justas. Su castillo de naipes debe desmoronarse; cuanto más dure más costará en miseria y en sangre."

Llamábamos "su castillo de naipes" al tratado de Versalles que acababa de firmarse en junio de 1919. Fundamos con Maxim Gorki, el historiador P. E. Shchegolev, el veterano de *La Voluntad del Pueblo*, NOVORUSKI, el primer Museo de la Revolución ⁶³.

Zinoviev hizo que nos atribuyeran una gran parte del Palacio de Invierno. Pretendía, como la mayoría de los dirigentes del partido, hacer de él en verdad un museo de la propaganda del bolchevismo, pero, preocupado de ganarse a los intelectuales revolucionarios y de no estar en falta aparentemente con el espíritu científico, nos dejó tener un inicio honrado.

Yo seguí estudiando los archivos de la Ojrana⁶⁴. La espantosa documentación que encontré allí presentaba un interés psicológico público;

pero el interés práctico de ese estudio era tal vez mayor aún. Por primera vez todo el mecanismo de la represión policíaca de un imperio autoritario había caído en las manos de los revolucionarios. Conocerlo podía proporcionar a los militantes de los otros países útiles indicaciones: a pesar de nuestro entusiasmo y de nuestro sentimiento de tener razón, no estábamos seguros de no ser reprimidos algún día por la reacción. Antes bien, estábamos más o menos convencidos de lo contrario: era una tesis generalmente admitida, que Lenin repitió varias veces, que la Rusia agrícola y atrasada (en el sentido industrial) no podía darse por sus propios medios un régimen socialista duradero; y que seríamos por consiguiente vencidos tarde o temprano si la revolución europea, es decir por lo menos la revolución socialista en la Europa central, no aseguraba al socialismo una base infinitamente más amplia y más viable. Finalmente, sabíamos que antiguos agentes provocadores trabajaban entre nosotros, dispuestos en su mayoría a volver al servicio y, peligrosamente para nosotros, al lado de la contrarrevolución.

En las primeras jornadas de la revolución de marzo de 1917, el palacio de Justicia de Petrogrado había ardido. Sabíamos que la destrucción de sus archivos, de las fichas de antropometría y del gabinete secreto había sido obra a la vez de la peor chusma, interesada en suprimir esos documentos, y de agentes provocadores. En Cronstadt, un 'revolucionario' que era también un agente provocador se había apoderado de los archivos de la Seguridad y los había quemado. El gabinete secreto de la Ojrana contenía entre treinta y cuarenta mil expedientes de agentes provocadores que habían sido activos durante los últimos veinte años. Entregándose a un simple cálculo de probabilidades sobre los decesos, las eliminaciones diversas, y teniendo en cuenta los tres mil y poco más o menos que habían sido desenmascarados, gracias al paciente trabajo de los archivistas, estimábamos que varios millares de ex agentes secretos permanecían activos en la revolución: por lo menos cinco mil, afirmaba el historiador Shchegolev, que me relató este incidente que tuvo lugar en una ciudad del Volga.

Una comisión formada por miembros conocidos de los diversos partidos de extrema izquierda y de izquierda interrogaba a los altos funcionarios de la policía imperial, precisamente sobre la provocación. El jefe de la policía política se disculpó por no poder nombrar a dos de esos ex agentes por el motivo de que formaban parte de la comisión misma.

Prefería que esos señores, obedeciendo a la voz de su conciencia, se nombrasen en ellos mismos, y dos de los "revolucionarios" se levantaron, confundidos.

Los antiguos agentes secretos, todos ellos iniciados en la vida política, se presentaban como revolucionarios probados, perfectamente libres de escrúpulos, tenían interés en irse al partido gobernante, y les era fácil obtener buenos empleos. Desempeñaban, pues, cierto papel en el régimen; se adivinaba que algunos habían debido hacer en él la política de lo peor, llegar a los excesos, sembrar el descrédito. Desenmascararlos era cosa de extrema dificultad. En general, los expedientes se referían a un mote y se necesitaban referencias atentas para lograr una identificación.

En 1912, por ejemplo, había en las organizaciones revolucionarias de Moscú, que no eran en absoluto organizaciones de masas, cincuenta y cinco agentes provocadores, diecisiete de ellos socialistas revolucionarios, veinte social-demócratas mencheviques y bolcheviques, tres anarquistas, once estudiantes, varios liberales. En la misma época, el líder de la facción bolchevique de la Duma, portavoz de Lenin, era un agente provocador, Malinovski⁶⁵; el jefe de la organización terrorista del partido Socialista Revolucionario, miembro del comité central de ese partido, había sido un agente de la Ojrana, Evno Azev⁶⁶ (de 1903 a 1908), en la época de los atentados más conocidos.

Hacia 1930 –para terminar– varios ex agentes provocadores fueron desenmascarados todavía entre los dirigentes de Leningrado. Encontré un extraordinario expediente todo descifrado, el expediente 378, Julia Orestovna Serova⁶⁷, la mujer de un diputado bolchevique de la II Duma de Imperio, gran militante fusilado en 1918 en Chita. Los estados de servicios de Serova, enumerados en un informe al ministro, revelaban que había entregado depósitos de armas y de literatura, hecho detener a Rykov, Kaméniev y muchos otros, espiado largamente a los comités del partido. Finalmente sospechosa y apartada, escribía al jefe de la policía secreta, en febrero de 1917, algunas semanas antes de la caída de la autocracia, que “ante los grandes acontecimientos que se acercaban”, pedía volver a entrar en servicio; casada en segundas nupcias con un obrero bolchevique, estaba otra vez en situación de trabajar. Las cartas mostraban a una mujer realmente inteligente, celosa, ávida de dinero, tal vez histérica. Hablamos una noche, entre amigos, mientras tomábamos el té, de ese caso psicológico. Una vieja militante se levantó, trastornada: “¿Serova? ¡Pero si acabo de encontrármela en la ciudad! En efecto se ha vuelto a casar con un camarada de la sección de Vyborg”. Serova fue detenida y fusilada. La psicología del provocador era más a menudo doble. Gorki me mostró una carta que le había escrito uno de ellos, no desenmascarado, que decía en sustancia: “Me despreciaba, pero sabía que mis miserables pequeñas traiciones no impedirían a la revolución recorrer su camino”.

Las instrucciones de la Ojrana recomendaban dirigirse a revolucionarios de carácter débil, amargados y decepcionados; explotar las rivalidades de amor propio; facilitar la promoción política de los buenos agentes eliminando a los militantes más calificados. El viejo abogado Kozlovski, que había sido el primer comisario del pueblo para la Justicia, me participó sus impresiones sobre Malinovski. El antiguo líder bolchevique de la Duma, aunque desenmascarado, regresó de Alemania a Rusia en 1918, se presentó en Smolny, solicitó ser detenido. “¿Malinovski? No lo conozco –le respondió el comandante del servicio de guardias–. Vaya a dar sus explicaciones al Comité del Partido.” Kozlovski interrogó a Malinovski. Este decía no poder vivir fuera de la revolución. “He sido agente doble a pesar mío, consiento en ser fusilado.” Mantuvo esa actitud ante el tribunal revolucionario. Krylenko⁶⁸ hizo una requisitoria despiadada contra él –“¡El aventurero juega su última carta!”– y Malinovski fue fusilado en los jardines del Kremlin.

Muchas razones me llevan a creer que era simplemente sincero y que si le hubiesen dejado vivir, hubiese servido como los otros. Pero ¿qué confianza podían tener los otros en él?

Gorki defendía la vida de los agentes provocadores, depositarios a sus ojos de una experiencia social y psicológica pública. “Esos hombres son especies de monstruos que deben conservarse para el estudio.” Defendía con los mismos argumentos la vida de los altos funcionarios de la policía política del zar. (Recuerdo una conversación sobre estos temas, que se desvió hacia la necesidad de aplicar la pena de muerte a los niños. La criminalidad infantil preocupaba a los dirigentes del Sóviet. Algunos niños semi abandonados formaban verdaderas bandas; los colocaban en las casas de niños, donde seguían muriéndose de hambre, se evadían de ellas y recomenzaban. Una linda pequeña, Olga, de catorce años, tenía varios asesinatos de niños y varias evasiones en su haber; organizaba el asalto de departamentos donde los padres habían dejado a un niño solo.

Le hablaba a través de la puerta, le daba confianza, hacía que le abriera... ¿Qué hacer con ella? Gorki preconizó la creación de colonias de niños criminales en el Norte, donde la vida es ruda y la aventura siempre está presente. No sé lo que hicieron.)

Teníamos también una documentación bastante rica sobre los servicios secretos de la Ojrana en el extranjero. Había agentes en todas las emigraciones y en los medios periodísticos y políticos de los diversos países. Se ocupaban de la corrupción de la prensa. Es conocida la frase del

alto funcionario Rachkovski⁶⁹, de misión en París durante la alianza franco-rusa, sobre "la abominable venalidad de la prensa francesa".

Encontramos en los archivos concienzudas obras de historia de los partidos revolucionarios, escritas por los jefes de la policía que han sido publicadas desde entonces ⁷⁰. ¡Son las únicas que hay! Expuestas en la sala de las malaquitas del Palacio de Invierno, cuyas ventanas dan hacia la fortaleza de Pablo y Pedro, nuestra Bastilla, estas piezas de la formidable maquinaria policíaca se prestaban a serenas meditaciones. Daban el sentimiento de la impotencia final de la represión, cuando esta tiende a impedir un desarrollo histórico que se ha hecho necesario y a defender un régimen contrario a las necesidades de la sociedad. Por muy poderosamente armada que esté en este caso, la represión no puede entonces sino multiplicar los sufrimientos y ganar tiempo.

La guerra civil parecía a punto de terminar. El ejército nacional del general Denikin huía a través de Ucrania. El del almirante Kolchak, acosado por los guerrilleros rojos, se replegaba hacia Siberia. La idea de una normalización empezó a abundar, cada vez más, en el partido.

Riazánov⁷¹ reclamaba incansablemente la abolición de la pena de muerte.

Las Chekas eran impopulares. A mediados de enero de 1920, Dzerzhinski, de acuerdo con Lenin y Trotsky, propuso la abolición de la pena de muerte en el país, con exclusión de las zonas de operaciones militares. El decreto fue adoptado por el gobierno y firmado por Lenin, presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, el 17 de enero. Desde hacía algunos días, las cárceles, atiborradas de sospechosos, vivían en una tensa espera.

Conocieron de inmediato la enorme buena noticia, el final del terror. El decreto no había aparecido todavía en los periódicos. El 18 o el 19, en Smolny, unos camaradas me informaron a media voz de la tragedia de esa noche —de la que nunca se habló en voz alta. Mientras los periódicos imprimían el decreto, las Chekas de Petrogrado y de Moscú "liquidaban sus existencias".

Los sospechosos, sacados durante la noche por carretadas fuera de la ciudad, eran fusilados en montones. ¿Cuántos? En Petrogrado, entre ciento cincuenta y doscientos; en Moscú, se dice, entre doscientos y trescientos. Los días siguientes, al alba, las familias de los asesinados fueron a recorrer un campo siniestro, recién labrado, para recoger reliquias, botones, jirones de calcetines. Los chekistas habían puesto al gobierno ante una situación

de hecho. Mucho más tarde, conocí personalmente a uno de los autores de la matanza de Petrogrado, al que llamaré Leonidov.

“Pensábamos –me decía– que si los comisarios del pueblo se ponían a hacer humanitarismo, era asunto de ellos. El nuestro era derribar para siempre la contrarrevolución y que nos fusilaran después, si querían.” Fue en realidad una repulsiva tragedia de la psicosis profesional. Leonidov, por otra parte, cuando lo conocí, era netamente un semiloco. Entre las víctimas, los contrarrevolucionarios irreductibles no constituían probablemente sino un porcentaje mínimo.

Algunos meses más tarde, mientras mi mujer daba a luz en una maternidad, inicié una conversación con una enferma que acababa de perder un niño. Su marido, el ingeniero Trotzki o Troytzki, había sido fusilado durante la abominable noche. Era un ex socialista revolucionario de la revolución de 1905 encarcelado por especulación, es decir por una compra de azúcar en el mercado negro. Pude verificar esos datos. Incluso en Smolny el drama se rodeó de un misterio total. Pero lanzó sobre el régimen un profundo descrédito. Se hacía evidente –para mí y para otros– que la supresión de las Chekas, el restablecimiento de tribunales regulares y de los derechos de la defensa eran ahora una condición de la salud interior de la revolución. Pero no podíamos absolutamente nada. El Buró Político, formado entonces por Lenin, Trotsky, Zinoviev, Rykov, Kaméniev y Bujarin –si no me equivoco– se planteaba la cuestión sin atreverse a resolverla, presa él mismo, no lo dudo, de cierta psicosis de miedo y de implacable autoridad.

Los anarquistas tenían razón contra él cuando escribían en sus banderas negras que “no hay peor veneno que el poder” –el poder absoluto, por supuesto. Desde aquel momento, la psicosis del poder absoluto dominaba a la gran mayoría de los dirigentes, sobre todo en la base. Podría dar ejemplos innumerables. Resultaba del complejo de inferioridad de los explotados, de los sometidos, de los humillados de ayer; de la tradición de la autocracia, involuntariamente reanudada a cada paso; de los rencores subconscientes de antiguos presidiarios y de sobrevivientes de las horcas y de las cárceles imperiales; de la destrucción del sentimiento humano por la guerra y la guerra civil; del miedo y de la decisión del combate a ultranza.

Esos sentimientos eran espoleados al extremo por las atrocidades del Terror blanco. En Perm, el almirante Kolchak había mandado matar a unos cuatro mil obreros de entre cincuenta y cinco mil habitantes. En Finlandia la reacción había hecho una matanza de quince a diecisiete mil rojos. Sólo en la pequeña ciudad de Proskurov, varios millares de judíos habían sido

degollados. Vivíamos de estas noticias, de estos relatos, de estas estadísticas increíbles. Otto Corwin⁷² acababa de ser ahorcado en Budapest, con sus amigos, bajo los ojos de una multitud mundana exaltada. Sigo convencido de que la revolución social hubiese sido sin embargo mucho más fuerte y más clara si los hombres que detentaban en ella el poder supremo se hubiesen obstinado en defender e imponer, con tanta energía como pusieron en vencerlo, un principio de humanidad hacia el enemigo vencido. Sé que tuvieron la tentación de hacerlo así; no tuvieron la voluntad. Conozco la grandeza de esos hombres; pero en este punto, ellos que pertenecían al porvenir eran prisioneros del pasado.

La primavera de 1920 se abrió con una victoria, la toma de Arjanglesk⁷³, evacuada por los británicos –y de pronto todo cambió de rostro. Fue de nuevo el peligro mortal inmediato: la agresión polaca⁷⁴.

Yo tenía en los expedientes de la Ojrana los retratos de Pilsudski, condenado antaño por un complot contra la vida del zar. Conocí a un médico que había cuidado a Pilsudski en un sanatorio de Petersburgo, donde, para evadirse, simuló la locura –con una rara perfección⁷⁵.

Revolucionario y terrorista él mismo, lanzaba ahora sus lecciones contra nosotros. Un movimiento de exasperación y de entusiasmo le respondió. Viejos generales del zar, escapados por azar de la matanza, Brusilov y Polivanov⁷⁶, se ofrecieron a combatir, en respuesta a un llamado de Trotsky. Yo veía a Gorki estallar en sollozos al arengar desde lo alto de un balcón del Nevski a un batallón que partía hacia el frente. “Cuándo habremos terminado de matar y de desangrar?”, mascullaba bajo su bigote erizado. La pena de muerte fue restablecida, las Chekas recibieron, bajo el viento de la derrota, poderes acrecentados.

Los polacos entraban en Kiev. Zinoviev decía: “Nuestra salvación está en la Internacional”. Era también la opinión de Lenin. En plena guerra, apresuradamente, fue convocado el II Congreso⁷⁷ de la Internacional Comunista. [Yo trabajaba literalmente día y noche en su preparación, pues era prácticamente el único, gracias a mi conocimiento de las lenguas⁷⁸ y de Occidente, que podía realizar una multitud de tareas.^{79*}] Recibí a Landsbury⁸⁰ y a John Reed⁸¹ a su llegada; escondí a un delegado de los comunistas de izquierda húngaros, adversarios de Bela Kun⁸², un poco ligados a Racovski⁸³. Publicábamos la revista de la Internacional en cuatro lenguas⁸⁴. Enviábamos mensaje tras mensaje clandestino al extranjero, por diversas vías azarosas.

Yo traducía⁸⁵ los mensajes de Lenin. Traducía también el libro que Trotsky acababa de escribir en su tren de los frentes, *Terrorismo y comunismo*⁸⁶, y que sostenía la necesidad de una larga dictadura, durante el "periodo de transición hacia el socialismo": varias decenas de años sin duda. Ese pensamiento inflexible me asustaba un poco por su esquematismo y su voluntarismo.

Faltaba de todo: colaboradores, papel, tinta, hasta el pan, los medios de comunicación, y sólo recibíamos de los periódicos extranjeros algunos números comprados en Helsinki por unos contrabandistas que atravesaban para ello el frente. Yo les pagaba el número a cien rublos. Cuando había un muerto entre ellos, venían a pedir un aumento que no discutíamos.

En Moscú, un trabajo de organización igualmente febril proseguía bajo la dirección de Angelica Balabanova y de Bujarin. Vi a Lenin cuando vino a Petrogrado para la primera sesión del congreso.

Tomábamos el té en una pequeña sala de fiestas de Smolny; yo estaba con Evdokimov y Ángel Pestaña⁸⁷, delegado de la CNT de España, cuando Lenin entró. Estaba radiante, estrechaba las manos tendidas, pasando de abrazo en abrazo. Evdokimov y él se abrazaron alegremente, mirándose a los ojos, felices como niños grandes. Vladimir Ilich llevaba uno de sus viejas chaquetas de inmigrado, traídas tal vez de Zúrich, que le vi durante toda la estación. Casi calvo, con el cráneo alto y abombado, la frente sólida, tenía rasgos banales, un rostro asombrosamente fresco y rosa, un color de barba rojizo, los pómulos ligeramente salientes, los ojos horizontales que la arruga de la risa hacía aparecer oblicuos, la mirada gris-verde, un gran aspecto de bonachonería y de alegre malicia. Ninguna pose en él, la simplicidad misma.

Ocupaba todavía, en el Kremlin, un pequeño departamento de criado de palacio. El invierno anterior, también a él le había faltado la calefacción.

Cuando iba a la peluquería tomaba su turno, y le parecía indecente que se apartaran ante él. Una vieja criada se ocupaba del quehacer de su casa y reparaba sus trajes. Sabía que era el primer cerebro del partido, y recientemente, en grandes circunstancias, no había encontrado mayor amenaza que la de dimitir del Comité Central para apelar a los militantes de la base. Anhelaba una popularidad de tribuno, ratificada por las masas, sin aparato ni ceremonial. En sus modales y su comportamiento, no había el menor indicio del gusto por la autoridad; exigencias de técnico serio que quiere que el trabajo se haga, y se haga bien, a la hora debida; la voluntad declarada de hacer respetar las nuevas instituciones, aun cuando fuesen

débiles hasta el punto de no ser sino simbólicas. Ese mismo día o al día siguiente habló durante varias horas en la primera sesión solemne del congreso, en el palacio de Táuride, bajo la columnata blanca. Su informe trataba de la situación histórica creada por el tratado de Versalles⁸⁸.

Citando abundantemente a Maynard Keynes⁸⁹, Lenin demostraba lo insostenible de esa Europa arbitrariamente recortada por los imperialismos victoriosos, la imposibilidad para Alemania de soportar mucho tiempo las cargas que le eran impuestas estúpidamente, y concluía de ello la inevitabilidad de una próxima revolución europea, destinada a arder también en los pueblos coloniales de Asia. No era ni un gran orador ni un excelente conferenciante. No utilizaba ninguna retórica y no buscaba ningún efecto de tribuna. Su vocabulario era el del artículo de periódico, su técnica comprendía la repetición variada para grabar bien la idea como quien clava un clavo. Sin embargo no era nunca aburrido, debido a su vivacidad de mímica y a la convicción razonada que lo empujaba. Sus gestos familiares consistían en levantar la mano para subrayar la importancia de la cosa dicha, luego inclinarse hacia el auditorio, todo sonriente y serio, con las palmas abiertas en un movimiento demostrativo: ¿no es evidente? Un hombre esencialmente simple, nos hablaba honestamente, sólo para convencernos, y no apelaba sino a nuestra razón, a los hechos, a la necesidad. "Los hechos son testarudos"⁹⁰, le gustaba repetir. Era el buen sentido mismo, hasta el punto de decepcionar a los delegados franceses, acostumbrados a las grandes justas parlamentarias.

"Lenin pierde mucho de su prestigio cuando se le ve de cerca", me decía un parlamentario francés, escéptico y hablador, atiborrado de frases ingeniosas. (Zinoviev había encargado al pintor Isaac Brodski⁹¹ un gran cuadro que representaba esa sesión histórica. Brodski tomaba apuntes.

Años más tarde, el pintor retocaba todavía su tela, sustituyendo a tales asistentes por tales otros –y algunos problemáticos– a medida que las crisis y las oposiciones modificaban la composición del Ejecutivo del momento...)

El II Congreso de la Internacional Comunista continuó sus trabajos en Moscú. Colaboradores y delegados extranjeros vivían en un hotel del centro, el Dielovoy Dvor, situado en la parte baja de un amplio bulevar bordeado por un lado por la blanca muralla almenada de Kitay-Gorod.

Unos portales medievales, bajo una antigua torrecilla, conducían no lejos de allí hacia la Varvarka, donde se encuentra la casa legendaria del primero de los Romanov⁹². Íbamos de allí al Kremlin, ciudad en la ciudad, cuyas

entradas estaban todas guardadas por centinelas que verificaban lo salvoconductos. El doble poder de la revolución, el gobierno soviético y la Internacional, tenían allí su sede en los palacios de la autocracia, en medio de las viejas iglesias bizantinas. La única ciudad que los delegados extranjeros no conocían –y su falta de curiosidad respecto de ella me desconcertaba– era el Moscú vivo, con sus raciones de hambre, sus arrestos, sus sucias historias de cárceles, sus entretelones de especulación. Lujosamente alimentados en la miseria general (aunque les servían verdaderamente demasiados huevos podridos...), paseados entre museos y casas cuna modelos, los delegados del socialismo mundial parecían sentirse de vacaciones o hacer turismo en nuestra república asediada, desangrada, en carne viva. Descubrí una forma más de la inconsciencia: la inconsciencia marxista. Un jefe del partido alemán, Paul Lévi⁹³, deportivo y lleno de aplomo, me decía sencillamente que “para un marxista, las contradicciones internas de la Revolución rusa no tenían nada sorprendente”, y sin duda era verdad, pero esa verdad general la utilizaba como una pantalla para ocultar la visión de la realidad inmediata, que de todos modos tiene su importancia.

La mayoría de los marxistas de izquierda, bolchevizados, adoptaban esa actitud de suficiencia. Las palabras “dictadura del proletariado” explicaban para ellos todo, mágicamente, sin que se les ocurriera preguntarse dónde estaba, qué pensaba, sentía, hacía el proletariado dictador.

Los socialdemócratas, en cambio, estaban llenos de espíritu crítico y de incompreensión. Entre los mejores –pienso en los alemanes: Daeumig, Crispian, Dittmann⁹⁴–, un humanismo socialista apaciblemente aburguesado sufría por la rudeza del clima de la revolución hasta el punto de oponerse a todo rigor de pensamiento. Los delegados anarquistas, con los que yo discutía mucho, tenían un sano horror de las “verdades oficiales”, de las pompas del poder, y un interés apasionado en la vida real; pero, portadores de una doctrina ante todo afectiva, ignorantes en economía política y sin haberse planteado nunca el problema del poder, les era prácticamente imposible llegar a la inteligencia teórica de lo que sucedía. Eran admirables buenos muchachos que en suma se habían quedado en las posiciones románticas de la «revolución universal», como los artesanos libertarios podían representársela entre 1848 y 1860, antes de la formación de la gran industria moderna y del proletariado. Estaban allí: Ángel Pestaña, de la CNT de Barcelona, obrero relojero y tribuno valeroso, delgado, con los ojos y el bigotito de un negro hermoso; Armando Borghi⁹⁵, de la Unión Sindical italiana, con una bella cabeza de joven mazziniano y una cálida voz aterciopelada; Augustin Souchy⁹⁶, con su cabeza pelirroja de viejo soldado, delegado por los sindicalistas alemanes y

suecos; Lepetit⁹⁷, un robusto peón caminero de la CNT francesa y de Le Libertaire⁹⁸, alegre, desconfiado, preguntador, que juró en seguida que en Francia “la revolución se haría de otra manera”.

Lenin tenía mucho interés en conseguir la adhesión de “los mejores de los anarquistas”. A decir verdad, fuera de Rusia y tal vez de Bulgaria, no había todavía comunistas en el mundo. Las viejas escuelas revolucionarias, y también la joven generación salida de la guerra, estaban infinitamente lejos de la mentalidad bolchevique. El conjunto de esos hombres revelaba movimientos envejecidos, totalmente superados por los acontecimientos, mucha buena voluntad y pocas capacidades. El Partido Socialista francés estaba representado por Marcel Cachin y L.O.Frossard⁹⁹, los dos de aspecto muy parlamentario. Cachin husmeaba el viento según su costumbre y, siempre fiel a su propia popularidad, evolucionaba hacia la derecha, después de haber sido de la Unión sagrada durante la guerra y haber secundado, para el gobierno francés, las campañas belicistas de Mussolini en Italia (1916). De paso, Cachin y Frossard se habían detenido en Varsovia para entrevistarse con socialistas polacos que aprobaban la agresión de Pilsudski contra la revolución. Desde que se conoció el asunto,

Trotsky insistió para que se les pidiera que volvieran a irse sin demora —no los volvimos a ver. La expulsión de “esos políticos” provocó una satisfacción casi general^{100*}. El Comité de la III Internacional de París había enviado a Alfred Rosmer¹⁰¹, sindicalista de nombre ibseniano, internacionalista firme, viejo amigo personal de Trotsky. Rosmer era a la vez la viveza, la discreción, el silencio, la abnegación bajo una delgada sonrisa. Su colega del mismo Comité, Raymond Lefebvre¹⁰², gran muchacho de perfil agudo, camillero en la batalla de Verdun, poeta y novelista, acababa de escribir en un estilo suntuosamente lírico una profesión de fe de hombre vuelto de las trincheras, con el título de ¡La revolución o la muerte! Clamaba por los sobrevivientes de una generación enterrada en las fosas comunes. Pronto fuimos amigos.

Entre los italianos, recuerdo al veterano Lazzari, anciano erguido de voz febril, que ardía en un perpetuo entusiasmo; la cara de universitario barbudo y miope de Serrati; a Terracini, un joven teórico de gran frente severa (destinado a pasar lo mejor de su vida en la cárcel después de haber dado algunas páginas de una inteligencia aguda); al exuberante Bordiga¹⁰³, vigoroso, de cara cuadrada, de cabellera espesa, negra, cortada en cepillo, trepidante bajo su carga de ideas, de conocimientos y de previsiones graves. Menuda, con el fino rostro ya maternal rodeado de una doble diadema de cabellos negros, esparciendo a su alrededor una extrema

amabilidad, de una actividad incesante, Angelica Balabanova esperaba todavía una Internacional aérea, generosa y un poco romántica.

[El abogado de Rosa Luxemburgo, Paul Lévi, representaba a los comunistas alemanes; Daeumig, Crispian, Dittmann y otro, cuatro semigordos simpáticos y un poco desamparados, sin duda buenos bebedores de cerveza y concienzudos funcionarios de organizaciones obreras burguesamente instaladas, representaban la social-democracia independiente de Alemania y parecía evidente al primer vistazo que no tenían alma de insurgentes.^{104*}] De los ingleses, sólo entreví a Gallacher¹⁰⁵, que tenía un aspecto de boxeador rechoncho; de los Estados Unidos venían Fraina¹⁰⁶, sobre el cual iba a pesar una grave sospecha, y John Reed [testigo de la insurrección bolchevique de 1917, cuyo libro sobre la revolución ¹⁰⁷ era ya autoridad.

A Reed lo había recibido yo en Petrogrado, desde donde habíamos organizado su partida clandestina hacia Finlandia; los fineses, con ganas de hacerle una mala pasada, lo habían dejado algún tiempo en una peligrosa cárcel. Acababa de visitar algunas pequeñas ciudades de los alrededores de Moscú y traía de allí la visión de un país fantasma donde sólo el hambre era real, estupefacto de que la obra soviética se prosiguiese a pesar de todo. Era alto, fuerte, positivo, entusiasta en frío, con una viva inteligencia teñida de humor.^{108*}] Me parece volver a ver a Racovski, jefe del gobierno soviético de una Ucrania presa de cientos de bandas blancas, nacionalistas, negras (anarquistas), verdes, rojas; barbudo, vestido con un uniforme arrugado de soldado, habló de pronto en la tribuna en un francés perfecto; Kolarov ¹⁰⁹ llegaba de Bulgaria, macizo, ligeramente embarnecido, con un noble rostro de líder lleno de seguridad; y de inmediato prometió al congreso tomar el poder en su país en cuanto la Internacional lo desease.

De Holanda venía, entre otros, Wijnkup ¹¹⁰, negro, barbudo, prógnata, agresivo en apariencia, destinado en realidad a un servilismo sin salida. De la India, pasando por México, Manabendra Nath Roy ¹¹¹, delgado, muy alto, muy bello, muy negro, de cabellos muy ensortijados, acompañado de una anglosajona escultural que parecía desnuda bajo los leves vestidos. Ignorábamos que habían pesado sobre él lamentables sospechas en México; iba a convertirse en el animador del pequeño partido comunista hindú, a pasar años en la cárcel, a recomenzar, a cubrir a las oposiciones de ultrajes insanos, a ser excluido a su vez, a volver a la gracia; pero esto era el lejano porvenir.

Los rusos llevaron el juego y eran de una superioridad tan evidente que esto resultaba legítimo; la única cabeza del socialismo occidental capaz

deponerse a su altura y tal vez de rebasarlos por el conocimiento y el espíritu de libertad, la de Rosa Luxemburgo, había sido destrozada en enero de 1919 por los revólveres de los oficiales alemanes. Los rusos fueron, además de Lenin, Zinoviev, Bujarin, Racovski (rumano tan rusificado como afrancesado), Karl Radek, recién salido de una cárcel berlinesa donde había rozado el asesinato, donde habían matado junto a él a Léo Ioguches¹¹². Trotsky, si es que vino al congreso, debió hacer apenas raras apariciones, pues no me acuerdo de haberlo visto allí; los frentes lo ocupaban más, y el frente de Polonia estaba en llamas.

Los trabajos gravitaron en torno a tres cuestiones y una cuarta, más grave aún, que no fue abordada en las sesiones. Lenin se esforzaba en convencer a los "comunistas de izquierda" holandeses, alemanes e italianos (Bordiga) de la necesidad de los compromisos, de la participación en la acción electoral y parlamentaria, del peligro de formar sectas revolucionarias. Lenin planteaba la "cuestión nacional y colonial" sosteniendo la posibilidad y la necesidad de provocar revoluciones soviéticas en los países coloniales de Asia. La experiencia del Turquestán ruso parecía darle la razón. Pensaba sobre todo en la India y en China, imaginando que había que golpear allí para debilitar al imperialismo británico que parecía el enemigo irreductible de la República de los Sóviets. No esperando ya nada de los partidos socialistas europeos tradicionales, los rusos estimaban que no quedaba otra salida sino provocar escisiones a fin de romper con los viejos dirigentes reformistas y parlamentarios y formar nuevos partidos, disciplinados y dirigidos por el Ejecutivo de Moscú, capaces de marchar hacia la toma del poder.

Serrati hizo objeciones serias a la táctica bolchevique de sostenimiento del movimiento nacionalista de las colonias, mostrando lo que ese movimiento tenía de reaccionario y de inquietante para el porvenir. Naturalmente era imposible que lo escucharan. Bordiga planteó contra Lenin la cuestión de organización y de orientación general. Temía, sin atreverse a decirlo, la influencia del Estado soviético sobre los partidos comunistas, la tendencia a los compromisos, la demagogia, la corrupción –y sobre todo no pensaba que la Rusia campesina estuviese en situación de dirigir el movimiento obrero internacional; Amadeo Bordiga era ciertamente una de las inteligencias más perspicaces del congreso, pero no tenía tras él más que a un pequeño grupo.

El congreso preparó la escisión de los partidos franceses (Tours) e italiano¹¹³ (Livorno) imponiendo a los afiliados de la Internacional veintiuna condiciones¹¹⁴ estrictas, y aun veintidós: la vigésimo segunda, poco conocida, excluía a los francmasones. La cuarta cuestión no estaba en el

orden del día; nadie podría encontrar su rastro en las actas; pero yo vi a Lenin discutirla con calor, rodeado de extranjeros, en una pequeña sala cercana a la gran sala artesonada de oro del palacio imperial; habían relegado ahí un trono y habían tendido sobre la pared, al lado de aquel mueble inútil, un mapa del frente de Polonia. Crepitaban las máquinas de escribir. Lenin, vestido de chaqueta, con la cartera bajo el brazo, rodeado de delegados y de mecanógrafas, comentaba la marcha del ejército Tujachevski sobre Varsovia. De excelente humor, creía firmemente tener la victoria en la mano. Karl Radek, delgado, simiesco, sarcástico y divertido, añadía mientras se ajustaba el pantalón demasiado grande que siempre le resbalaba por las caderas: "¡Habremos destrozado el tratado de Versalles a bayonetazos!" (Supimos un poco más tarde que Tujachevski se quejaba del agotamiento de sus fuerzas y del alargamiento de sus vías de comunicación; que Trotsky estimaba que esa ofensiva era demasiado apresurada y arriesgada en aquellas condiciones; que Lenin la había impuesto en cierto modo enviando a Racovski y a Smilga a título de comisarios políticos ante Tujachevski que, a pesar de todo, hubiese tenido éxito según todas las apariencias si Voroshilov, Stalin y Budienny, en lugar de sostenerla, no hubiesen tendido a asegurarse una victoria propia marchando sobre Lvov.¹¹⁵) Bruscamente, a las puertas de Varsovia cuya caída se anunciaba ya, fue el fracaso. Con excepción de algunos estudiantes y de algunos obreros –raros–, los campesinos y los proletarios de Polonia no habían secundado al Ejército Rojo. Yo quedé convencido de que los rusos habían cometido un error psicológico literalmente enorme al nombrar para gobernar Polonia un comité revolucionario polaco del que formaba parte, con Marshlevski¹¹⁶, el hombre del Terror, Dzerzhinski. Yo sostenía que en lugar de levantar el entusiasmo de la población, ese nombre lo congelaría. Eso fue lo que sucedió. Una vez más, la expansión de la revolución hacia el Occidente industrial fracasaba. Lo único que le quedaba al bolchevismo era volverse hacia Oriente.

El Congreso de las nacionalidades oprimidas de Oriente¹¹⁷ se organizaba apresuradamente en Bakú. Apenas cerrado el congreso de la Internacional, Zinoviev, Karl Radek, Rosmer, John Reed, Bela Kun, partieron hacia Bakú en un tren especial cuya defensa –pues iban a atravesar regiones poco seguras– y cuyo mando se confió a su amigo Iakov Blumkin¹¹⁸, del que volveré a hablar más tarde a propósito de su terrible muerte. En Bakú, Enver Pashá¹¹⁹ hizo una aparición sensacional. Una sala atiborrada de orientales estalló en clamores, blandiendo sus yataganes y sus puñales: "¡Muera el imperialismo!". El verdadero entendimiento con el mundo musulmán, trabajado por sus propias aspiraciones nacionales y religiosas, seguía siendo difícil sin embargo. Enver Pashá, personaje de salón y maquinador, pensaba en la constitución de un Estado musulmán del Asia

central; habría de morir dos años después, en un combate contra la caballería roja. Al regresar de ese maravilloso viaje, John Reed mordió con todos sus dientes una sandía comprada en un pequeño mercado pintoresco de Daghestán; eso lo llevó a la tumba: tifoidea¹²⁰.

El Congreso de Moscú estuvo para mí rodeado de duelos. Pero antes de hablar de esto, quisiera regresar al ambiente del momento. El mío era probablemente único, pues en aquel tiempo vivía con una libertad de espíritu que no abdicaba nunca, en contacto cotidiano a la vez con lo medios dirigentes y con la calle y los disidentes perseguidos por la revolución. Durante las festividades de Petrogrado la suerte de Volin¹²¹ me preocupaba, a pesar de que algunos amigos y yo habíamos logrado salvarlo provisionalmente. Volin (Boris Eichenbaum), obrero intelectual, uno de los fundadores del Sóviet de Petersburgo en 1905, había regresado de América en 1917 para convertirse en el animador del movimiento anarquista ruso; con el "ejército de los campesinos insurgentes de Ucrania", formado por Majno, había combatido a los Blancos, resistido a los Rojos, intentado fundar alrededor de Guliy-Polié una confederación de campesinos libres. Atacado de tifus, el Ejército Rojo lo había hecho prisionero durante una retirada de los Negros y temimos que fuese fusilado inmediatamente. Logramos evitarle ese fin enviando al lugar un camarada de Petrogrado que obtuvo el traslado del prisionero a Moscú.

Precisamente estaba yo sin noticias de él cuando, en el espléndido escenario de una noche de verano sobre el Neva, asistía con los congresistas de la Internacional a la representación de un verdadero misterio soviético, en el peristilo de la Bolsa: se veía la Comuna de París levantando sus banderas rojas, y luego muriendo; se veía a Jaurès asesinado y a la multitud que clamaba su desesperación; se veía finalmente la revolución feliz y victoriosa triunfando sobre el mundo. En Moscú, me enteré de que Lenin y Kaméniev habían prometido salvar la vida a Volin, encarcelado en la Cheka. Discutíamos en las salas imperiales del Kremlin y aquel revolucionario ejemplar esperaba en una celda un porvenir oscuro. Salí del Kremlin y fui a ver a otro opositor, marxista este, probo y clarividente entre todos, Iuri Ossípovich Martov¹²², uno de los fundadores con Plejánov y Lenin de la social-democracia rusa, líder del menchevismo. Exigía la democracia obrera, denunciaba los abusos de la Cheka, y la "manía de la autoridad" de Lenin y de Trotsky, "como si se pudiese –según repetía– instituir el socialismo a golpe de decretos, fusilando a la gente en los "sótanos". Lenin le tenía cariño, lo protegía contra las Chekas, temía su crítica acerada.

Yo veía a Martov en un cuartito casi miserable; a primera vista me parecía que comprendía su incompatibilidad absoluta con los bolcheviques, a pesar de ser como ellos un marxista de alta cultura, intransigente y de extraordinaria valentía. Enfermizo, debilucho, un poco cojo, tenía el rostro ligeramente asimétrico, una gran frente, una mirada fina y suave bajo los anteojos, la boca fina, la barba delgada, una expresión de inteligencia y de dulzura. Debía ser el hombre del escrúpulo y del saber, no era el hombre de la voluntad revolucionaria dura y sana que vence los obstáculos. Su crítica era justa, sus soluciones generales rayaban en la utopía. "Sin una vuelta a la democracia, la revolución está perdida", pero ¿cómo volver a la democracia, y a qué democracia? Yo consideraba imperdonable sin embargo que un hombre de ese valor fuese colocado en la imposibilidad de dar a la revolución todo aquello con que su pensamiento podía enriquecerla. "Ya verá, ya verá –me decía–, con los bolcheviques la colaboración libre es siempre imposible."

Acababa yo apenas de regresar a Petrogrado con Raymond Lefebvre, Lepetit, Vergeat (sindicalista francés)¹²³ y Sasha Tubín¹²⁴, cuando sucedió un drama espantoso, que confirmaba las peores aprensiones de Martov.

Resumiré, además el drama tuvo lugar en la semitiniebla. El partido comunista finés, de reciente fundación, salía exasperado y dividido de la sangrienta derrota de 1918. De sus jefes, yo conocía a Sirola y a Kuussinen¹²⁵, que no parecían muy capaces y reconocían haber multiplicado los errores. Yo acababa de publicar sobre ese tema un pequeño libro de Kuussinen, pequeño hombre tímido, discreto y laborioso.

Se había formado una oposición en el partido y detestaba a los viejos líderes, a los parlamentarios de la derrota, ahora adheridos a la Internacional Comunista. Una conferencia del partido, reunida en Petrogrado, dio la mayoría a la oposición contra el Comité Central sostenido por Zinoviev. El presidente de la Internacional hizo suspender los trabajos de la conferencia. Al poco tiempo, unos jóvenes estudiantes finlandeses de una escuela militar se dirigieron una noche a una reunión del Comité Central y fusilaron en ese mismo lugar a Ivan Raphia^{126*} y otros siete dirigentes de su propio partido. La prensa mintió sin vergüenza imputando aquel atentado a los Blancos. Los culpables justificaban altaneramente su acto acusando al Comité Central de traición y pedían partir al frente.

Una comisión de tres personas fue nombrada por la Internacional para estudiar el asunto; incluía a Rosmer y al búlgaro Shablín, dudo que se haya reunido alguna vez. El asunto, juzgado más tarde por el tribunal

revolucionario de Moscú (a puerta cerrada), con Krylenko como demandante, recibió una solución en parte razonable y en parte monstruosa. Los culpables, condenados para mantener las formas, fueron autorizados a partir hacia el frente (no sé lo que fue de ellos en realidad), pero el líder de la oposición, Voyto Eloranta, considerado como «responsable político» y condenado inicialmente a un tiempo de cárcel, fue fusilado (1921). Abrieron pues ocho fosas en el Campo de Marte y, desde el Palacio de Invierno donde estaban expuestos los ocho féretros rojos cubiertos de ramas de pino, los condujimos a aquellas tumbas de héroes de la revolución. Raymond Lefebvre debía tomar la palabra. ¿Qué decir? No paraba de decir palabrotas: «¡Carajo!...». En la tribuna, denunció al imperialismo y a la contrarrevolución, por supuesto. Soldados y proletarios cejjuntos, que no sabían nada, lo escucharon en silencio.

Con Raymond Lefebvre, Lepetit, Vergeat, viajaba un amigo mío de otro tiempo al que no había vuelto a ver antes. Sasha Toubine. Durante mi encarcelamiento en Francia, me había ayudado con perseverancia a mantener una correspondencia con el exterior. Mientras recorríamos Petrogrado, lo veía malhumorado, obsesionado por sombríos presentimientos. Los cuatro partieron hacia Murmansk, camino difícil, para franquear las líneas del bloqueo en Barka por el océano Ártico. Nuestro servicio de enlace había establecido ese camino peligroso. Se embarcaba uno con los pescadores, se pasaba frente a un pedazo de la costa finlandesa, se desembarcaba en Vardoe, Noruega, tierra libre y segura.

Los cuatro partieron así. Impacientes de tomar parte en un congreso de la CGT, se embarcaron en un día de mal tiempo y desaparecieron en el mar. Es posible que la tormenta se los haya tragado. Es posible que una canoa a motor finlandesa los haya alcanzado y ametrallado. Supe que unos espías nos habían seguido paso a paso en Petrogrado. Durante quince días, Zinoviev, cada vez más preocupado, me preguntó diariamente: «¿Tiene usted noticia de los franceses?». De aquella catástrofe habrían de nacer odiosas leyendas¹²⁷.

Mientras desaparecían así los cuatro, un mediocre aventurero atravesaba con fortuna todas las líneas del bloqueo y regresaba trayendo brillantes adquisiciones a un precio vil en el mercado negro de Odessa. El episodio merece relatarse porque da fe, en un tiempo inhumano, de los escrúpulo de la propia Cheka. Estaba yo almorzando en la mesa de la Internacional, con un hombrecito extremadamente flaco y mal vestido que sostenía sobre su cuello descarnado una cabeza de frágiles rasgos de pájaro de presa enfermo: Skrypnik, viejo bolchevique, miembro del gobierno de Ucrania, el que habría de suicidarse en 1934 bajo la acusación naturalmente falsa de

nacionalismo (en realidad porque protegía a algunos intelectuales ucranianos). Vi entrar en la sala a un personaje de gafas y grueso bigote de un rojizo desteñido sobre un rostro coloradote un poco porcino, que reconocí con estupor: Mauricius¹²⁸, ex propagandista individualista en París, ex propagandista pacifista durante la guerra, ex no sé qué más. En el proceso de la Alta Corte, montado por Clemenceau contra los partidarios de la "paz blanca", Caillaux y Malvy, uno de los jefes de la policía parisina había hablado de repente de aquel agitador como de "uno de nuestros mejores agentes".

¿Qué vienes a hacer aquí? –le pregunté.

"–He sido delegado por mi grupo, vengo a ver a Lenin... "

–¿Y qué hay de lo que dijeron en la Alta Corte?

"–Una vil tentativa de la policía para desacreditarme."

Lo detuvimos, por supuesto, y más tarde tuve que defenderlo contra la Cheka que se empeñaba en hacerle conocer, durante algún tiempo, el trabajo agrícola de Siberia, a fin de que no pudiese llevar informaciones sobre los caminos trazados a través de las líneas del bloqueo por nuestros camaradas.

Finalmente lo dejaron partir por su cuenta y riesgo y se las arregló muy bien.

Termino este capítulo justo después del II Congreso de la Internacional en septiembre-octubre de 1920, con el sentimiento de que en este momento llegamos a cierta frontera. El fracaso de la ofensiva sobre Varsovia significa, aunque muchos no lo vean, la derrota de la Revolución rusa en la Europa central. En el interior, crecen nuevos peligros, nos encaminamos hacia unos desastres que presentimos apenas (quiero decir los más clarividentes de nosotros; la mayoría del partido vive ya ciegamente sobre un pensamiento oficial muy esquemático).

A partir de octubre, acontecimientos significativos que el país ignorará vana acumularse poco a poco, como una avalancha.

Ese sentimiento del peligro interior, del peligro que estaba en nosotros mismos, en el carácter y el espíritu del bolchevismo victorioso, debo decir que yo lo tenía, debo decir que yo lo tenía en grado agudo. Estaba constantemente desgarrado por el contraste entre la teoría admitida y la realidad, por la intolerancia creciente, por el servilismo creciente de muchos funcionarios, por su carrera hacia el privilegio. Recuerdo una entrevista que tuve con el comisario del pueblo para los Abastos,

Tsiuriupa¹²⁹, admirable barba blanca y mirada cándida. Le había traído a unos camaradas españoles y franceses para que nos explicara el sistema soviético de racionamiento y de abastos. Nos mostró unos diagramas muy bien dibujados en los cuales el hambre espantosa y el inmenso mercado negro se desvanecían sin dejar rastros. “¿Y el mercado negro?”, le pregunté.

“No tiene ninguna importancia”, me contestó tranquilamente aquel anciano, seguramente honesto pero cautivo de su sistema y de las oficinas donde sin duda ya todo el mundo le mentía. Me sentí aterrado. Zinoviev creía así en la inminencia de una revolución proletaria en Europa occidental. ¿No creía así Lenin en la posibilidad de levantar a los pueblos de Oriente? A la asombrosa lucidez de esos grandes marxistas empezaba a mezclarse una embriaguez teórica que confinaba con la ceguera. Y el servilismo empezaba a rodearlos de estupidez y de bajeza. Yo había visto, en los mítines del frente de Petrogrado, a jóvenes arribistas militares de correajes nuevos bien bruñidos hacer enrojecer a Zinoviev, que bajaba la cabeza molesto, asestándole en pleno rostro las más estúpidas zalamerías:

«¡Venceremos! –gritaba uno de ellos– porque nuestro glorioso jefe, el camarada Zinoviev, nos lo ordena!». Un camarada ex presidiario mandó hacer para un folleto de Zinoviev una lujosa cubierta a colores, dibujada por uno de los más grandes artistas rusos. El artista y el ex presidiario hicieron juntos una obra maestra de bajeza. El perfil romano de Zinoviev, proconsular, aparecía en un camafeo rodeado de emblemas. Le trajeron la cosa al presidente de la Internacional que les dio las gracias cordialmente y me llamó en cuanto ellos salieron. “Es de un mal gusto increíble –me dijo Zinoviev embarazado–, pero no he querido ofenderlos. No deje que impriman más que una pequeña cantidad y haga una cubierta muy simple.” Me mostró otro día una carta de Lenin, que, hablando de la nueva burocracia, decía: «toda esa canalla soviética...». A esta atmósfera, la permanencia del terror añadía a menudo un elemento de intolerable inhumanidad. Si los militantes bolcheviques no hubieran sido tan admirablemente sencillos, impersonales, desinteresados, resueltos a superar todo obstáculo para cumplir su obra, hubiese sido cosa de desesperarse. Pero su grandeza moral y su valor intelectual inspiraban en cambio una confianza sin límites. La noción del doble deber¹³⁰ se me presentó entonces como esencial y nunca más habría de olvidarla. El socialismo no debe ser defendido únicamente contra sus enemigos, contra el viejo mundo al que se opone, debe defenderse también en su propio seno, contra sus propios fermentos de reacción. Una revolución no puede considerarse como un bloque a menos que la veamos de lejos; si la vivimos, puede compararse con un torrente que acarrea a la vez,

violentemente, lo mejor y lo peor y trae forzosamente verdaderas corrientes de contrarrevolución.

Se ve conducida a recoger las viejas armas del antiguo régimen, y esas armas son de doble filo. Para ser servida con honestidad, debe ser incesantemente puesta en guardia contra sus propios abusos, sus propios excesos, sus propios crímenes, sus propios elementos de reacción. Necesita pues vitalmente la crítica, la oposición, el valor cívico de sus realizadores. Y bajo este aspecto, estábamos ya, en 1920, lejos de la perfección. La famosa frase de Lenin: «Es un inmenso infortunio que el honor de comenzar la primera revolución socialista haya tocado en suerte al pueblo más atrasado de Europa»¹³¹ (cito de memoria; Lenin lo repitió varias veces), volvía constantemente a mi memoria. En la Europa ensangrentada, devastada y profundamente embrutecida de aquel tiempo, era evidente sin embargo para mí que el bolchevismo tenía razón prodigiosamente. Marcaba un nuevo punto de partida en la historia. Que el mundo capitalista, después de una primera guerra suicida, era incapaz de organizar una paz verdadera, era cosa evidente; que fuese incapaz de sacar de sus mejores progresos técnicos con qué dar a los hombres un poco más de bienestar, de libertad, de seguridad, de dignidad, no era cosa menos evidente. La revolución tenía pues razón contra él; y veíamos el espectro de las guerras futuras poner en tela de juicio a la civilización misma, si el régimen social no cambiaba pronto en Europa. En cuanto al jacobinismo temible de la Revolución rusa, me parecía ineluctable. Veía en la formación, igualmente ineluctable, del nuevo Estado revolucionario, que empezaba a renegar de todas sus promesas del comienzo, un inmenso peligro. El Estado se me presentaba como un instrumento de guerra y no de organización de la producción. Todo se realizaba bajo pena de muerte, pues la derrota hubiera sido para nosotros, para nuestras aspiraciones, para la nueva justicia anunciada, para la nueva economía colectiva naciente, la muerte sin frases –¿y después qué? Yo concebía la revolución como un vasto sacrificio necesario al porvenir; y nada me parecía más esencial que mantener en ella o recobrar en ella el espíritu de libertad. No hago sino resumir, al escribir así, mis escritos de aquella época.

NOTAS

1 Serguei Necháiev o Niecháiev (1847-1882), célebre revolucionario ruso, partidario del terrorismo y de la «propaganda por la acción», escribió con Bakunin un Catecismo del revolucionario. Fue encarcelado en 1872. Cf. Michael Confino, *Violence dans la violence/le débat Bakounine-Necaev*, París, Maspero, 1973. S. N. inspira a Dostoievski el personaje de Piotr Verjovenski, en *Los demonios* o *Los endemoniados*.

- 2 * Por descuido, Serge dejó en el manuscrito: «los ojos vivos» (p. 66), «grises, vivos y duros» (p. 67). Nosotros seguimos la primera versión: «los ojos grises, vivos y duros».
- 3 De mayo de 1918 a noviembre de 1920, el nuevo régimen fue amenazado por la guerra civil y por los Aliados, partidarios de la contrarrevolución, de donde las medidas de excepción: requisitorias, restricciones, etc. Las tropas franco-inglesas desembarcan en junio de 1918 en Murmansk, luego en Archangelsk...
- 4 Grigori Lvovich Shklovski (1875-1937), 1918: consejero en la misión soviética a Suiza, luego en el Comisariado de Asuntos Exteriores hasta 1925. En el XIV Congreso, elegido para la Comisión Central de Control del Partido. 1927: pierde su cargo por apoyar entonces a Zinoviev y a Trotsky. Desde 1928: en el Sindicato de Químicos.
- 5 Acerca del itinerario y destino de Gregori E. Radomyski, llamado Zinoviev (1883- 1936), véase Georges Haupt y Jean-Jacques Marie, *Les Bolchéviks par eux-mêmes*, París, Maspero, 1969, pp. 87-98. En 1919, ya era miembro del CC, posteriormente del Buró Político del CC, presidente del Sóviet de Petrogrado y del CE regional. En marzo, fue elegido presidente del CE del Komintern (III Internacional o Internacional Comunista).
- 6 Gorki, miembro del partido socialdemócrata en 1905, fundador en mayo de 1917 del periódico *Novaia Jizn* [Vida Nueva], prohibido el 16-7-1918, criticaba al régimen y a Lenin. Opuesto al «comunismo de guerra». Cf. *sus Pensées intempestives*, Lausana, *L'Âge d'Homme*, 1975, prefacios de B. Souvarine y H. Ermolaev; B. D. Wolfe, *The Bridge and the Abyss. The Troubled Friendship of Maxim Gorky and V.I. Lenin*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1967. Arcadi Vaksberg, *Le mystère Gorki*, trad. de Dimitri Seseman, París, A. Michel, 1997.
- 7 Nombre dado en el siglo xv a la colección más popular de Vidas de santos (*Legenda aurea*) escrita en latín por el dominico Jacques de Voragine ca. 1620, por entonces la obra más difundida después de la Biblia. Trad. fr.: París, H. Champion, 1997; Gallimard, 2004: estas dos ediciones son las mejores en francés [ed. cast.: Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, sel. y pról. de Alberto Manguel, trad. de José M. Macías, Madrid, Alianza Editorial, 2010; ed. compl.: 2 vols., pref. del dr. Graesse, trad. de J. M. Macías, Madrid, Alianza Editorial, 1996].
- 8 En *La Révolution russe* (4 vols., París, Payot, 1918-1919), el enviado del Petit Parisien a Petrogrado, Claude Anet (1868-1931) escribe «Hainglaise». Según él, los tres hermanos (de origen francés), después de haber servido en el ejército ruso durante la guerra, fueron perseguidos por el ejército francés. Arrestados, por casualidad, por el comisario de Marina Paniuchkin, estuvieron prisioneros en Smolny, luego llevados por el comisario Cherkachin a un lugar solitario para ser fusilados, sin juicio. Una edición crítica de las crónicas de Anet señalaría (y Víctor Serge rectificaría) sus numerosas inexactitudes. En absoluto es el caso de la reed. De 2007 (1 vol., París, Phébus).
- 9 Andrei Ivanovich Shingarev (1869-1918) y Fedor Fedorovich Kokoshkin (1871-1918), miembros del Comité Central del KD, asesinados en la noche del 6 al 7 de enero de 1918 en el hospital Emperatriz María de Petrogrado. Cf. *Souvenirs d'un commissaire du peuple: 1917-1918* (París, Gallimard, 1930) del s.-r. de izquierda I. Steinberg (1888-1957).
- 10 Loutch [el Rayo], que aparece hasta agosto de 1919. A partir de allí *Vperiod* [Adelante].
- 11 Ilegalizados el 14 de junio de 1918 por su alianza con los contrarrevolucionarios, fueron admitidos nuevamente en los Sóviets por decreto del 30 de noviembre de 1918. En el VIII Congreso del partido (18-23 de marzo de 1919) Lenin mismo defendió la legalización de los mencheviques y de los s.-r. En julio de 1919, en un manifiesto titulado ¿Qué hacer? reclama la vuelta al funcionamiento normal del régimen. Por ello Trotsky los felicita en el VIII Congreso Panruso (2-4 diciembre).
- 12 En enero de 1920 fueron reducidos los poderes de la Cheka.
- 13 Sin duda el grupo anarco-sindicalista «*Goloss Trouda*» [Voz del Trabajo] del queformaba parte Maximov tras las resoluciones adoptadas en el I Congreso Panruso de Sindicatos (7-14 de enero de 1918), en la I Conferencia de los anarco sindicalistas reunidos en Moscú (25 de agosto-1 de septiembre de 1918).
14. Danil Novomirski (llamado Iakov Kirilovskidit, 1882 -después de 1936), anarcosindicalista, debía «sumarse» y ocupar un puesto en el partido bolchevique. Alexis Alexeievich Borovoy

(1875-1935), teórico anarquista-individualista, autor de *Anarkhizm* (Moscú, Golos Trouda, 1918). Él trató de conciliar el anarquismo individualista con los principios del anarco-comunismo y el anarco-sindicalismo. Posteriormente, comisario en la Santé. Véase Paul Avrich, *Les anarchistes russes*, París, Maspero, 1979.

15 Sobre Abel Safronovich Enukidzé (1877-1937), véase G. Haupt y J.-J. Marie, op. cit., pp. 123-130. Miembro del Sóviet de Petrogrado, fue secretario del CEC de los Sóviets desde el otoño de 1918 hasta finales de 1922. Fusilado el 20 de diciembre de 1937.

16 Gorki presentó de esta forma *Vsemirnaia Literatura* [Literatura Universal] (1919- 1927): «Esta colección de libros constituirá un vasto tesoro histórico y literario que le permitirá al lector conocer al detalle el nacimiento, la obra y la muerte de las escuelas literarias, el desarrollo de la versificación y de la prosa, la interacción de las literaturas de diversas naciones » (M. Gorki, *Articles épars de critique littéraire*, Moscú, Goslitzdat, 1941, p. 279: frag. trad. al fr. por Christian Balliu). De las 1.500 obras previstas, sólo fueron editadas 127... a pesar de los importantes equipos de traductores. Posteriormente, creó revistas, enciclopedias literarias e históricas. Iniciativas y realizaciones notables, a destacar.

17 Confirmado por el anarquista individualista Émile Armand (1872-1962) en su periódico *L'En-Dehors* donde aparecieron extractos de la correspondencia de Serge en 1922.

18 El I Congreso de la III Internacional tuvo lugar entre el 2 y el 7 de marzo de 1919. Zinoviev será reemplazado en 1926: después de su exclusión del Buró Político.

19 De nombre verdadero Vladimir O. Lichtenstadt. Serge lo conoció el 15 de abril de 1919. Cf. su hermoso artículo «*Vladimir Ossipovitch Lichenstadt (Mazine)*», *Bulletin Communiste*, París, n.os 42 y 43, 6 y 13-10-1921, pp. 702-704 y 714-719. El amigo de quien Lichtenstadt tomó el apellido cuando murió, para mantener vivo su ejemplo, se llamaba Anton Mazín. V. O. L.-Mazín aseguró los cinco primeros números de *L'Internationale Communiste*.

20 Sobre Sergo K. Ordjonikidzé (1886-1937 por suicidio), viejo amigo de Lenin, más todavía de Stalin (a partir de 1906), que dirigió en 1922 la «rusificación» brutal de Georgia, véase G. Haupt y J.-J. Marie, op. cit., pp. 168-173.

21 Marinero anarquista, J. Juk o Zuk fue en agosto de 1917 uno de los cinco responsables de la creación de los guardias rojos. Él comandaba un destacamento de doscientos hombres cuando la toma del palacio de Invierno. Morirá posteriormente luchando contra los Blancos.

22 Gregori [Gricha] Evdokimov (1884-1936 fusilado), obrero y marinero, orador muy popular, fue miembro del CC de 1919 a 1925, su secretario en 1925-1926; condenado a seis años de prisión en 1935, murió durante el Primer Proceso de Moscú (1936). Serguei Zorín era secretario del Comité de Petrogrado. Ivan Bakáiev (1887-1936), obrero, bolchevique desde 1906, organizador en Petrogrado (allí fue presidente de la Cheka en 1920, entre otras funciones). Helena Stassova (1873- 1966), bolchevique desde 1903, secretaria del CC (suplente en 1917, titular en 1918-1919), miembro del présidium de la Cheka de Petrogrado en 1918-1919, fue en 1920 secretaria del Comité para los Pueblos de Oriente en Bakú, de 1921 a 1926 en el aparato de la Internacional.

23 Ilya Ionovith Ionov (1887-1942), revolucionario profesional, poeta también, director de las ediciones Zemlia y Fabrika, de hecho controlaba todas las actividades editoriales de Petrogrado y con el tiempo trabajó para la Censura...

24 Piotr Stuchka (1865-1932), bolchevique a partir de 1903, miembro del CC del partido social-demócrata letón, comisario de Justicia en 1917-1918, presidente de los comisarios del pueblo de Letonia en 1918-1919, en 1921 vicecomisario de Justicia, y de 1923 a 1932 presidente de la Corte Suprema del RSFSR. Sus libros de derecho y de historia, tras su muerte, fueron condenados por Stalin.

25 Moise Marcovich Goldstein llamado V. Volodarski (1890-1918), bolchevique, miembro del Ejecutivo de los Sóviets, comisario del pueblo de Información en 1918, y Mijail Uritski (1883-1918), vinculado a Trotsky (juntos se hicieron bolcheviques), presidente de la Cheka de Petrogrado en 1918, fueron asesinados, el primero el 20 de julio de 1918 por un pequeño grupo terrorista s.-r. dirigido por C. I. Semenov (bolchevique en 1921), el segundo el 30 de agosto de 1918 —el mismo día que Lenin fue herido por Fanny Kaplan— por el estudiante s.-r. A. Leonid Kaneguisser (fusilado). Cf. G. Haupt y J.-J. Marie, op. cit., pp. 319-321 y 381-383, y

- Serge, «Le Parti S.-R. de Russie au service de la Contre-Révolution», *La Correspondance Internationale*, 8 de marzo de 1922, pp. 136-138.
- 26 En el momento de su creación el 7(20) de diciembre de 1917, la Cheka no estaba habilitada para condenar a muerte, tuvo esta potestad a partir del 16 de junio de 1918. El editor Jacques Povolozky publicó en 1922 una recopilación, Tché- Ka, de materiales y documentos del terror bolchevique recogidos por el Buró Central del PS-RR.
- 27 Sobre Felix Edmundovich Dzerzhinski (1877-1926), cf. Víctor Serge: «*La parole est à Dzerzhinski*» y «*La mort de Dzerzhinski*» (*la Vie Ouvrière*, n.os 373 y 375, 23-7 y Víctor Serge 6-8-1926; *L'An I: Librairie du Travail*, pp. 307-308; Maspero, II, pp. 56-57).
- 28 Debemos a Roman Goul (1896-1986), adversario del régimen (*Les Maîtres de la Tchéka*, París, *Les Éditions de France*, 1938) los siniestros retratos de Dzerzhinski, Menzhinski, Iagoda, etc.
- 29 El «complot de Lindquist» no ha podido ser identificado...
- 30 Serge no prepara sólo la edición con Mazín, sino que también publicó allí crónicas firmadas «V. S.»; L'Internationale Communiste y *La Correspondance Internationale* aparecían en ruso, alemán, inglés y francés. Todas nuestras referencias corresponden a la edición francesa.
- 31 Intento muy breve. El 7 de abril: la Primera República de los consejos de Baviera proclamada por una curiosa coalición (independientes, anarquistas, etc.) denunciada por los comunistas que apoyan el 13 de abril la Segunda República de los Consejos, que será despiadadamente reprimida en mayo.
- 32 La República de los Consejos de Hungría fue «liquidada» en agosto de 1919.
- 33 Del 8 al 23 de septiembre 1918 se celebró en Ufa una conferencia antibolchevique: tras ella fue formado un Gobierno provisional panruso («blanco»), que fracasó el 18 de noviembre; el almirante Alexandre Kolchak (1874-1920) fue nombrado «dictador».
- 34 La Internacional fue fundada cuando la Conferencia Socialista Internacional, que tuvo lugar en Moscú del 2 al 7 de marzo de 1919, considerada entonces como el primer Congreso del Komintern, en el cual fue nombrado presidente Zinoviev.
- 35 Angelica Balabanova (1878-1965), militante socialista rusa, largo tiempo miembro del PS italiano, internacionalista durante la guerra, fundadora y secretaria de la organización de Zimmerwald, que retorna a Rusia en 1919, mantuvo su cargo hasta 1921, cuando se produce su salida autorizada por Lenin, que apreciaba su integridad, su intransigencia. Todavía militó entre los socialistas de varios países. Oradora, hablaba en seis idiomas y escribía en cinco, dejó una obra muy variada: *Erinnerungen und Erlebnisse* [Memorias y acontecimientos], Berlín, Laubsche Verlagsbuchhandlung, 1927; *My Life as a Rebel*, Nueva York, Harper & Row, 1938, [ed. fr.: *Ma vie de rebelle*, París, Balland, 1981]; *Impressions of Lenin/Lenin* vistoda vicino; «*Réflexions sur Lénine*», la *Révolution prolétarienne*, París, n.º 363, julio de 1952.
- 36 Karl Bemhardovich Radek (llamado K. B. Sobelsohn, 1885-1939), de origen polaco, activista en los partidos socialdemócratas polaco y alemán, bolchevique desde octubre de 1917; secretario del Komintern antes de la creación de este puesto. De hecho, formó parte del triunvirato de dirección de la IC con Zinoviev y Bujarin. En la cumbre de su carrera en 1919: en el VIII Congreso del partido (18-23 de marzo), fue elegido para el Comité Central a pesar de su ausencia (entonces encarcelado en Alemania). En 1920, retirado de su puesto de secretario, fue elegido miembro del CE. Muy inteligente, hábil, oportunista, extremista, sin escrúpulos. Cf. G. Haupt y J.-J. Marie, op. Cit., pp. 321-343.
- 37 Nikolai Ivanovich Bujarin (1888-1938 fusilado), considerado por Lenin el «teórico más valioso y más eminente del Partido... el niño querido del Partido», pasó de la extrema izquierda bolchevique en 1918, a su extrema derecha en 1924. Su rigor y su honestidad interiores lo separaban, no obstante, de Zinoviev. Miembro del CC de agosto de 1917 hasta su muerte, miembro del Buró Político de 1919 a 1929, redactor jefe del Pravda (1919-1929), dirigente del Komintern de 1926 a 1929. Obras: *El ABC del comunismo*, *La economía del período de transición*, *La economía mundial y el imperialismo*, *La teoría del materialismo histórico*, *Los problemas de la Revolución china*, etc.

- 38 Serge «se adhirió en mayo de 1919». Véase «Chemin de Russie» en *La Ville en danger* (en *Mémoires d'un révolutionnaire et autres écrits politiques* 1908-1947, ed.de Jean Rièrre y Jil Silberstein, París, Laffont col. «Bouquins», 2001, p. 65), *Pétrograd, l'An II de la révolution*.
- 39 El ruso-estadounidense William o Bill Chatov, antes de «adherirse», había impulsado los sindicatos revolucionarios americanos IWW (Industrial Workers of the World) muy influyente entre 1910 y 1920 y bastante similares a los anarcosindicalistas franceses anteriores a 1914. Uno de los fundadores de República soviética de Extremo Oriente y del Ejército Rojo. Evocado por Serge en *Pendant la guerre civile, en Mémoires d'un révolutionnaire et autres écrits politiques* 1908- 1947, cit., p. 125-126.
- 40 Véase *Pendant la guerre civile*, cit., p. 115; Pétrograd, mai-juin 1919 ("Bouquins", p. 118).
- 41 De Semenov. Cf.: *Pendant la guerre civile*, cit., pp. 112 y 117, Serge escribe: "regimiento Semenovsky... 2-4 junio 1919".
- 42 El fuerte de *Krasnaia Gorka* caería el 12 de junio. Cf. *Pendant la guerre civile* (cit., p. 115).
- 43 Peters era uno de los jefes de la Vecheka (o Cheka). Cf. *Pendant la guerre civile*, cit., pp. 118 y 122, y su retrato por Roman Goul, *Les Maîtres de la Cheka. Histoire de la terreur en URSS 1917-1938*, París, *Les Éditions de France*, 1938, pp. 77-79.
- 44 El fuerte de *Krasnaia Gorka* fue recuperado el 16 de junio de 1919. Cf. *Pendant la guerre civile*, cit.
- 45 Serguei Essenin (1895-1925), influido por los movimientos simbolista e imaginista, fue sobre todo un poeta lírico y anticonformista.
- 46 Vladimir Maiakovski (1893-1930), primero influido por el gran poeta Velemir Khlebnikov (padre del futurismo ruso), se «unió», volviéndose cada vez más elemental y perdiendo poco a poco su lirismo.
- 47 Ilya G. Ehrenburg (1891-1967), en el extranjero de 1909 a 1917, volvió a Rusia en julio de 1917, para retornar a Europa en 1921. Primero hostil a Octubre, al que consideraba nacionalista, finalmente este «cosmopolita» se adhiere. Novelista, de hecho propagandista más que verdadero creador, periodista, libelista, memorialista, dos veces premio Stalin (1942 y 1948), premio Lenin 1952... En sus cinco volúmenes de *Mémoires* (París, Gallimard, 1962-1963, 1966, 1968) los olvidos disputan con la mala fe y la mentira. Su plaquette *Molitva o Rossii* [Oración para Rusia] fue reeditada en 1919.
- 48 Anatoli V. Lunacharski (1875-1933), dramaturgo, crítico literario, bolchevique desde 1903, fue nombrado en 1917 comisario de Educación. Protector de los pintores abstractos, espíritu independiente hasta 1922 y paulatinamente cada vez más sometido al aparato. Relevado de sus funciones en 1929. Marxista anticonformista, orador popular y brillante improvisador. Cf. sus recopilaciones: *Destinées de la littérature russe y Silhouettes*, París-Moscú, *Les Éditeurs Français Réunis y Progreso*, 1979 y 1980.
- 49 Se trata de octubre de 1919 cuando se produce el segundo ataque (23-30) del Ejército Blanco del general Yudénich contra Petrogrado. Cf. *La Ville en danger*.
- 50 El general March actúa el 10 de agosto de 1919: el gobierno del Noroeste así formado comprendía dos mencheviques, dos s.-r. Yudénich tenía la cartera de Guerra. Cf. *La Ville en danger*.
- 51 Bujarin, *L'ABC du communisme* (1918), trad. fr. París, Librairie de l'Humanité, 1925.
- 52 Nikolai N. Yudénich (1862-1933), general del ejército imperial, nombrado el 14 de junio de 1919 –por Kolchak– generalísimo del frente del Noroeste, formó un ejército en Estonia. Emigró después de la derrota. Cf. V.S ., «*La Contre-Révolution russe d'après ses propres documents: le rôle de Youdénitch*», *Bulletin Communiste*, París, n.º 35, 24 de agosto de 1922, pp. 659-661.
- 53 Antón I. Denikin (1872-1947) se opuso a los bolcheviques en 1917, organizó en 1918 el «ejército de los voluntarios». Nombrado comandante del frente de Sudoeste por Kerensky. A pesar de lo sucedido en 1919, debió ceder el mando al general Wrangel. Autor de un libro de recuerdos: *La décomposition de l'armée et du pouvoir*. Février-Septembre 1917, París, J. Povolozky, 1922.
- 54 Acerca del socialista popular N. V. Chaikovski, véase V. S., «Un document», *La Correspondance International*, n.º 29, 15 de abril de 1922, p. 224; Victor Serge, «La Contre-

- Révolution à Petrograd et Arkhangelsk en 1918-1919», *ibid.*, n.º 48, 21 de junio de 1922, p. 369-371.
- 55 Serge pudo así escribir «*Les Méthodes et les Procédés de la Police Russe*», *Bulletin Communiste*, n. 50, 51 y 52 de 10, 17 y 24 de noviembre de 1921, pp. 829-836, 858-859 y 877-880, recuperado en *Les Coulisses d'une Sûreté générale. Ce que tout révolutionnaire devrait savoir sur la répression*, «Bouquins», cit., pp. 217-290.
- 56 Krassin (1870-1926), nombrado en marzo de 1919 comisario del pueblo de Transportes, era ya presidente de la Comisión extraordinaria para el abastecimiento del Ejército Rojo, miembro del présidium del Consejo Superior de Economía y comisario del pueblo de Comercio e Industria, luego embajador (París, Londres).
- 57 Liuba dio a luz el 15 de junio de 1920 en Petrogrado Vladimir Alexander Kibalchich, conocido como «Vlady» (destacadísimo pintor, murió en su casa de Cuernavaca –México– el 21 de julio de 2005).
- 58 Acerca de Avrov, véase *La Ville en danger*, cit., pp. 87-88.
- 59 Véase Serge, *Vie et mort de Léon Trotsky*, cap. X: «Le train de guerre de Trotsky».
- 60 Trotsky exclama: «¡El camino no es más largo de Petrogrado a Helsingfors que en sentido contrario!», *Vie et mort de Léon Trotsky*, cap. X.
- 61 Constantin A. Fedin (1892-1977), primero poeta, transformado por su encuentro con Gorki (1920) y el círculo de Hermanos de Serapión, a partir de entonces escribió novelas: *Les Villes et les Années* (1924; ed. fr.: París, Gallimard, 1930), *Transvaal* (1925), seguida de *Moujiks* (París, Éd. Moutaigne, 1927). Cf. Serge, «Constantin Fedine» (fechado en febrero), *l'Humanité*, París, n.º 10.343, 6 abril de 1927, p. 4.
- 62 Serge menciona la misma diligencia en *La Ville en danger*, cit. (atribuyéndoselo a su «buen camarada B.»).
- 63 Cf. Victor Serge, «*Le Musée de la Révolution de Petrograd*», *La Correspondance Internationale*, nº 57, 17 de julio de 1923, pp. 425-426. La revolución alemana
- 64 Cf. Victor Serge, «*Les Méthodes et les Procédés de la Police Russe*», *Bulletin Communiste*, cit. supra nota 55.
- 65 Roman Vaslavovich Malinovski (1876-1918), secretario del Sindicato de Metalúrgicos de San Petersburgo de 1906 a 1909, sirvió a la policía desde 1910. Bolchevique en 1911, activista, Lenin lo hizo elegir en el CC en 1912, defendiéndolo hasta el fin contra las acusaciones de los mencheviques, incluso después de su dimisión como diputado en mayo de 1914. Se exilia a Alemania. En 1918 trata de sumarse al Sóviet de Petrogrado pero es descubierto. Tras un breve juicio, fue fusilado.
- 66 Evno Azev. Cf. cap. 1, nota 42.
- 67 Sobre Julia Orestovna Serova, véase *Ce que tout révolutionnaire doit savoir de la répression*, París, La Découverte, 2009, pp. 26-29 (tb. ed. revisada y corregida, Montreal, Lux, 2010).
- 68 Nikolai Krylenko (1885-1940?), bolchevique en 1904, organizador de los tribunales populares a partir de marzo de 1918, posteriormente fiscal de la URSS y luego comisario del pueblo de Justicia.
- 69 Piotr Ivanovich Rachkovski ocupó el cargo en París de 1885 a noviembre de 1902.
- 70 Alusión a los libros de los generales A. Spiridovich, A.V. Guerasimov, P. P. Zavarzin.
- 71 D. B. Goldenbakh llamado Riazánov (1870-1938?), fundador del instituto Marx- Engels. Célebre por sus ensayos sobre ellos y la edición científica de sus obras.
- 72 Otto Corwin (1894-1919), poeta húngaro, militante bolchevique, dirigente de la Cheka durante la efímera República de los Consejos de Hungría. Murió en la horca en 1919. En septiembre de 1933 Serge tenía intención de publicar un folleto sobre él en la Librairie du Travail después de haberlo intentado en la revista Europe (que, en el n.º 131 de 15 de noviembre de 1933, publicó el «Journal de prison» de Corwin).
- 73 El Ejército Rojo recuperó el control sobre Arjanglesk y Murmansk en febrero marzo de 1920.

- 74 Josef Pilsudski (1867-1935), aliado con el ucraniano Simon Petlioura (1869- 1926 asesinado), lanzó su ofensiva el 25 de abril de 1920. Ocupó Kiev el 7 de mayo.
- 75 Sostenido por Francia, Pilsudski le declara la guerra a Rusia el 24 de abril de 1920. Un tratado de paz será pactado el 12 de octubre.
- 76 Alexei Alexeievich Brusilov (1853-1926) alto cargo durante la primera guerra mundial, luego apartado; sirvió al Ejército Rojo como consultor militar e inspector de caballería. Su hijo, al mando de un regimiento rojo, fue ejecutado en 1919 por orden de Denikin. Alexei Andreievich Polivanov (1855-1920), ministro de Guerra (junio de 1915-marzo de 1916), ofrece sus servicios al Ejército Rojo en febrero de 1920. Experto militar cuando las negociaciones de paz polaco-soviéticas, murió de tifus en Riga, el 25 de septiembre.
- 77 La inauguración del Congreso se realizó en Petrogrado, luego continuó en Moscú, del 21 de julio al 6 de agosto de 1920.
- 78 Además de francés y ruso, Serge dominaba muy bien el alemán, el español y el esperanto. Leía italiano, portugués, polaco e inglés (que perfeccionó en México hasta el punto de hablarlo y escribirlo).
- 79 * Frase tachado con lápiz negro, sin indicación.
- 80 Según nuestro amigo Peter Sedgwick (1934-1983), excelente traductor de las *Mémoires* y de *L'An I* al inglés, G. Lansbury (1859-1940) visitó Rusia en febrero de 1920 pero no para el II Congreso de la IC: véase su *Ce que j'ai vu en Russie, Paris*, éd. de *l'Humanité*, 1920.
- 81 John Reed (1887-1920), testigo y cronista extraordinario, entre sus obras: *México insurgente, La hija de la revolución, La guerra de los Balcanes y Diez días que estremecieron al mundo* [ed. cast.: trad. De Ángel Sandoval, Tafalla, Txalaparta, 2007]. Cf. Robert Rosenstone, John Reed, *le romantisme révolutionnaire*, París, Maspero, 1977. Serge le dedica un poema en 1921: «*Un Américain*», recuperado en *Pour un brasier dans un désert*, Bassac, Plein Chant, 1998, pp. 167-168.
- 82 Bela Kun (1885-1937), jefe de la República de los Consejos de Hungría, *apparatchik* de la IC, «...tenía más acritud que arrogancia, más arrogancia que grandeza, más rigidez que valor, más memoria de las injurias que de los beneficios, más terquedad que firmeza, y más incapacidad que todo lo anterior» (como la Reina descrita por el cardenal de Retz...).
- 83 Cristian Georguievich Racovski/Rakovski (1873-1941), «búlgaro de nacimiento, francés por educación, ruso por cultura, de nacionalidad rumano», uno de los más notables dirigentes bolcheviques. Cf. P. Broué, *Rakovski ou la Révolution danstous les pays*, París, Fayard, 1996; Francis Conte, *Christian (1873-1941)* [tesis doctoral], 2 vols., Lille-París, 1975, y *Un révolutionnaire diplomate*, ChristianRacovski. *L'Union soviétique et l'Europe* (1922-1941), París, Mouton, 1978.
- 84 *L'Internationale Communiste* apareció de 1919 a 1939, completada por *La Correspondance Internationale* (octubre de 1921-agosto de 1939). Serge colaboró en ambas.
- 85 La lista exacta de sus traducciones es imposible de realizar, ya que muchas, aparecidas en publicaciones periódicas, son anónimas. Los numerosos mensajes, los discursos, las proclamaciones de Lenin, Zinoviev o Trotsky fueron traducidos por Serge, que no se preocupó de tenerlos en cuenta...
- 86 *Terrorisme et Communisme*, Petrogrado, éd. de *l'Internationale Communiste*, París, Librairie de *l'Humanité*, 1923; París, col. «10/18», n.º 128-129, 1963; reed.como *Défense du terrorisme*, París, NRC, 1936.
- 87 Ángel Pestaña Núñez (1886-1938), uno de los principales dirigentes de la CNT en 1917-1922, a la que representó en el Congreso de la IC. A su regreso, sepronuncia contra la adhesión. Andreu Nin (1892-1937), secretario nacional de la CNT en 1921, por el contrario, fue partidario de la adhesión a la IC.
- 88 El tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919, puso punto final a la primera guerra mundial. Los cuatro firmantes (Francia, Estados Unidos, Reino Unido e Italia –Alemania y Rusia no fueron invitadas a las negociaciones–) tuvieron divergencias en cuanto a las sanciones y reparaciones a título de los dañosprovocados por la guerra que había que imponer a Alemania, considerada única responsable. A partir de su firma, retornan las causas

- del conflicto. Francia fue lamás exigente. Por ello, contiene los gérmenes de una futura guerra.
- 89 John Maynard Keynes (1883-1946), economista y financiero inglés. Lenin se sirvió de su libro *Las consecuencias económicas de la paz* [ed. cast.: trad. de Juan Uña, rev. de Lluís Argemí, Barcelona, Crítica, 2009]. Según Keynes, los gobiernos deben hacer todo para asegurar el pleno empleo de la mano de obra, gracias a una redistribución de las rentas tal que el poder adquisitivo de los consumidores crezca proporcionalmente al desarrollo de los medios de producción.
- 90 «Los hechos son testarudos.» Cf. Lenin, «Carta a los camaradas», escrita el 17(30) de octubre de 1917.
- 91 Isaac Brodski (1883-1939), pintor «oficial» de los retoques infinitos...
- 92 Dinastía rusa que reinó en línea directa de 1613 a 1762. La casa de Holstein- Gottorp, reemplazada por la línea femenina, fue derrocada en 1917.
- 93 P. Lévi (llamado Harstein, también Hartlaub), abogado, defensor de Rosa Luxemburgo en 1913, era en 1920 presidente del VKPD (*Vereinigte Kommunistische Partei Deutschlands*, desde 1920 a agosto de 1921 nombre del PC alemán). Dimitió en febrero de 1921.
- 94 Ernst Daeumig (1868-1922), cofundador de la USPD, luego copresidente del VKPD con Lévi en diciembre de 1920, dimitió junto a él. Arthur Crispian (1875- 1946), periodista, uno de los dirigentes del USPD en su fundación. Emigrado a Suiza en 1933, morirá allí. Wilhelm Dittmann (1874-1954), periodista, uno de los fundadores de la USPD volvió al SPD. Emigrado a Suiza en 1933, se quedó allí hasta 1951.
- 95 Armando Borghi (1882-1968), famoso anarco-sindicalista italiano, discípulo de Bakunin y Malatesta, resuelto antifascista. Hostil a la adhesión a la IC. Antiestalinista. Autor de: *Mezzo secolo di anarchia* (escrito en 1940-1943; publicado en 1954), *Colloqui con Kropotkine su l'anarchia*. Borghi se levanta contra el Estado y la dictadura: *Anarchismo e sindacalismo* (abril de 1922), *Mussolini in camicia*, panfleto, 1928, etc.
- 96 Augustin Souchy (1892-1984), militante anarquista nacido en Silesia. Desde 1905 reúne junto a Landauer la *Sozialistische Bund [Liga Socialista]*. Hostil a la guerra, se refugia en Suiza, luego en Noruega y Dinamarca; colabora en el periódico sindicalista-revolucionario *Solidaritet*. Retorna a Alemania en 1919: figura emblemática del anarco-sindicalismo (en la FAU [Freie Arbeiter Union]), colabora en *Der Syndikalist*. Se traslada a Rusia en abril de 1920. En el Congreso de la IC en Moscú, representante oficioso de los sindicatos revolucionarios. Secretario del IAA [*Internationale Arbeiter Assoziation*] con R. Rocker y A. Schapiro hasta 1933. Antinazi: refugiado en Francia, en España (consejero exterior de la CNT). Cuando Franco vence, regresa a Francia, donde es internado en 1940, para evadirse en 1941. Se traslada a México de 1942 a 1948. En *Vorsicht, Anarchist! Ein Leben für die Freiheit. Politische Erinnerungen [¡Atención, anarquistas! Una vida por la libertad. Recuerdos políticos, Darmstadt, Luchterhand, 1977, p. 139]* evoca sus encuentros y discusiones con Serge, O. Rühle, M. Pivert, sobre la nueva organización del mundo tras la guerra.
- 97 Louis Bertho (llamado Jules Lepetit, 1889-1920), anarco-sindicalista francés, colaborador de l'anarchie, más tarde del Libertaire, militante de la Federación de la Construcción.
- 98 El semanario *Le Libertaire*, fundado por Sébastien Faure en noviembre de 1885, se publicó hasta junio de 1914. Nuevas series de enero de 1919 a agosto de 1939. Esta segunda publicación polemizó con Serge en 1919-1922 pero se decantó por su defensa en 1933-1936 (impulsado por, entre otros, Ida Mett, compañera de Nikolai Lazarevich).
- 99 Marcel Cachin (1869-1958), primero socialista, luego miembro de la dirección del PCF, desde 1921 hasta su muerte. Acendrado estalinista. Sus *Carnets* (4 vols., París, CNRS, 1993-1998) son «edificantes» en más de un título. Louis-Olivier Frossard (llamado Ludovic- Oscar, 1889-1946), secretario general del PS francés en 1918, secretario general del PCF tras el Congreso de Tours (diciembre de 1920), dimitió el 1 de enero de 1923.
- 100 *Error de Serge señalado por A. Rosmer (*Moscou sous Lénine. Les origines du communisme*, prefacio de Albert Camus, París, P. Horay, 1953, p. 259): ni Cachin ni Frossard fueron «expulsados» por Trotsky.

101 André Alfred Rosmer (llamado André A. Griot, 1877-1964), libertario, luego sindicalista revolucionario, colaborador en París de *la Vie Ouvrière*, de la *Révolution prolétarienne* y de *La Vérité* (trotskista). Miembro del Comité Ejecutivo del IC de junio de 1920 a junio de 1921 y de su «petit bureau» desde diciembre de 1920; miembro fundador de la ISR [Internacional Sindical Roja]; miembro del Comité Director y del Buró Político del PCF, y en la dirección de l'Humanité de 1922 a marzo de 1924 (entonces excluido). Miembro de la Oposición de izquierda y de su secretaría internacional (hasta 1930). Amigo y ejecutor testamentario de Trotsky. Historiador del movimiento obrero. Cf. Christian Gras, *Alfred Rosmer et le mouvement révolutionnaire international*, París, Maspero, 1971.

102 Raymond Lefebvre (1891-1920 «desaparecido»), primero en la derecha (con Maurras), luego con Marco Sangnier (Le Sillon), se transformó en un activista socialista defensor de Octubre y del internacionalismo antimilitarista. Historiador, periodista, escritor, fundador de la ARAC (Asociación Republicana de Ex Combatientes) y de Clarté (con Henri Barbusse y Paul Vaillant-Couturier). Sobre él, véase: V. Serge, *Vie des Révolutionnaires*, en *Mémoires d'un révolutionnaire et autres écrits politiques*, cit., pp. 291-313, y Shaul Ginsburg, Raymond Lefebvre et les origines du communisme français, París, Tête de Feuilles, 1975. *La Révolution ou la mort* apareció en las ediciones Clarté en 1920.

103 Giacinto Serrati (1872-1926), uno de los líderes del PSI, se acogió a las 21 condiciones sólo después de reflexionar y se convirtió en comunista. Constantino Lazzari (1857- 1927) también vaciló al respecto pero se quedó en el PSI. Umberto Terracini (1895-1983) se transformó en líder comunista, fue encarcelado por Mussolini de 1926 a 1943. Amadeo Bordiga (1889-1970) debido a su ardor y a su falta de «ortodoxia» tuvo que ser reemplazado por Palmiro Togliatti, más «flexible»... Cf. «*Amadeo Bordiga et la passion du communisme*», Cahiers Spartacus, París, serie B, n.º 58, octubre de 1974.

104 * Pasaje tachado con lápiz negro, sin indicación.

105 William Gallacher (1881-1965), obrero fundidor. Miembro del CE en 1922, miembro del présidium en 1926.

106 Louis C. Fraina (1894-1953), redactor de la revista *Revolutionary Age* (órgano del club de los obreros letones de Roxbury, Massachussets), donó a los bolcheviques 30.000 dólares para financiar la publicación de un semanario en los Estados Unidos. A finales de 1922, a su regreso, declaró que el dinero le había sido robado (sin pruebas) y abjuró del comunismo. Se transformó en un reputado economista bajo el nombre de Lewis Corey. Víctima del macarthismo...

107 Reed, Diez días que estremecieron al mundo, publicado por todas las editoriales comunistas: en París por Bureau d'Éditions. La continuación, De Kornilov a Brest-Litovsk, inconclusa, jamás apareció. Bajo Stalin, el libro fue prohibido: en él se menciona a Trotsky.

108* Pasaje tachado con lápiz negro, sin indicación.

109 Vasili Kolarov (1877-1950) fue delegado del Komintern junto a los partidos de Europa occidental, secretario del Comité Ejecutivo (1922-1924). Primer ministro de Bulgaria tras la muerte de Dimitrov en 1949.

110 David Wijnkup (1876-1941), uno de los fundadores en 1907 del periódico de izquierda De Tribune, luego socialdemócrata de izquierda y comunista. En 1920, intentó en vano crear en Amsterdam un centro comunista semiautónomo, formó una oposición aparte del partido en 1926-1931, para luego reintegrarse en la «ortodoxia».

111 Manabendra N. Roy (de nacimiento Nabendranath Battachara, 1887-1954), era antes de 1914 militante nacionalista en la India. Durante la guerra, les pidió a los alemanes oro y armas con el fin de alcanzar la independencia (de donde surgen las sospechas evocadas por Serge). En 1916, se encontraba en San Francisco bajo el apelativo «Father Martin», luego en México. Excluido en 1929 con Heinric Brandler, siguió siendo estalinista.

112 L. Iogiches o Jogiches (1867-1919), compañero de Rosa Luxemburgo hasta 1906 y camarada de combate hasta su muerte. Cofundador con ella del partido socialdemócrata polaco y con Karl Liebknecht del grupo Spartakus.

113 En diciembre de 1920, en Tours, el PS francés votó la adhesión a la III Internacional con una mayoría aplastante. La escisión entrañaba la creación de dos partidos: el PCF, unido a la

III Internacional, y la SFIO [Sección Francesa de la Internacional Obrera] ligado al PSF anterior a la escisión de la Internacional. En enero de 1921, en Livorno, fue fundado el PC italiano.

114 Señalado por Annie Kriegel en *Les Internationales Ouvrières (1864-1943)*, París, PUF, 4.ª ed. 1975, p. 77.

115 Mijail Nikolaievich Tujachevski (1893-1937), nombrado comandante en jefe el 3 de agosto de 1920, llevó la ofensiva contra Polonia a 30 km de Varsovia, pero hubo indisciplina en el mando del frente Sudoeste (Alexandr Ilyich Egorov, 1883-1939): ataque de Lvov el 13 de agosto de 1920 por Klimentí Efremovitch Vorochilov (1881- 1969) y Semion M. Budienny (1883-1963). Ambos hombres «para todo» de Stalin; para poder superar a Tujachevski, cuando la batalla del Vístula (14-17 de agosto) este fue obligado a pedir el retiro...

116 Julian Marshlevski (llamado Karski, 1866-1925) presidió el REVKOM, comité revolucionario provisional polaco, creado el 2 de agosto de 1929 instalado en Bialystok, tomada por el Ejército Rojo.

117 Se acogió en Bakú en septiembre de 1920, reuniendo a 1.895 delegados de 32 naciones, de Marruecos a Manchuria; asistieron también 44 mujeres recién liberadas de la prisión. Se determinó la formación de un Consejo para la Acción y Propaganda. Cf. *Le Premier Congrès des peuples de l'Orient*, París, Maspero, 1971.

118 Iakov Blumkin (1899-1929), en un principio s.-r. y miembro de la Cheka, condenado a muerte (por el asesinato de Von Mirbach). Persuadido por Trotsky, se convierte en bolchevique tras ser indultado; fue uno de los mejores agentes secretos del Ejército Rojo.

119 Enver Pashá (1881-1922), ministro de Guerra turco en 1913; opositor a la revolución de Kemal Pashá Ataturk, se refugia en Rusia en 1918. Sobre él pesa la responsabilidad moral y política del exterminio de los armenios en Turquía.

120 El 17 de octubre de 1920.

121 V. M. Eichenbaum llamado Volin (1882-1945), primero s.-r., luego activista anarquista en Francia, en Estados Unidos, en Rusia (retornado en julio de 1917). Perseguido por anarquista a partir de abril de 1919. Se suma, en agosto de 1919, al ejército de Majno como propagandista y organizador. Arrestado el 14 de enero de 1920 junto a Krivoi-Rog, trasladado de una prisión a otra, fue llevado a Moscú en marzo y liberado el 1 de octubre. Cf. Voline et al., *Répression de l'anarchisme en Russie soviétique*, París, éd. de la Librairie Sociale, 1923, pp. 124-125. Autor de *La Révolution inconnue 1917-1921* (París, *Les Amis de Voline*, 1947; P. Belfond, 1969, 1986; Verticales, 1997).

122 Yulii Osipovich Tsederbaum llamado Julius Martov (1873-1923), fundador con Lenin en 1893 de la «Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera», se separó de él en 1903, transformándose en el principal teórico menchevique. Internacionalista, bastante cercano a los bolcheviques, consideraba la revolución de Octubre como un abuso de autoridad antidemocrático. Emigra en 1921 a Alemania. Escribió con Théodore Dan, *La Dictature du Proletariat*, París, 1934 y 1947. Cf. R. A[ibert, seud. de Serge], «L. Martov», *La Correspondance Internationale*, n.º 28, 6 de abril de 1923, p. 199.

123 Marcel Vergeat (1891-1920), obrero metalúrgico, anarco-sindicalista, representaba como sus compañeros a sindicatos minoritarios y al Comité francés del III Internacional.

124 Sobre Sasha Mikoviser, llamado Toubine, cf. Marcel Body, «*Un compagnon des "Trois": Sacha Toubine*», *la Vie Ouvrière*, París, n.º 138, 23 de diciembre de 1921, pp. 1-2.

125 Yrjo Einas Sirola (1876-1936), miembro del PC finlandés (creado en 1918). Otto Kuusinen (1881-1964), primero socialdemócrata, luego adherido a y fundador del PC finlandés. De 1921 a 1939, secretario del Ejecutivo de la IC, desempeñó altas funciones hasta su muerte. Serge publicó su libro *La Révolution en Finlande*, Petrogrado, éd. de l'IC, 1920.

126* Nombre poco legible (¿Rauhia?) en el manuscrito: de hecho Ivan Abramovitch Raphia (1887-fusilado el 31 de agosto de 1920). Cf. J.-J. Marie, *Les paroles qui ébramèrent le monde*, París, Le Seuil, 1967, p. 354. De donde proviene la rectificación.

127 Sobre la presencia de estos cuatro franceses, su desaparición trágica y las diferentes hipótesis suscitadas desde entonces, véase la detallada exposición de Annie Kriegel en su tesis doctoral: *Aux origines du communisme français 1914-1920. Contribution à l'histoire du*

mouvement ouvrier français, París-La Haya, Mouton, 1964, t. II, pp. 770-787. De las cinco hipótesis formuladas: 1.^a naufragio debido a la fuerte tempestad entonces constatada; 2.^a encarcelamiento por los guardas finlandeses; 3.^a retorno a Moscú; 4.^a asesinato en alta mar: ametrallados por los buques de la Entente; 5.^a asesinato por parte de los bolcheviques; nada puede ser probado definitivamente... Lo mismo se puede decir con respecto al état d'esprit propio de los «cuatro» como en cuanto a su preocupación de retornar prontamente a Francia. Borghi expuso sus dudas en *Mezzo secolo di anarchia*, cit., pp. 245-246 y Voline en *La Révolution inconnue*, 1947, 1969, 1986, pp. 291-293 (recuperado de las pp. 126-128 de *Répression de l'Anarchisme en Russie Soviétique*, París, Éditions de la Librairie Sociale, 1923). Serge, junto con J. Mesnil, A. Rosmer, etc., se opone aquí a la versión dada por ciertos anarquistas (entre los que están Volin, Body, Le Libertaire) que culpaban de su desaparición a los bolcheviques. Mantuvo este punto de vista en *De Lénine à Staline*, número especial de *Crapouillot* (París), p. 25, escribiendo: «Conozco muy bien las circunstancias de su partida. Fui el compañero de sus últimos días de Rusia y sé que su pérdida se debió sólo a un accidente provocado por su propia impaciencia». Supone, en otro lugar, que hubieran podido ser asesinados por los Blancos mientras que Volin acusa a los Rojos... Según él, los cuatro se habrían ido hacia el 20 de septiembre de 1920. Les dedicó varios artículos y un folleto editado en Petrogrado (octubre de 1921).

128 Maurice Vandamme, llamado Mauricius (1886-1974), colaborador y promotor de *l'anarchie*, autor de: *Le Rôle social des anarchistes* (seguido de *Contre la faim* por *Le Rétif*), París, Éd. de *l'anarchie*, 1911; *Au pays des Soviets. Neuf mois d'aventures*, París, Eugène Figuière, 1922. Serge es evocado allí con acritud. La continuación permanece inédita

129 Alexandr Dimitrievich Tsiuriupa (1870-1928), agrónomo, en el partido desde 1898, bolchevique en 1903; participa en la organización de Iskra con Lenin. Entre 1922 y 1923, comisario de Inspección Obrera y Campesina. En 1923-1925, presidente del GOSPLAN (Comisión del Plan de Estado). En 1925-1926, comisario de Comercio. Miembro del CC desde 1923 hasta su muerte

130 Expuesta también por Serge en *Littérature et Révolution* (cap. 19), París, Valois, 1932; París, Maspero, ed. aument., 1976; Nantes, Éditions Joseph K., en preparación bajo nuestro cuidado.

131 Cf. su «*Lettre d'adieu aux ouvriers suisses*» del 26 de marzo (8 de abril) de 1907, traducida por Serge.

¿Qué quiere la Liga Espartaquista?

Karl Liebknecht
[hacia finales de 1918]

Lo que sobre todo es necesario en este momento es tener una idea clara de los objetivos de nuestra política. Tenemos necesidad de una comprensión muy exacta de la marcha de la revolución, darnos cuenta de lo que ha sucedido hasta aquí para ver en que consistirá nuestra tarea futura.

Hasta aquí, la revolución alemana no ha sido más que un intento de poner fin a la guerra y superar sus consecuencias. Por eso su primer acto fue concluir un armisticio con las potencias enemigas y apartar a los líderes del antiguo régimen. La tarea de todos los revolucionarios consiste ahora en reforzar y ampliar sus conquistas. Vemos que el armisticio que el gobierno actual negocia con las potencias adversarias es utilizado por estas para estrangular a Alemania. Esto es contrario a los objetivos del proletariado, puesto que tal trato no es compatible con el ideal de una paz digna y duradera.

El objetivo del proletariado alemán, como el del proletariado mundial, no es una paz provisional, basada en la violencia, sino una paz duradera, basada en el derecho. Esto no es lo que hace el gobierno actual, el cual, conforme a su naturaleza, se esfuerza únicamente en concluir con los gobiernos imperialistas de los países de la Entente una paz provisional. No quiere afectar a los fundamentos del capital. En tanto el capitalismo sobreviva -y esto lo saben todos los socialistas muy bien-, las guerras serán inevitables. ¿Cuáles son las causas de la guerra mundial? La dominación capitalista significa la explotación del proletariado y una ampliación creciente del capitalismo en el mercado mundial. Aquí se oponen violentamente las fuerzas capitalistas de los diferentes grupos nacionales, y el conflicto económico lleva inevitablemente al enfrentamiento de las fuerzas militares, a la guerra.

Ahora se nos quiere arrullar con la idea de la Sociedad de las Naciones, que debe conducir a una paz duradera entre los pueblos. Como socialistas, sabemos perfectamente que tal organismo no es sino una alianza que no puede disimular su carácter capitalista, que está dirigida contra el proletariado y es incapaz de garantizar una paz duradera. La concurrencia, que esta en la base de la sociedad capitalista, significa para nosotros, socialistas, un fratricidio; por el contrario, nosotros queremos una comunidad internacional de hombres. Únicamente el proletariado aspira a

una paz durable; jamás el imperialismo de la Entente podrá dar esta paz al proletariado alemán. Este último la obtendrá de sus hermanos de Francia, de América, de Italia. Poner fin a la guerra mundial mediante una paz duradera y digna solo es posible gracias a la acción del proletariado internacional. Esto es lo que nos enseña nuestra doctrina socialista básica.

Ahora, después de la inmensa mortandad, se trata en verdad de crear una obra sólida. La humanidad entera ha sido lanzada al crisol ardiente de la guerra mundial. El proletariado tiene el martillo en su mano para forjar un mundo nuevo. No se trata solamente de la guerra y de los estragos que sufre el proletariado, sino del régimen capitalista mismo, que es la verdadera causa de la guerra. Suprimir el régimen capitalista es la única vía de salvación para el proletariado, la única que le permitirá escapar a su sombrío destino. ¿Cómo puede ser alcanzado este objetivo?. Para responder a esta pregunta, es necesario darse cuenta claramente de que únicamente el proletariado puede, por su propia acción, liberarse de la esclavitud. Se nos dice: la Asamblea Nacional es la vía que nos lleva a la libertad.

Pero la Asamblea Nacional no es otra cosa que la democracia política formal, no la democracia que el socialismo siempre ha exigido. El carnet del voto no es la palanca que puede levantar y voltear al régimen capitalista. Sabemos que un gran número de países, por ejemplo, Francia, América, Suiza, poseen desde hace largo tiempo esta democracia formal. Pero en estas democracias reina igualmente el capital. Es evidente que en las elecciones a la Asamblea Nacional, la influencia del capital, su superioridad económica, se hará sentir en el más alto grado. Grandes masas de la población se situarán, bajo la presión de esta influencia, en contradicción con sus verdaderos intereses y darán sus votos a sus adversarios. Ya por esta razón la elección de una Asamblea Nacional no será jamás una victoria de la voluntad socialista. Es completamente falso creer que la democracia parlamentaria formal crea las condiciones propias para la realización del socialismo.

Por el contrario, el socialismo realizado es la condición fundamental de la existencia de una verdadera democracia. El proletariado revolucionario alemán no puede esperar nada de la resurrección del antiguo Reichstag bajo la nueva forma de Asamblea Nacional, puesto que esta tendrá el mismo carácter que la vieja "boutique de bavardage" de la Koenigsplatz. Seguramente encontraremos allí a todos los señores ancianos que se esforzaban antes y durante la guerra en decidir de una forma tan fatal la suerte del pueblo alemán.

Es igualmente probable que en esta Asamblea Nacional los partidos burgueses tengan la mayoría. Pero incluso aunque este no fuera el caso, incluso si la Asamblea Nacional tuviese una mayoría socialista que decidiese la socialización de la economía alemana, tal decisión parlamentaria quedaría como un simple pedazo de papel y se enfrentaría a una resistencia encarnizada de parte de los capitalistas.

No es con el Parlamento y con sus métodos como se puede realizar el socialismo; aquí el factor decisivo es la lucha revolucionaria del proletariado, ya que solo él podrá fundar una sociedad según sus deseos. La sociedad capitalista no es otra cosa que la dominación más o menos velada de la violencia. Esta sociedad tiende ahora a volver a la legalidad del "orden" precedente, a desacreditar y a anular la revolución que el proletariado ha hecho, a considerarla como una acción ilegal, una especie de malentendido histórico. Pero el proletariado no ha soportado en vano los mas pesados sacrificios durante la guerra; nosotros, los pioneros de la revolución, no nos dejaremos anular. Permaneceremos en nuestro puesto hasta que hayamos instaurado el reino del socialismo. El poder político del que el proletariado se apoderó el 9 de noviembre le ha sido ya arrebatado en parte, y se le ha arrancado, sobre todo, el poder de colocar en los puestos mas elevados de la administración a hombres de su confianza. Incluso el militarismo, contra la dominación del cual nos alzamos, vive todavía. Conocemos perfectamente las causas que han conducido a desalojar al proletariado de sus posiciones; sabemos que los consejos de soldados, al comienzo de la revolución, no comprendieron claramente su papel. Se han deslizado en sus filas numerosos calculadores astutos, revolucionarios de ocasión, cobardes que después del hundimiento del antiguo régimen, para salvar sus existencias amenazadas, se han unido nuevamente. En numerosos casos, los consejos de soldados han confiado a tales individuos puestos importantes, haciendo así de la zorra el guardián del gallinero.

Por otra parte, el gobierno actual ha restablecido el antiguo Gran Estado Mayor y ha entregado así el poder a los antiguos oficiales. Si ahora reina el caos por toda Alemania, la culpa no incumbe a la revolución, que se ha esforzado en suprimir el poder de las clases dirigentes, a las mismas clases dirigentes y el incendio de la guerra alumbrado por estas. "El orden y la tranquilidad deben reinar" nos grita la burguesía, y esta piensa que el proletariado debe capitular para que el orden y la tranquilidad se restablezcan; que debe entregarse el poder en manos de los que, bajo la mascara de la revolución, preparan ahora la contrarrevolución. Sin duda que un movimiento revolucionario no puede deslizarse sobre un parquet

encerado; existen astillas y virutas en la lucha por una sociedad nueva, por una paz duradera. Al entregar a los generales el Alto Mando del ejército para proceder a la desmovilización, el gobierno ha hecho esta más difícil.

Sin duda que la desmovilización sería mas ordenada si se hubiese confiado a la libre disciplina de los soldados. Por el contrario, los generales, armados con la autoridad del gobierno del pueblo, han intentado por todos los medios suscitar entre los soldados el odio hacia el gobierno. Por propia decisión, los generales han disuelto los consejos de soldados, prohibido desde los primeros días de la revolución la bandera roja y ha hecho quitar esta bandera de los edificios públicos. De esto es responsable el gobierno, que, para mantener el "orden" de la burguesía, ahoga a la revolución en sangre.

Osadamente se afirma que somos nosotros los que queremos el terror, la guerra civil, la efusión de sangre; osadamente se nos sugiere que renunciemos a nuestro trabajo revolucionario, a fin de que el orden de nuestros adversarios sea restablecido. No somos nosotros los que queremos la efusión de sangre, pero si es cierto que la reacción, en cuanto tenga la menor posibilidad, no dudará ni un instante en ahogar la revolución en sangre. Recordemos la crueldad y la infamia de la que es culpable la reacción, y no hace tanto tiempo aun. En Ucrania se ha entregado a un trabajo de verdugo; en Finlandia ha asesinado a millares de obreros. Esta es la labor sangrienta del imperialismo alemán, cuyos portavoces nos acusan hoy en la prensa calumniosa, a los socialistas, de querer el terror y la guerra civil. ¡No! Nosotros queremos que la transformación de la sociedad y de la economía se produzcan en el orden. Si ha de haber desorden y guerra civil, la responsabilidad será únicamente de los que siempre han reforzado y ampliado su dominación y su provecho por las armas y quieren hoy poner al proletariado bajo su yugo. No es a la violencia y a la efusión de sangre a lo que llamamos al proletariado, sino a la acción revolucionaria enérgica, para poner en marcha la reconstrucción del mundo. Llamamos a las masas de soldados y de proletarios a trabajar vigorosamente para la formación de los consejos de soldados y obreros. Los llamamos a desarmar a las clases dirigentes y a armarse ellos mismos, para defender la revolución y asegurar la victoria del socialismo. Solamente así podremos asegurar la vida y el desarrollo de la revolución en interés de las clases oprimidas. El proletariado revolucionario no debe dudar un solo instante en apartar a los elementos burgueses de todas las posiciones políticas y sociales; debe tomar él mismo el poder en sus manos. Sin duda, tendremos necesidad, para conducir con éxito la socialización de la vida económica, de la colaboración de los intelectuales burgueses, de los especialistas, de los ingenieros, pero estos deben trabajar bajo el control

del proletariado. De todas nuestras acuciantes tareas, ninguna ha sido emprendida por el gobierno actual. Por el contrario, el gobierno ha hecho todo lo posible por frenar la revolución. Y ahora nos enteramos que con la colaboración del gobierno se han formado en el campo consejos de campesinos, en esta capa de la población que siempre ha sido el adversario mas retrogrado y encarnizado del proletariado, en particular del proletariado rural.

A todas estas maquinaciones, los revolucionarios deben oponerse enérgicamente; deben hacer uso de su poder y orientarse resueltamente en la vía del socialismo. El primer paso en este sentido consistiría en poner todos los depósitos de armas y toda la industria de armamentos bajo el control del proletariado. A continuación, las grandes empresas industriales y agrícolas deben ser transferidas a la colectividad. No cabe la menor duda de que esta transformación socialista de la producción, dado el grado de centralización de esta rama de la economía, puede ser realizada bastante rápidamente.

Por otra parte, poseemos un sistema de cooperativas muy desarrollado, en el cual esta interesada igualmente y sobre todo la clase media. Esto también constituye un factor favorable para la construcción eficaz del socialismo.

Sabemos perfectamente que esta socialización será un proceso de larga duración; no disimulamos las dificultades a las que nos enfrentamos en esta tarea, sobre todo la situación peligrosa en que nuestro pueblo se encuentra actualmente.

Pero ¿quien puede creer seriamente que los hombres pueden elegir a su gusto el momento propicio para una revolución y para la realización del socialismo?.

¡La marcha de la historia no es esa precisamente! No se trata de decir: ni hoy ni mañana nos conviene la revolución; será pasado mañana, cuando nuevamente tengamos pan y materias primas y nuestro modo de producción capitalista este en plena marcha, será entonces cuando estaremos dispuestos a discutir la construcción del socialismo. No, esta es una concepción falsa y ridícula de la naturaleza del desarrollo histórico. No se puede elegir el momento propicio para una revolución ni transferir esta revolución a una fecha que nos convenga.

Pues las revoluciones no son en el fondo otra cosa que grandes crisis sociales elementales, cuyo estallido y desarrollo no dependen de individuos aislados y que, pasando por encima de sus cabezas, se descargan como formidables tormentas. Ya Marx nos enseñó que la revolución social debe producirse en el curso de una crisis del capitalismo. Y bien, esta guerra es precisamente una crisis, por ello ha sonado la hora del socialismo. En la víspera de la revolución, en el curso de la famosa noche del viernes al sábado, los dirigentes de los partidos socialdemócratas dudaban de que la revolución era inminente; no querían creer que el fermento revolucionario en las masas de soldados y obreros había progresado hasta tal punto. Pero cuando percibieron que había comenzado la gran batalla acudieron todos; si no, habrían corrido el riesgo de ser desbordado por el movimiento. Ha llegado el momento decisivo. Estúpidos y débiles serán los que lo consideren inoportuno y lamenten que haya llegado precisamente ahora. Todo depende de nuestra resolución, de nuestra voluntad revolucionaria.

La gran tarea para la que nos hemos preparado desde hace tanto tiempo exige ser cumplida ahora. ¡La revolución está ahí, debe ser desencadenada! No se trata de preguntarse quien, sino como. La cuestión esta planteada, y dado que la situación en que nos encontramos es difícil, no podemos decir que este no es el momento de hacer la revolución. Repito que no desconocemos las dificultades del momento. Ante todo, somos conscientes de que el pueblo alemán no tiene ninguna experiencia, ninguna tradición revolucionaria. Pero, por otra parte, la tarea de la socialización esta esencialmente facilitada al pueblo alemán por toda una serie de circunstancias. Los adversarios de nuestro programa nos objetan que, en una situación tan amenazante como es la de hoy, tan preocupados por el paro, por la escasez de artículos alimenticios y materias primas, es imposible emprender la socialización de la economía. Pero ¿acaso el gobierno de la clase capitalista, como consecuencia de una situación por lo menos tan peligrosa, no ha tornado medidas extremadamente enérgicas que han transformado por completo la producción y el consumo? Y todas estas medidas han sido tomadas para servir los fines guerreros, en interés de los militaristas y de las clases dirigentes, para permitirles subsistir.

Las medidas de economía de guerra no han podido ser aplicadas más que gracias a la autodisciplina del pueblo alemán; en su tiempo, esta autodisciplina estaba al servicio del genocidio y era contraria a los intereses del pueblo. Ahora debe servir a los intereses del pueblo y ser utilizada para transformaciones mucho mas profundas que jamás hayan sido conocidas. Al servicio del socialismo, esta autodisciplina creara la socialización. Precisamente son los social-patriotas los que han calificado estas medidas económicas de socialismo de guerra, y Scheidemann, celoso defensor de la

dictadura militar, las defendió con entusiasmo. Pues bien, nosotros debemos considerar este socialismo de guerra como una transformación de nuestra vida económica, que preparará la vía de la realización de la verdadera socialización bajo el signo del socialismo. El socialismo es inevitable, y debe venir precisamente porque es necesario superar el desorden del que se lamentan tanto actualmente. Pero este desorden es insuperable en tanto continúen en sus posiciones las fuerzas económicas y políticas del capitalismo; ellas son las que han provocado el caos. Hubiese sido deber del gobierno intervenir y actuar rápida y enérgicamente. Pero este no ha hecho avanzar ni un paso a la socialización.

¿Qué ha hecho para resolver el problema del aprovisionamiento de la población? El gobierno ha dicho al pueblo: "Es necesario que seas prudente y que te conduzcas convenientemente, entonces Wilson te enviara alimentos".

Esto es lo que nos dice día tras día la burguesía, y la que no hace aun unos meses no encontraba palabras suficientemente injuriosas para cubrir de cieno al Presidente de los Estados Unidos, se entusiasma ahora con él y cae a sus pies llena de admiración -a fin de recibir de el alimentos-. Si, efectivamente, Wilson y sus amigos puede ser que nos ayuden, pero solamente en la medida en que esta ayuda corresponda a los intereses del capitalismo de la Entente.

Ahora, todos los enemigos declarados o disimulados de la revolución proletaria se apresuran a glorificar a Wilson como un amigo del pueblo alemán; mas este Wilson humanitarista ha aprobado las crueles condiciones del armisticio impuestas por Folch y contribuido a aumentar hasta el infinito la miseria del pueblo.

No, nosotros no creemos ni un solo instante, nosotros, socialistas revolucionarios, en las mentiras del humanitarismo de Wilson, el cual no hace ni puede hacer otra cosa que representar de forma inteligente los intereses del capitalismo de la Entente.

¿A quien sirven, en realidad, las mentiras de la burguesía y de los social-patriotas?. Sirven para persuadir al proletariado a que abandone el poder que ha conquistado por la revolución. Nosotros no caeremos en la trampa.

Colocamos nuestra política sobre el suelo de granito del proletariado alemán, sobre el suelo de granito del socialismo internacional. No conviene ni a la dignidad ni a la tarea revolucionaria del proletariado que nosotros,

que hemos comenzado la revolución social, confiemos en la benevolencia del capital de la Entente; nosotros contamos con la solidaridad revolucionaria y la combatividad de los proletarios de Francia, de Inglaterra, de Italia y de América.

Los pusilánimes y los incrédulos desprovistos de todo espíritu socialista nos dicen que somos locos al esperar que estalle una revolución en los países vencedores en la guerra. ¿Qué es lo cierto?. Claro está que sería estúpido pensar que en un instante, a una orden, la revolución va a estallar en los países de la Entente.

La revolución mundial, nuestro objetivo y nuestra esperanza, es un proceso histórico bien complejo para que estalle golpe a golpe en unos días o en unas semanas.

Los socialistas rusos han previsto la revolución alemana como consecuencia necesaria de la revolución rusa, pero un año después de que esta revolución estallara todo esta en calma en Alemania, hasta que al fin suene la hora. Es comprensible que en estos momentos reine en los pueblos de la *Entente* una cierta embriaguez de triunfo.

La alegría producida por el aplastamiento del militarismo alemán, por la liberación de Francia y Bélgica es tan grande que no debemos esperar, por el momento, un eco revolucionario por parte de la clase obrera de nuestros antiguos enemigos. Por otra parte, la censura existente todavía en los países de la Entente impondrá brutalmente silencio a quien llamara a unirse al proletariado revolucionario.

Igualmente es necesario no olvidar que la política de traición criminal de los social-patriotas ha tenido por resultado romper durante la guerra los lazos internacionales del proletariado.

De hecho, ¿qué revolución esperamos nosotros de los socialistas franceses, ingleses, italianos y americanos?. ¿Qué objetivo y qué carácter debe tener esta revolución?.

La del 9 de noviembre se impuso como tarea, en su primer estadio, el establecimiento de una república democrática y tenía un programa burgués.

Nosotros sabemos muy bien que esta revolución no ha ido más lejos: ha llegado al estadio actual de su desarrollo. Pero no es una revolución de

este género la que esperamos del proletariado de los países de la *Entente*, por la siguiente razón: Francia, Inglaterra, América e Italia gozan, desde largo tiempo, desde decenios e incluso siglos, de estas libertades democráticas por las que nos hemos batido nosotros el 9 de noviembre.

Estos países tienen una Constitución republicana, precisamente la que la Asamblea Nacional tan ensalzada debe, en primer termino, concedernos, pues la realeza en Inglaterra e Italia no es mas que un decorado sin importancia, una simple fachada. Así, nosotros no podemos pedir al proletariado de otros países que desencadenen la revolución social en tanto que nosotros no la hayamos desencadenado. Corresponde a nosotros dar el primer paso. Cuanto más rápida y más enérgicamente dé el proletariado alemán el buen ejemplo, más rápida y más enérgicamente nos seguirá el proletariado de los países de la *Entente*.

Pero para que este gran proyecto del socialismo se realice, es indispensable que el proletariado conserve el poder político. Ahora no puede haber duda: lo uno o lo otro. O el capitalismo burgués se mantiene y continúa haciendo la infelicidad de la humanidad con su explotación y su esclavitud asalariada y el peligro permanente de guerra que representa, o el proletariado toma conciencia de su tarea histórica y de sus intereses de clase y se decide a abolir definitivamente toda dominación de clase.

Los social-patriotas y la burguesía se esfuerzan en desviar al proletariado de su misión histórica, presentándole un cuadro horrible de los peligros de la revolución y describiéndole con los colores más sombríos la miseria, la ruina y las perturbaciones que acompañarían a la transformación de las condiciones sociales. ¡Pero esta negra pintura es trabajo perdido!

Las mismas condiciones, la incapacidad en que se encuentra el capitalismo de restablecer la vida económica que el mismo ha destruido, es lo que impulsa ineluctablemente al pueblo hacia la vía de la revolución social. Si consideramos los grandes movimientos huelguísticos de los últimos días, veremos claramente que, incluso en plena revolución, el conflicto entre la patronal y los asalariados continúa vivo. La lucha de clase proletaria proseguirá tanto tiempo como la burguesía se mantenga sobre las ruinas de su antigua dominación, y esta lucha no se detendrá más que cuando la revolución social haya triunfado.

Esto es lo que quiere la *Liga Espartaco*. Ahora se ataca a los miembros de *Espartaco* por todos los medios imaginables. La prensa de la burguesía y de los social-patriotas, desde el *Vorwärts* hasta la *Krezeitung*, rebosan de

mentiras vergonzosas, de las mas escandalosas deformaciones y de las peores calumnias.

¿De qué se nos acusa? De proclamar el terror, de querer desencadenar una espantosa guerra civil, de prepararnos para la insurrección armada; en una palabra: de ser los perros sangrientos mas peligrosos y sin conciencia que haya en el mundo: mentiras fáciles de desenmascarar.

Cuando al comienzo del conflicto mundial yo agrupaba en torno mío a un pequeño grupo de revolucionarios valientes y decididos a luchar contra la guerra y la embriaguez guerrera, se nos atacó por todas partes, se nos acorraló y se nos mandó a prisión. Y cuando yo manifestaba abiertamente y en voz alta lo que entonces nadie se atrevía a decir y que muy pocos querían admitir, a saber: que Alemania y sus jefes políticos y militares eran responsables de la guerra, se me acusó de ser un vulgar traidor, un agente pagado por la *Entente*, un sin-patria que quería la ruina de Alemania.

Hubiera sido más cómodo para nosotros callar o hacer coro con el chauvinismo y el militarismo. Pero nosotros preferimos decir la verdad, sin preocupamos del peligro a que nos exponíamos. Ahora todos, e incluso los que entonces se desencadenaron contra nosotros, comprenden que teníamos razón. Ahora, después de la derrota y de los primeros días de la revolución, los ojos del pueblo se han abierto y el pueblo comprende que fue precipitado a la desgracia por sus príncipes, sus pangermanistas, sus imperialistas y sus social-patriotas. Y ahora que de nuevo elevamos la voz para mostrar al pueblo alemán la única vía que puede llevarlo a la verdadera libertad y a una paz duradera, los mismos hombres que entonces nos difamaron, a nosotros y a la verdad, reemprenden la misma campaña de mentiras y de calumnias.

Pero estos podrán babear y aullar tanto como quieran y correr tras de nosotros como perros rabiosos: seguiremos imperturbablemente nuestro recto camino, el de la revolución y el socialismo, y nos diremos: "¡Muchos enemigos, mucho honor!"

Pues sabemos muy bien que los mismos traidores y criminales que en 1914 engañaron al proletariado alemán, prometiéndole la victoria y la conquista, pidiéndole que se mantuviera "hasta el fin" y pactando la vergonzosa unión sagrada entre el capital y el trabajo; los mismos que intentaron ahogar la lucha revolucionaria del proletariado y reprimido cada huelga como huelga salvaje con la ayuda de su aparato sindical y de las autoridades: estos son los que ahora, en 1918, hablan de nuevo de la tregua nacional y proclaman

la solidaridad de todos los partidos para la reconstrucción de nuestro Estado.

A esta nueva unión del proletariado y la burguesía, a esta traidora continuación de las mentiras de 1914 servirá la Asamblea Nacional. Esta será su verdadera tarea: con su ayuda se proponen ahogar por segunda vez la lucha de clase revolucionaria del proletariado. Pero nosotros sabemos que, en realidad, detrás de la Asamblea Nacional esta el viejo imperialismo alemán, el que a pesar de la derrota de Alemania no ha muerto. No, no ha muerto y, si pervive, el proletariado no recogerá los frutos de su revolución. Esto no debe ser. El hierro esta todavía caliente, y nos falta forjarlo. ¡Ahora o nunca!. O bien caemos en el viejo pantano del pasado, del que intentamos salvarnos con un impulso revolucionario, o bien proseguiremos la lucha hasta la victoria, hasta la liberación de toda la humanidad de la maldición de la esclavitud.

Para que podamos acabar victoriosamente esta gran obra -la tarea mas importante y mas noble que jamás se haya planteado la civilización humana-, el proletariado alemán debe instaurar su dictadura.

PROGRAMA de la SPARTAKUSBUND

MEDIDAS INMEDIATAS PARA ASEGURAR LA REVOLUCIÓN

Primera

Desarme de toda la policía, de todos los oficiales, de todos los soldados no proletarios. Desarme de todos los individuos pertenecientes a las clases dominantes.

Segunda

Incautación por los Consejos de obreros y soldados (C.O.S.) de todas las armas y municiones, así como de todas las fábricas de armas.

Tercera

Armamento de toda la población adulta proletaria masculina para formar una milicia obrera. Creación de una Guardia Roja de proletarios, como parte activa de la milicia, para proteger a la Revolución contra los atentados y maquinaciones contrarrevolucionarios.

Cuarta

Abolición del derecho de mando de los oficiales y suboficiales. Abolición de

la ciega obediencia militar, sustituyéndola por la espontánea disciplina de los soldados. Nombramiento de los superiores por los mismos soldados, con derecho a revocación. Abolición de los tribunales militares.

Quinta

Alejamiento de los oficiales y suboficiales de todos los Consejos de soldados.

Sexta

Sustitución por hombres de confianza de la C.O.S. de los funcionarios políticos y autoridades del antiguo régimen.

Séptima

Institución de un Tribunal revolucionario encargado de juzgar a los principales responsables de la guerra, a los dos Hohenzollerns, Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz y a sus cómplices, y a todos los conspiradores de la contrarrevolución.

Octava

Confiscación inmediata de todos los géneros alimenticios para asegurar la alimentación del pueblo.

MEDIDAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Primera

Abolición de todos los Estados y creación de una República socialista alemana unida.

Segunda

Abolición de todos los Parlamentos y Concejos comunales, y asunción de sus funciones por parte de los Consejos de obreros y soldados, de sus órganos y Comités.

Tercera

Elección de Consejos de obreros en toda Alemania por todos los obreros adultos, de ambos sexos, en las ciudades como en el campo. Elección de Consejos de soldados por los soldados, excluyéndose a los oficiales. Derecho de los obreros y soldados, a revocar en cualquier momento a sus representantes.

Cuarta

Elecciones de delegados de los C.O.S. en toda Alemania para el Consejo central de los mismos, el cual deberá elegir el Comité ejecutivo, que será el órgano supremo del poder ejecutivo y legislativo.

Quinta

Convocatoria del Consejo central, -por lo menos cada tres meses- procediendo cada vez a nueva elección de delegados-, para ejercer la inspección sobre la actividad del Comité ejecutivo y para establecer una viva vigilancia entre la masa de los C.O.S. y su supremo órgano gubernativo. Derecho de los C.O.S. locales a revocar, en todo momento, a sus representantes en el Consejo central, siempre que éstos no actúen conforme a los deseos de sus mandatarios. Derecho del Comité ejecutivo a nombrar y deponer a los comisarios del pueblo, así como a las autoridades y a los empleados.

Sexta

Abolición de todas las diversas clases, títulos y órdenes caballerescas. Completa igualdad jurídica y social de ambos sexos.

Séptima

Legislación social radical: acortamiento de la jornada de trabajo para evitar la desocupación, teniendo en cuenta el debilitamiento físico de los obreros a causa de la guerra. Duración máxima del trabajo, seis horas.

Octava

Inmediata y radical transformación de la legislación sobre alimentación, habitaciones, higiene, instrucción, en el sentido y según el espíritu de la revolución proletaria.

POSTULADOS ECONÓMICOS INMEDIATOS

Primero

Confiscación de todos los patrimonios y rentas dinásticas en beneficio de la colectividad.

Segundo

Anulación de las deudas del Estado y demás deudas públicas, así como de todos los empréstitos de guerra, a partir de las suscripciones de una cuantía determinada, que deberá fijarse por el Consejo central de los C.O.S.

Tercero

Expropiación del terreno de todas las grandes y medianas haciendas agrícolas, bajo una dirección central, en toda Alemania. Las pequeñas propiedades agrícolas quedarán en posesión de sus dueños hasta su espontánea adhesión a las Cooperativas socialistas.

Cuarto

Expropiación por la República de todos los Bancos, minas, ferrocarriles y todas las grandes empresas industriales y comerciales.

Quinto

Confiscación de todos los patrimonios, a partir de una cuantía que será fijada por el Consejo central de los C.O.S.

Sexto

Asunción de todos los medios públicos de transporte por parte de la República de los Consejos.

Séptimo

Elección de Consejos en todas las fábricas, los cuales, de acuerdo con los Consejos de obreros, regularán los asuntos internos de dichos establecimientos, las condiciones de trabajo, vigilando la producción para asumir, finalmente, la dirección de ésta.

OCTAVO

Nombramiento de una Comisión central de huelgas, la cual, con una continua cooperación de los consejeros de las fábricas, asegurará a los movimientos huelguísticos que se inicien una única dirección en toda Alemania, una orientación socialista y el más eficaz auxilio por parte del poder políticos de los C.O.S.

FINES INTERNACIONALES

Inmediata reanudación de relaciones con los Partidos socialistas de los demás países para establecer la Revolución socialista sobre bases internacionales y constituir y asegurar la paz por medio de la fraternización internacional y del levantamiento revolucionario."

DISCURSO ANTE EL CONGRESO DE FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

El último discurso de Rosa Luxemburgo fue traducido al inglés por Cedar y Edén Paul. Esta versión fue publicada en 1943 en *The New International* (La nueva Internacional)

CONTEXTO HISTÓRICO

Los últimos dos meses de vida de Rosa Luxemburgo fueron de esfuerzo físico y mental casi ininterrumpido. Siendo una de las principales dirigentes de la ola revolucionaria que barría Alemania, tuvo poco tiempo para descansar y recuperarse de los duros años de prisión. El periodo que va del 9 de noviembre de 1918 a mediados de enero de 1919 fue de continuo fermento revolucionario, con muchas alzas y reflujos. En movilización tras movilización, cientos de miles de obreros ganaron la calle para protestar por cada medida del gobierno contra sus organizaciones o partidarios. Día tras día se celebraban mítines masivos con miles de asistentes, a medida que las masas y los soldados que regresaban de la guerra se volvían al gobierno para exigir satisfacción. Era una situación muy parecida a la de Rusia en los primeros meses de 1917, luego de la Revolución de Febrero.

El 9 de noviembre, día en que cayó la monarquía, se planteó inmediatamente el problema: "¿Quién gobernará a Alemania?" El PSD y el PSDU iniciaron inmediatamente las negociaciones para formar un gobierno. El PSDU, en retribución por la generosa oferta de una representación paritaria, retiró sus consignas más radicales, y se instauró un Consejo de Comisarios del Pueblo de seis miembros, tres por el PSD y otros tantos por el PSDU. Inmediatamente llamaron a la elección de una asamblea nacional, a celebrarse lo antes posible.

La *liga Espartaco*, que funcionaba como fracción organizada dentro del PSDU, denunció el *Consejo de Comisarios del Pueblo*, negándose a integrarlo. Llamó, en cambio, a pasar todo el poder a los *Consejos de Obreros y Soldados*. Sin embargo, el *Consejo de Obreros y Soldados de Berlín* se reunió el 10 de noviembre y reconoció el poder ejecutivo nacional provisional de los *seis comisarios del pueblo*, sin definir su propio papel y autoridad.

La generalidad de los *Consejos de Obreros y Soldados* formados en noviembre estaban dominados por el PSD o por soldados y civiles sin filiación política, con ciertas tendencias conservadoras. El PSDU controlaba varios consejos y tenía una minoría importante en casi todos. *Espartaco* sólo controló unos pocos y por poco tiempo, en Brunswick y Stuttgart.

La debilidad organizativa de *Espartaco* se puso de manifiesto en la Conferencia del Reich de Consejos de Obreros y Soldados, celebrada a mediados de diciembre en Berlín. Allí ni siquiera hubo un bloque espartaquista organizado, aunque la organización decía tener diez delegados. El PSD tenía 288 delegados y el PSDU ochenta.

Durante noviembre y diciembre *Espartaco* llamó reiteradas veces a nuevas elecciones en los Consejos de Obreros y Soldados, en un intento de romper el control de las fuerzas conservadoras que pesaban sobre ellos y hacerlos más representativos de la creciente radicalización de las masas. Pero en la mayoría de los casos dichos llamados fueron firmemente rechazados, sobre todo en la crucial ciudad de Berlín, y los *Consejos* entregaron cada vez más su poder y autoridad moral a los dirigentes del PSD, uniéndose en definitiva a ellos para aplastar la revolución.

Hasta principios de enero los dirigentes espartaquistas creyeron que la ola revolucionaria seguiría en aumento, aunque no contaban con una victoria fácil ni rápida. Pero la relación de fuerzas siguió empeorando para los revolucionarios. Ebert, Scheidemann, Noske y demás dirigentes del PSD estaban decididos a imponer "la ley y el orden" en Alemania, sabiendo perfectamente que eso significaba aplastar a la *Liga Espartaco*. Estaban dispuestos a recurrir a las fuerzas militares y paramilitares más reaccionarias con tal de suprimir las manifestaciones callejeras, perseguir a los dirigentes, a cuyas cabezas les habían puesto extraoficialmente un precio, tomar los bastiones de la izquierda y liquidar cualquier respaldo que ésta pudiera tener en sectores de las tropas o la policía.

Luego de una serie de ataques contra las fuerzas de izquierda -enfrentamientos que no resolvieron nada- los miembros del PSDU en el Consejo de Comisarios del Pueblo renunciaron, dejando todo en manos del PSD. A principios de enero el gobierno provisional resolvió tratar de provocar un enfrentamiento militar para destrozarse las fuerzas revolucionarias. Su primera medida fue destituir al jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, miembro del PSDU, para reemplazarlo con alguien de su confianza. Eichhorn, no obstante, se negó a abandonar el puesto, declarando que él rendía cuentas únicamente al Consejo de Obreros y Soldados de Berlín (que confirmó su destitución un par de días después).

Una movilización llamada para el 5 de enero en protesta por la destitución de Eichhorn resultó mucho más grande de lo que se había esperado, y se llamó a nuevas movilizaciones para el día 6. Algunas fuerzas de izquierda consideraron que estaba planteado el problema de la toma del poder. Una débil coalición integrada por Espartaco (recientemente constituido como Partido Comunista Alemán-PCA), el PSDU y los Delegados 199 Gustav Noske (1868-1946): socialdemócrata de derecha. Como ministro de asuntos militares fue responsable de la muerte de Luxemburgo y Liebknecht.

Revolucionarios formaron un Ejecutivo Revolucionario, llamando a las masas a proseguir la lucha, derribar a Scheidemann y Ebert, a la toma del poder por el Consejo y otras medidas.

No queda claro si los representantes del PCA ante el Ejecutivo revolucionario -Liebknecht y Pieck- contaban o no con el consentimiento del partido. El biógrafo de Rosa, Paul Frölich, sostiene que no contaban con el apoyo de la dirección partidaria y que particularmente Rosa Luxemburgo censuró a Liebknecht por haber comprometido al partido en la aventura peligrosa de una insurrección condenada a la derrota. En todo caso, pronto resultó evidente que no existían posibilidades de tomar el poder sobre bases tan inseguras, y finalmente el intento no se llevó a cabo. El 10 de enero, con la invasión de la ciudad por las tropas y una creciente ofensiva de las fuerzas paramilitares contrarrevolucionarias, el PCA se retiró formalmente del Ejecutivo Revolucionario, que, en los hechos, ya se había desintegrado. (Miembros del PSDU y de los Delegados Revolucionarios estaban tratando de negociar una tregua con el PSD.)

Al mismo tiempo, sin embargo, había miles de obreros armados en la calle, y *Espartaco* consideró que debía permanecer junto a las masas para dirigir las en la acción y no perder contacto con ellas.

El 13 de enero, las tropas, cumpliendo órdenes del PSD, atacaron el edificio del *Vorwärts* que había sido ocupado por las fuerzas revolucionarias, y asesinaron a la delegación enviada a negociar la rendición. Espías, provocadores y bandas armadas recorrían la ciudad buscando a los dirigentes espartaquistas, contra los cuales se venía montando desde hacía semanas una campaña histórica para lincharlos. Pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht se negaron terminantemente a abandonar la ciudad.

El 15 de enero una unidad militar invadió el escondite mal oculto de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Los llevaron a los cuarteles provisorios de

una de las unidades paramilitares que funcionaban libremente con pleno conocimiento, y posiblemente con el respaldo del PSD.

Liebnecht fue llevado afuera y asesinado “mientras trataba de escapar”. Rosa Luxemburgo murió de un tiro en la cabeza, y su cuerpo fue arrojado a un canal del cual se lo recuperó recién a principios de mayo.

Cuando comenzó la revolución, a principios de noviembre, los dirigentes de *Espartaco* resolvieron permanecer dentro del PSDU el mayor tiempo posible, para intentar ganar a su base. Rosa Luxemburgo temía perder el contacto con las masas, y tenía la certeza de que ese sería el resultado del intento prematuro de fundar un partido aparte del PSDU. Durante los meses de noviembre y diciembre los dirigentes espartaquistas utilizaron todas sus energías para tratar de proveer de una dirección política al movimiento de masas que se agitaba a su alrededor, poniendo la construcción de una organización sólida y disciplinada en un segundo plano en la lista de prioridades. La Liga Espartaco era, en realidad, un grupo de pocos miles de miembros distribuidos por toda Alemania en una federación escasamente centralizada. Si bien los dirigentes espartaquistas de Berlín proclamaron con toda claridad que nada tenían que ver con la dirección vacilante y centrista del PSDU, las líneas demarcatorias entre éste y la Liga tendían a borrarse cada vez más a medida que uno se alejaba de los cuadros dirigentes para adentrarse en las ciudades de provincia y en las propias bases en Berlín.

Recién después de que la dirección del PSDU se negó terminantemente a convocar a un congreso nacional —temeroso de darles a los dirigentes de Espartaco la posibilidad de ganar un número mayor de partidarios y clarificar las profundas diferencias existentes— recién entonces *Espartaco* resolvió romper con el PSDU y fundar el Partido Comunista Alemán.

El congreso de fundación del PCA se celebró entre el 30 y el 31 de diciembre de 1918 y el 1º de enero de 1919, y fue en ese congreso que Rosa Luxemburgo pronunció el que iba a ser su último discurso. En nombre del comité ejecutivo presentó el proyecto de programa que el congreso aprobó. Paul Frölich, integrante también de la dirección de la *Liga Espartaco*, describe su discurso:

“La tensión que se produjo en el congreso entre la sobria sabiduría de los dirigentes y la impaciencia revolucionaria de los elementos más jóvenes, cedió inmediatamente [cuando] Rosa Luxemburgo dirigió la palabra al congreso para exponer el programa del partido. Los delegados habían observado con preocupación el esfuerzo

tremendo que le costaba a su cuerpo exhausto sobreponerse a las consecuencias del prolongado encarcelamiento, la incesante excitación, la tensión nerviosa y las enfermedades, pero apenas comenzó a hablar, la inspiración obró maravillas y Rosa volvió a ser la de antes. Desapareció toda su debilidad física, volvió su energía y, por última vez, su temperamento apasionado y su brillante oratoria dejaron atónito al auditorio: lo convenció, atrapó, conmovió e inspiró. Fue, para todos los presentes, una experiencia inolvidable.”

La tensión del congreso que menciona Frölich, y a la que Rosa hace alusión varias veces en el curso de su exposición, se creó en torno a la táctica que debía emplear el PCA ante las elecciones a la asamblea nacional. En su reunión de mediados de diciembre, el *Congreso del Reich de Consejos Obreros y Campesinos* había aprobado el llamado a elecciones del gobierno de Ebert. El comité ejecutivo de Espartaco propuso que el recientemente formado PCA aprovechara la posibilidad de llegar a millones de personas con la propaganda revolucionaria, participando en las elecciones. Pero la mayoría de los delegados, adoptando una clásica actitud ultraizquierdista, no quería tener nada que ver con las elecciones y el congreso rechazó la resolución del comité ejecutivo por 62 votos contra 23. En una carta a Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo caracteriza a esta votación como fruto de un “radicalismo un tanto infantil, inmaduro y estrecho” de parte de los delegados jóvenes e impacientes, actitud que creía iba a desaparecer rápidamente.

También discute extensamente el prefacio de Engels a la edición alemana de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Su conocimiento de las intransigentes posiciones revolucionarias de Engels la hacía sospechar de la interpretación que predominaba en el PSD de ese prólogo, o al menos rechazarla.

El prefacio había sido escrito por Engels a pedido de los dirigentes del PSD, quienes temían la promulgación de una nueva ley antisocialista. Pero había un hecho que Rosa, y prácticamente todo el resto del partido, ignoraba: ese prefacio, escrito especialmente para ellos, no había sido del agrado de los dirigentes del PSD, que lo habían distorsionado groseramente. Suprimieron las partes del prefacio donde Engels expone su posición respecto de las formas de lucha ilegales, extraparlamentarias. En carta a Kautsky, fechada el 1º de abril de 1895, Engels protestó por esta distorsión de su pensamiento:

“Vi con asombro un extracto de mi introducción en *Vorwärts*, publicado sin mi aprobación y construido de manera tal que se me presenta como pacífico adorador de la legalidad a cualquier precio. Quisiera tener la satisfacción de ver publicado el escrito completo en *Neue Zeit*, para liquidar esta impresión indigna.”

Pero el prefacio inédito no apareció en alemán hasta 1924.

Es un ejemplo notable de la profunda comprensión del marxismo revolucionario de Rosa Luxemburgo el hecho de que sospechara de ese pasaje y lo considerara incongruente con todo lo que habían defendido Marx y Engels. La historia no tardó en darle la razón.

También rechazó la división tradicional entre programa “mínimo” y “máximo”, entre las consignas para la acción inmediata y los objetivos postergados para el futuro, considerados irrelevantes en cuanto a la militancia práctica cotidiana. Para ella esa división era uno de los baluartes del oportunismo del viejo PSD. La formulación de un programa único, que señalara el camino desde el presente hasta el futuro socialista, fue un paso decisivo para darle al PCA una perspectiva verdaderamente revolucionaria y un arma para luchar por las demandas que se pueden realizar bajo el capitalismo y también por las que inevitablemente llevarán a las masas, paso a paso, a la revolución socialista y su concreción triunfante.

También aparece el viejo tema del folleto sobre la huelga de masas y todos sus demás escritos sobre la Revolución de 1905-1906. Predice una ola huelguística inminente, que pasará de objetivos económicos a políticos y provocará en última instancia una transformación económica y política total. Aquí, al igual que en 1905, tiende a sobreestimar el valor de la huelga como el arma fundamental.

El asesinato de Luxemburgo y Liebknecht marcó el fin de la primera etapa de la revolución alemana, aunque ellos, de haber continuado con vida, no podrían haber alterado el curso inmediato de los acontecimientos. Su muerte fue un golpe tremendo para el joven partido, que quedó así privado de sus dirigentes más experimentados. Muchos más iban a caer en los meses subsiguientes, a medida que la contrarrevolución recorría Alemania.

El asesinato de Luxemburgo y Liebknecht fue también un golpe muy duro para la Revolución Rusa, acorralada por la guerra civil y las fuerzas invasoras y luchando por resistir hasta que la revolución alemana triunfante acudiese en su ayuda. Hablando ante el soviet de Petrogrado el 18 de enero de 1919, cuando llegó la confirmación de la noticia del asesinato y

de la derrota de la revolución, Trotsky les rindió el más alto homenaje revolucionario

“Para nosotros, Liebknecht no fue simplemente un dirigente alemán. Para nosotros, Luxemburgo no fue simplemente una socialista polaca que dirigió a los obreros alemanes. No, ambos son hermanos del proletariado mundial, y nos une a ellos un vínculo espiritual indisoluble. ¡Hasta su último aliento pertenecieron a la Internacional!”

TRASCIPCIÓN DEL DISCURSO

¡Camaradas! Hoy tenemos la tarea de discutir y aprobar un programa. Al emprender esta tarea no nos motiva únicamente el hecho de que ayer fundamos un partido nuevo, y que un partido nuevo debe formular un programa. Grandes movimientos históricos fueron las causas determinantes de las deliberaciones de hoy. Ha llegado el momento de fundar todo el programa socialista del proletariado sobre nuevas bases.

Nos encontramos ante una situación similar a la de Marx y Engels cuando escribieron su *Manifiesto Comunista*, hace setenta años. Como todos saben, el *Manifiesto Comunista* trata del socialismo, de la realización de los objetivos socialistas, como tarea inmediata de la revolución proletaria. Esta fue la idea presentada por Marx y Engels en la revolución de 1848; así, también, concibieron la base para la acción proletaria en el campo internacional. Junto con todos los dirigentes del movimiento obrero, tanto Marx como Engels creían que estaba planteada la realización inmediata del socialismo. Bastaba provocar una revolución política, tomar el poder político del Estado y el socialismo pasaría inmediatamente del reino del pensamiento al reino de carne y hueso.

Posteriormente, como sabéis, Marx y Engels revisaron totalmente esta perspectiva. En el prefacio conjunto a la reedición del *Manifiesto Comunista* del año 1872, encontramos el siguiente pasaje:

“[...] no se concede importancia exclusiva a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas,

primero de la revolución de febrero y después, en mayor grado aun, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al Poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines'."

¿Cuál es el pasaje que habría que redactar de manera distinta, por hallarse perimido?

El que dice así:

"El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

"Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

"Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

"Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

"1 — Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

"2 — Fuerte impuesto progresivo.

"3 — Abolición del derecho de herencia.

"4 — Confiscación de toda la propiedad de los emigrados y sediciosos.

"5 — Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.

"6 — Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

"7 — Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción; roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

"8 — Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

"9 — Combinación de agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo.

"10 — Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etcétera, etcétera."

Con pocas variantes estas son, como sabéis, las tareas que se nos plantean hoy. Llevando adelante estas medidas tendremos que construir el socialismo. Entre el día en que se formuló el programa citado y la hora actual median setenta años de desarrollo capitalista y la evolución del proceso histórico nos ha devuelto a la posición que Marx y Engels desecharon por errónea en 1872. En ese momento existían muy buenas razones para creer que la posición anterior era errónea. La evolución posterior del capital, empero, ha convertido el error de 1872 en la realidad de hoy, de modo que nuestro objetivo inmediato es cumplir la tarea que Marx y Engels pensaron que tendrían que cumplir en 1848. Pero entre ese momento del proceso, ese comienzo de 1848, y nuestras posiciones y tareas inmediatas, media toda la evolución no sólo del capitalismo, sino también del movimiento obrero socialista. Han intervenido, sobre todo, los procesos ya mencionados de Alemania, el país más importante del proletariado moderno.

Esta evolución de la clase obrera asumió formas peculiares. Cuando, después de las desilusiones de 1848, Marx y Engels desecharon la idea de que el proletariado podía realizar en forma inmediata el socialismo, surgieron en todos los países partidos socialistas inspirados en objetivos muy distintos. Se proclamó que el objetivo inmediato de dichos partidos era el trabajo local, la mezquina lucha cotidiana en los campos político e industrial.

Así, de a poco, se irían creando ejércitos proletarios, los que estarían prontos a construir el socialismo apenas madurara el proceso capitalista. El programa socialista quedó, por lo tanto, apoyado sobre cimientos

totalmente distintos, y en Alemania el cambio asumió una forma típica y peculiar. Hasta el colapso del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana defendía el programa de Erfurt, en virtud del cual las llamadas consignas mínimas pasaban a primer plano, mientras que el socialismo pasaba a ser un lucero distante.

Sin embargo, mucho más importante que la letra de un programa es la forma en que se lo interpreta en la práctica. En este sentido debe otorgarse gran importancia a uno de los documentos históricos del movimiento obrero alemán: el prefacio escrito por Federico Engels a la edición de 1895 de *El Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx. No es sólo en base a consideraciones históricas que vuelvo a plantear la cuestión. Se trata de un problema de suma actualidad. Es nuestro deber perentorio volver a colocar nuestro programa sobre las bases sentadas por Marx y por Engels en 1848. En vista de los cambios ocurridos desde entonces en el proceso histórico, nos corresponde emprender una cautelosa revisión de las posiciones que llevaron a la socialdemocracia alemana al desastre del 4 de agosto

Dicha revisión es la tarea que nos ocupa hoy oficialmente.

¿Cómo encaraba Engels el problema en su célebre prefacio a *Las luchas de clases en Francia*, escrito en 1895, doce años después de la muerte de Marx? En primer lugar, recordando el año 1848, demostró que la creencia en la inminencia de la revolución socialista ya había quedado perimida.

Dijo:

“La historia nos ha dado un *mentís*, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por primera vez, verdadera carta de ciudadanía a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente Rusia, y haciendo de Alemania un país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de expansión.”

Después de resumir los cambios que sobrevinieron en el período intermedio, Engels analiza las tareas inmediatas del Partido Socialdemócrata. “Como Marx predijo, la guerra de 1870 a 1871 y la

derrota de la Comuna desplazaron por el momento de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, éste necesitaba años para reponerse de la sangría de 1871.

En cambio en Alemania, donde la industria —impulsada como una planta de invernadero por el maná de los cinco mil millones pagados por Francia— se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más a prisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido se ofrece en forma indiscutible, a los ojos del mundo entero.”

Luego viene la famosa enumeración que muestra el crecimiento de los votos del partido en elección tras elección, hasta llegar a cifras millonarias.

Del análisis de este proceso Engels saca la siguiente conclusión:

“Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entró en acción un método de lucha proletario totalmente nuevo, que se siguió desarrollando con rapidez. Al comprobarse que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra las mismas instituciones, se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales industriales, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.”

Engels añade una crítica minuciosa a la ilusión de que bajo las condiciones que crea el capitalismo moderno el proletariado puede aportar algo a la revolución en la lucha callejera.

Sin embargo, me parece que, visto que hoy nos encontramos en medio de una revolución caracterizada por la lucha callejera, y todo lo que ésta significa, es hora de librarnos de las posiciones que han guiado la política oficial de la socialdemocracia alemana hasta nuestros días, de las posiciones responsables de lo que ocurrió el 4 de agosto de 1914.

[¡Muy bien, muy bien!]

Con ello no quiero decir que, en virtud de estas palabras, Engels debe compartir la responsabilidad por todo el curso de la evolución socialista de Alemania. Simplemente llamo vuestra atención hacia una de las citas clásicas que apuntala la posición prevaleciente en la socialdemocracia alemana, posición que resultó fatal para el movimiento. Como experto en ciencia militar, Engels demuestra en este prefacio que es una ilusión pura creer que los obreros podían, dado el estado de la técnica militar y la industria en ese momento, y en vista de las características de las grandes ciudades, realizar con éxito la revolución mediante el combate en las calles.

Dos conclusiones importantes surgirán de ese razonamiento. En primer lugar, se contrapuso la lucha parlamentaria a la acción revolucionaria directa del proletariado, y se señaló que aquella es la única forma práctica de llevar adelante la lucha de clases. La consecuencia lógica de la crítica fue el parlamentarismo, y nada más que el parlamentarismo.

En segundo lugar, a la máquina militar, a la organización más poderosa del estado clasista, a todo el cuerpo de proletarios en uniforme, se lo declaró, apriorísticamente, inaccesible a la influencia socialista. Cuando en su prefacio Engels declara que, debido al actual desarrollo de gigantescos ejércitos, es una locura pensar que los proletarios puedan hacer frente a soldados armados de ametralladoras y equipados según el último grito de la técnica, esto se basa obviamente en la premisa de que cualquiera que se haga soldado se vuelve, de golpe y para siempre, partidario de la clase dominante.

Sería absolutamente incomprensible, a la luz de la experiencia contemporánea, que un dirigente de la talla de Engels cometiera semejante error, si no conociéramos las circunstancias históricas en que se escribió este documento histórico. En reivindicación de nuestros dos grandes maestros, y sobre todo de Engels, que murió doce años después de Marx y fue siempre un fiel exegeta de las teorías y de la reputación de su gran colaborador, debo recordaros que Engels escribió este prefacio bajo una fuerte presión del bloque parlamentario. En esa época en Alemania, en los primeros años de la década del noventa, luego de la derogación de las leyes antisocialistas, surgió una fuerte corriente hacia la izquierda, el movimiento de los que querían evitar que el partido quedara totalmente absorbido por la lucha parlamentaria. Bebel y sus secuaces querían argumentos convincentes, respaldados por la gran autoridad de Engels; querían una declaración que les permitiera mantener a los elementos revolucionarios bajo su férreo control.

Era típico de la situación del partido en esa época que los parlamentarios socialistas tuvieran la última palabra, tanto en la teoría como en la práctica. Aseguraron a Engels, que vivía en el extranjero y naturalmente aceptó de buena fe, que era absolutamente indispensable salvaguardar al movimiento obrero alemán de caer en el anarquismo: y así lo obligaron a escribir en el tono que ellos querían. De ahí en más la táctica expuesta por Engels en 1895 guió a los socialdemócratas alemanes en todo lo que hicieron y dejaron de hacer hasta el inevitable final acaecido el 4 de agosto de 1914.

El prefacio fue la proclamación formal de la táctica nada-más-que-parlamentarismo. Engels murió ese mismo año y no tuvo, por lo tanto, oportunidad de analizar las consecuencias prácticas de su teoría. Quienes conocen las obras de Marx y Engels, quienes están familiarizados con el espíritu verdaderamente revolucionario que anima todas sus enseñanzas y escritos, tendrán la certeza de que Engels hubiera sido uno de los primeros en protestar contra la corrupción del parlamentarismo y contra el derroche de energías del movimiento obrero, característico de Alemania en las décadas que precedieron a la guerra.

El cuatro de agosto no surgió de la nada, como un trueno en un cielo azul; lo que sucedió ese día no fue un giro casual de los acontecimientos, sino la consecuencia lógica de lo que los socialistas alemanes venían haciendo día tras día, durante muchos años. [*Muy bien, muy bien!*] Estoy convencida de que si Engels y Marx vivieran hoy protestarían con todo vigor, y utilizarían todas las fuerzas a su alcance para impedir que el partido se arroje al abismo. Pero después de la muerte de Engels en 1895, la dirección del partido en materia de teoría pasó a manos de Kautsky.

Resultado de este cambio fue que en los sucesivos congresos anuales del partido las protestas enérgicas del ala izquierda contra la política del parlamentarismo puro, sus advertencias perentorias acerca de la esterilidad e inutilidad de semejante política, fueron tachadas de anarquismo, socialismo anarquizante o, al menos, antimarxismo. Lo que oficialmente se llamaba marxismo se convirtió en una capa para encubrir todo tipo de oportunismo, para rehuir consecuentemente la lucha de clases revolucionaria, para todo tipo de medidas a medias. Así, la socialdemocracia y el movimiento obrero alemanes, así como también el movimiento sindical, fueron condenados a languidecer en el marco de la sociedad capitalista. Ya ningún socialista ni sindicalista alemán hacía el menor intento serio de derrocar las instituciones capitalistas ni de descomponer la maquinaria capitalista.

Pero ahora llegamos a un punto, camaradas, en que podemos decir que nos hemos reencontrado con Marx, que marchamos nuevamente bajo su bandera. Si declaramos hoy que la tarea inmediata del proletariado es convertir el socialismo en una realidad viva y destruir el capitalismo hasta su raíz, al hablar así nos colocamos en el mismo terreno que ocuparon Marx y Engels en 1848; asumimos una posición cuyos principios ellos jamás abandonaron. Por fin queda claro qué es el verdadero marxismo, y qué ha sido el marxismo sustituto. [Aplausos].

Hablo de ese marxismo sustituto que durante tanto tiempo ha sido el marxismo oficial de la socialdemocracia. Ya veis a qué conduce esta clase de marxismo, el marxismo de los secuaces de Ebert, David y demás. Estos son los representantes oficiales de lo que durante años se ha proclamado como marxismo immaculado. Pero en realidad el marxismo no podía señalar esta dirección, no podía haber llevado a los marxistas a dedicarse a actividades contrarrevolucionarias codo a codo con tipos como Scheidemann.

El verdadero marxismo también vuelve sus armas contra quienes pretenden falsificarlo. Cavando como un topo bajo los cimientos de la sociedad burguesa, ha trabajado tan bien que hoy más de la mitad del proletariado alemán marcha bajo nuestro estandarte, el pendón enhiesto de la revolución. Inclusive en el bando contrario, inclusive allí donde parece imperar la contrarrevolución, tenemos partidarios y futuros camaradas de armas.

Permítaseme repetir, entonces, que la evolución del proceso histórico nos ha conducido de vuelta a la ubicación de Marx y Engels de 1848, cuando enarbolaron por primera vez la bandera del socialismo internacional.

Estamos donde estuvieron ellos, pero con la ventaja adicional de setenta años de desarrollo capitalista a nuestras espaldas. Hace setenta años, para quienes revisaron los errores e ilusiones de 1848, parecía que al proletariado le aguardaba un camino interminable por recorrer antes de tener la esperanza, siquiera, de realizar el socialismo. Casi no es necesario que diga que a ningún pensador serio se le ha ocurrido jamás ponerle fecha a la caída del capitalismo; pero después de las derrotas de 1848 esa caída parecía estar en un futuro distante. Esa creencia se desprende también de cada frase del prefacio que Engels escribió en 1895. Estamos ahora en condiciones de hacer el balance y podemos ver que el lapso ha sido breve si lo comparamos con el curso de la lucha de clases a través de la historia. El desarrollo capitalista en gran escala ha llegado tan lejos en setenta años, que hoy nos podemos proponer seriamente liquidar al

capitalismo de una vez por todas. No sólo estamos en condiciones de cumplir esta tarea, no sólo es un deber para con el proletariado, sino que nuestra solución le ofrece a la humanidad la única vía para escapar a la destrucción.

[Fuertes aplausos.]

Después de la guerra, ¿qué ha quedado de la burguesía sino un gigantesco montón de basura? Formalmente, desde luego, todos los medios de producción y la mayor parte de los instrumentos de poder, prácticamente todos los instrumentos decisivos de poder, están aún en manos de las clases dominantes. No nos hacemos ilusiones. Pero lo que nuestros gobernantes podrán obtener con el ejercicio de sus poderes, más allá de sus esfuerzos frenéticos por reimplantar su sistema de explotación mediante la sangre y la masacre, no será más que el caos. Las cosas han llegado a un punto tal que a la humanidad se le plantean hoy dos alternativas: perecer en el caos o encontrar su salvación en el socialismo.

El resultado de la gran guerra es que a las clases capitalistas les es imposible salir de sus dificultades mientras sigan en el poder. Comprendemos ahora la verdad que encerraba la frase que formularon por primera vez Marx y Engels como base científica del socialismo, en la gran carta de nuestro movimiento, el Manifiesto Comunista. El socialismo, dijeron, se volverá una necesidad histórica. El socialismo es inevitable, no sólo porque los proletarios ya no están dispuestos a vivir bajo las condiciones que les impone la clase capitalista, sino también porque si el proletariado no cumple con sus deberes de clase, si no construye el socialismo, nos hundiremos todos juntos.

[Aplausos prolongados]

Aquí tenéis las bases generales del programa que adoptamos hoy oficialmente, cuyo proyecto habéis leído todos en el folleto ¿Was will der Spartakusbund? (¿Qué quiere la Liga Espartaco?). Nuestro programa se opone deliberadamente al principio rector del programa de Erfurt; se opone tajantemente a la separación de las consignas inmediatas, llamadas mínimas, formuladas para la lucha política y económica, del objetivo socialista formulado como programa máximo. En oposición deliberada al programa de Erfurt liquidamos los resultados de un proceso de setenta años, liquidamos, sobre todo, los resultados primarios de la guerra, declarando que no conocemos los programas máximos y mínimos; sólo conocemos una cosa, el socialismo; esto es lo mínimo que vamos a conseguir.

[*iBien, bien!*]

No propongo entrar en los detalles del programa. Llevaría demasiado tiempo, y vosotros podréis formaros vuestras propias opiniones respecto a los detalles. La tarea que me incumbe es simplemente exponer los aspectos más generales que distinguen a nuestro programa de lo que ha sido hasta hoy el programa oficial de la socialdemocracia alemana.

Considero, no obstante, de primordial importancia que nos pongamos de acuerdo en nuestra apreciación de las circunstancias concretas del momento, de las tácticas que debemos adoptar, de las medidas prácticas a tomar, a la luz del desarrollo del proceso revolucionario hasta el momento y también del probable curso futuro de los acontecimientos. Hemos de juzgar la situación política desde la perspectiva que acabo de caracterizar, desde la perspectiva de quienes apuntan a la realización inmediata del socialismo, de quienes están decididos a subordinar todo lo demás a ese fin.

Nuestro congreso, el congreso de lo que puedo llamar con orgullo el único partido socialista revolucionario del proletariado alemán, casualmente coincide con una crisis en el proceso de la revolución alemana. Digo "casualmente coincide"; pero, en verdad, la coincidencia no es casual.

Después de los sucesos de los últimos días podemos afirmar que el telón ha descendido sobre el primer acto de la revolución alemana. Está comenzando el segundo acto, y tenemos el deber común de hacer un autoexamen y una autocrítica. Nos moveremos más sabiamente en el futuro, y ganaremos un ímpetu adicional para seguir avanzando, si analizamos cuidadosamente todo lo que hicimos y dejamos de hacer.

Analicemos, pues, cuidadosamente, los acontecimientos del primer acto de la revolución.

La movilización comenzó el 9 de noviembre. La característica de la revolución del 9 de noviembre fue su insuficiencia y debilidad. Esto no debe sorprendernos. La revolución vino después de cuatro años de guerra, cuatro años durante los cuales, bajo la tutela de la socialdemocracia y los sindicatos, el proletariado alemán se comportó con intolerable ignominia y repudió sus obligaciones socialistas hasta un punto inigualado en el resto del mundo.

Nosotros, los marxistas, que nos guiamos por el principio de la evolución histórica, no podríamos esperar que en la Alemania que contempló el horrendo espectáculo del 4 de agosto, y que durante cuatro años cosechó lo que se sembró ese día, apareciera repentinamente, el 9 de noviembre de 1918, una revolución gloriosa, inspirada en una conciencia de clase definida, dirigida hacia un objetivo concebido con toda claridad.

Lo que ocurrió el 9 de noviembre fue, en menor medida, el triunfo de un nuevo principio; apenas un poco más que la caída del sistema imperialista existente.

[*iMuy bien!*]

Había llegado el momento de la caída del imperialismo, un coloso con pies de barro, que se resquebrajaba por dentro. La secuela de esta caída fue una movilización más o menos caótica, desprovista de un plan razonado. La única fuente de unidad, el único principio persistente y salvador fue la consigna "Por consejos de obreros y soldados". Esa era la consigna de la revolución con la cual, a pesar de la insuficiencia y debilidad de la primera fase, inmediatamente reclamó el derecho de contarse entre las revoluciones obreras socialistas. A quienes participaron en la revolución del 9 de noviembre, y sin embargo arrojan calumnias sobre los bolcheviques rusos, no podemos dejar de preguntarles:

"¿Dónde aprendisteis el alfabeto de vuestra revolución? ¿Acaso no fueron tus rusos quienes os enseñaron a pedir consejos de obreros y soldados?"
[*Aplausos*]

Esos pigmeos que hoy, en su carácter de dirigentes de un gobierno que falsamente llaman socialista, consideran que una de sus tareas principales es unirse a los imperialistas ingleses en su ataque asesino contra los bolcheviques, han sido delegados de los consejos de obreros y soldados, reconociendo así que la Revolución Rusa creó las primeras consignas de la revolución mundial. El estudio de la situación imperante nos permite predecir con certeza que, cualquiera que sea el país donde estalle la próxima revolución proletaria después de Alemania, el primer paso será la formación de consejos de obreros y soldados. [*Murmulllos de aprobación*].

He aquí el vínculo que une internacionalmente a nuestro movimiento. Este es el lema que distingue tajantemente a nuestra revolución de todas las revoluciones anteriores, las revoluciones burguesas. El 9 de noviembre, el primer grito de la revolución, instintivo como el llanto de un recién nacido, fue por consejos de obreros y soldados. Ese fue nuestro grito de guerra

común, y sólo a través de los consejos podemos aspirar a la realización del socialismo. Pero es característico de los rasgos contradictorios de nuestra revolución, característico de las contradicciones que acompañan a toda revolución, que en el momento de lanzarse este poderoso, conmovedor e instintivo grito, la revolución era tan insuficiente, tan débil, tan falta de iniciativa, tan falta de claridad en cuanto a sus propios objetivos, que el 10 de noviembre nuestros revolucionarios permitieron que escaparan de sus manos casi la mitad de los instrumentos de poder que habían tomado el 9 de noviembre.

De esto aprendemos, por un lado, que nuestra revolución está sujeta a la arbitraria ley del determinismo histórico, ley que garantiza que, a pesar de las dificultades y complicaciones, a pesar de todos nuestros errores, avanzaremos sin embargo paso a paso hacia nuestra meta.

Por otra parte, debemos reconocer, al comparar este espléndido grito de guerra con la insuficiencia de los resultados obtenidos, que estos no fueron más que los primeros pasos infantiles y vacilantes de la revolución, que tiene muchas tareas difíciles que cumplir y un largo camino por recorrer antes de poder realizar las primeras consignas.

Las semanas que transcurrieron entre el 9 de noviembre y el día de hoy están plagadas de toda clase de ilusiones. La primera ilusión de los obreros y soldados que hicieron la revolución fue creer en la posibilidad de unidad bajo la bandera de lo que se hace llamar socialismo. ¿Dónde se refleja mejor la debilidad de la revolución del 9 de noviembre que en el hecho de que desde el comienzo de dirección pasó a manos de individuos que pocas horas antes de que ésta estallara habían resuelto que su principal deber era lanzar advertencias en contra de la revolución [¡muy bien!], tratar de imposibilitar su realización; a manos de tipos de la calaña de Ebert, Scheideman y Hasse? Una de las ideas directrices de la revolución del 9 de noviembre era la de unificar a las distintas tendencias socialistas.

Dicha unión debía efectuarse por aclamación. Esta ilusión se cobró una venganza sangrienta, y los acontecimientos de los últimos días provocaron un amargo despertar; pero el autoengaño fue universal, y afectó a los grupos de Ebert y Scheideman y a la burguesía tanto como a nosotros.

Hubo otra ilusión, que también afectó a la burguesía, durante este acto inicial de la revolución: creyeron que mediante la combinación Ebert-Hasse, mediante el gobierno autotitulado socialista, realmente podrían frenar a las masas proletarias y estrangular la revolución socialista. Otra ilusión sufrieron también los miembros del gobierno de Scheideman-Ebert al

pensar que con la ayuda de los soldados que volvían del frente podrían controlar a los obreros y reprimir toda manifestación de la lucha de clases socialista. Tales son las distintas y variadas ilusiones que explican los recientes acontecimientos. Una tras otra, se han disipado. Se ha demostrado claramente que la unión de Hasse con Ebert-Scheideman bajo la bandera del "socialismo" no es sino la hoja de parra que le da visos de decencia a la política contrarrevolucionaria. Nosotros mismos, como siempre sucede durante las revoluciones, nos hemos curado de nuestras ilusiones.

Existe un procedimiento revolucionario definitivo mediante el cual se libera al pueblo de las ilusiones pero, desgraciadamente, la cura exige sangrías. En la Alemania revolucionaria los acontecimientos siguieron el curso que es característico de todas las revoluciones. El derramamiento de sangre del 6 de diciembre en la calle Chaussee, la masacre del 24 de diciembre, les mostraron la verdad al grueso de las masas populares. A través de estos hechos aprendieron que lo que se hace llamar gobierno socialista es el gobierno de la contrarrevolución. Comprendieron que quienquiera que tolere semejante estado de cosas conspira contra el proletariado y contra el socialismo. [*Aplausos*].

Ha desaparecido también la ilusión abrigada por los señores Ebert, Scheideman y Cía. de que, con la ayuda de los soldados que vuelven del frente podrán someter a los obreros para siempre. ¿Cuál ha sido el resultado de las experiencias del 6 y el 24 de diciembre? Últimamente es notable como ha cundido la desilusión en la soldadesca. Estos hombres comienzan a mirar con ojos críticos a quienes los usaron de carne de cañón contra el proletariado socialista. En esto vemos otra vez la aplicación de la ley de que la revolución socialista sufre un determinado proceso objetivo, una ley según la cual los batallones del movimiento obrero aprenden, a través de la amarga experiencia, a reconocer el verdadero camino de la revolución. Nuevas unidades de soldados han sido traídas a Berlín, nuevos destacamentos de carne de cañón, fuerzas adicionales para aplastar a los proletarios socialistas, con el resultado de que, de un cuartel tras otro, vienen los pedidos de folletos y volantes del grupo *Espartaco*.

Esto señala el fin del primer acto. Las esperanzas de Ebert y Scheideman de dominar al proletariado con la ayuda de los elementos reaccionarios de la soldadesca, ya han sido frustradas en gran medida. Lo que les aguarda para el futuro muy próximo es la creciente difusión de las tendencias revolucionarias en los cuarteles. Así aumentarán las fuerzas del proletariado combatiente a la vez que disminuyen las de los contrarrevolucionarios. Como consecuencia de estos cambios tendrá que

desaparecer la ilusión que anima a la burguesía, la clase dominante. Al leer los periódicos de los últimos días, los de las jornadas posteriores a los incidentes del 24 de diciembre, no se puede dejar de percibir sentimientos de desilusión combinados con indignación, fruto de que los secuaces de la burguesía, los que ocupan los puestos de poder, han resultado ineficaces. [*iMuy bien!*]

Se esperaba de Ebert y Scheideman que demostraran ser los hombres fuertes, buenos domadores de leones. ¿Qué han logrado? Han reprimido unos cuantos disturbios sin importancia, con el resultado de que la hidra de la revolución ha levantado su cabeza con más decisión que nunca. Por lo tanto la desilusión es mutua, o mejor dicho, universal.

Los obreros han perdido la ilusión que los llevó a creer que la unión de Hasse con Ebert-Scheideman equivaldría a un gobierno socialista. Ebert y Scheideman han perdido la ilusión que los indujo a imaginar que con la ayuda de los proletarios en uniforme militar podrían controlar permanentemente a los proletarios de ropa civil. La clase media ha perdido la ilusión de que, por intermedio de Ebert, Scheideman y Hasse, pueden engañar a toda la revolución socialista alemana respecto de los objetivos que busca. Todas estas cosas poseen una fuerza negativa, y lo que queda de ellas son los retazos y harapos de las ilusiones perdidas. Pero es en verdad un gran aporte a la causa del proletariado que de la primera fase de la revolución no queden sino retazos y harapos, porque nada hay más dañino que una ilusión, a la vez que nada sirve tanto a la causa revolucionaria como la verdad desnuda.

Es apropiado que recuerde las palabras de uno de nuestros escritores clásicos, un hombre que no era un revolucionario proletario sino un espíritu revolucionario proveniente de la clase media. Me refiero a Lessing, y paso a citar un pasaje que siempre ha suscitado mi interés y simpatía:

“No sé si es un deber sacrificar la felicidad y la vida en aras de la verdad (...) Pero si sé que tenemos el deber, si queremos enseñar la verdad, de enseñarla completa o no enseñarla, enseñarla con claridad y franqueza, sin equívocos ni reservas, inspirados por la plena confianza en su poder (...) Cuanto más grosero el error, más corto y directo es el camino que conduce a la verdad. Pero un error altamente sofisticado nos alienará permanentemente de la verdad, tanto más cuánto más nos cueste comprender que se trata de un error (...) Quien piense en llevar a la humanidad la verdad enmascarada y pintarrajeada, puede ser el alcahuete de la verdad, pero jamás ha sido su amante.”

Camaradas, los señores Haase, Dittmann, etcétera, han querido traernos la revolución, implantar el socialismo, cubierto con una máscara, untado de carmín; han así demostrado ser los alcahuetes de la contrarrevolución.

Hoy estas máscaras han caído, y lo que en verdad se ofrecía se revela en la política brutal y dura de los señores Ebert y Scheidemann. Hoy ni el más necio puede equivocarse.

Lo que ofrece es la contrarrevolución, en toda su repugnante desnudez. El primer acto ha terminado.

¿Cuáles son las posibilidades para el futuro?

No se trata, desde luego, de hacer profecías. Sólo podemos tratar de deducir las consecuencias lógicas de lo ocurrido, para sacar conclusiones en cuanto a las probabilidades futuras y así adaptar nuestras tácticas a dichas probabilidades.

¿A dónde conduce, aparentemente, ese camino?

Podemos sacar algunos indicios de las últimas declaraciones del gobierno de Ebert- Scheidemann, declaraciones libres de ambigüedad.

¿Qué hará, posiblemente, este autotitulado gobierno socialista ahora que, como acabo de demostrar, las ilusiones se han disipado?

Día a día el gobierno pierde más y más el apoyo de las amplias masas proletarias. Fuera de la pequeña burguesía, apenas les quedan algunos pequeños remanentes del movimiento obrero, y dudo mucho que éstos últimos sigan prestando ayuda a Ebert- Scheidemann por mucho tiempo.

El gobierno también pierde cada vez más el apoyo del ejército, puesto que los soldados han tomado la senda del autoexamen y la autocrítica. Las consecuencias de este proceso podrán parecer al comienzo algo lentas, pero los llevarán irresistiblemente a la adquisición de una mentalidad plenamente socialista. En cuanto a la burguesía, Ebert y Scheidemann también han perdido la confianza de este sector, al no mostrarse lo suficientemente fuertes.

¿Qué pueden hacer?

No tardarán en poner fin a la comedia de la política socialista. Cuando leáis el nuevo programa de estos caballeros, veréis que marchan a todo vapor hacia la segunda fase, la de la contrarrevolución abierta o, se puede decir también, hacia la restauración de las condiciones preexistentes, prerrevolucionarias.

¿Cuál es el programa del nuevo gobierno? Propone la elección de un presidente que ocuparía una posición intermedia entre la del rey de Inglaterra y la del presidente de Estados Unidos [¡Bravo!] Vendría a ser una especie de Rey Ebert. En segundo lugar, proponen reimplantar el consejo federal. Podéis leer hoy las exigencias independientes que formulan los gobiernos del sur de Alemania, exigencias que subrayan el carácter federal de reino alemán. La reimplantación del viejo consejo federal, conjuntamente por supuesto, con su viejo apéndice, el Reichstag, es cuestión de un par de semanas, a lo sumo. Camaradas, Ebert y Scheidemann se dirigen así a la reimplantación usa y llana de las condiciones existentes antes del 9 de noviembre. Pero han entrado así en una aguda pendiente, y es posible que no tarden en encontrarse en el fondo del abismo, con todos los huesos rotos. Porque para el 9 de noviembre las condiciones que imperaban antes estaban ya perimidas, y hoy Alemania se encuentra a muchas millas de distancias de la posibilidad de restablecerlas.

Para conseguir el respaldo de la única clase cuyos intereses representa realmente este gobierno, para conseguir el apoyo de la burguesía —apoyo que les ha sido retirado en virtud de los recientes sucesos— Ebert y Scheidemann se verán obligados a aplicar una política cada vez más contrarrevolucionaria.

Las exigencias de los estados alemanes del sur, publicadas hoy en los diarios berlineses, expresan francamente su deseo de lograr “mayor seguridad” para el reino alemán. Esto significa, en términos sencillos, que desean que se declare el estado de sitio para contener a los elementos “anarquistas, turbulentos y bolchevistas”; en otras palabras, para contener a los socialistas. La presión de las circunstancias obligarán a Ebert y Scheidemann a recurrir a la dictadura, con o sin estado de sitio. Así, como resultado del proceso anterior, por la simple lógica de los acontecimientos y en función de las fuerzas que controlan a Ebert y Scheidemann, en el segundo acto de la revolución tendremos una oposición de tendencias mucho más pronunciada y una lucha de clases más acentuada.

[¡Bravo!]

Esta intensificación del conflicto no se producirá solamente en virtud de que las influencias políticas que acabo de mencionar provocarán, al disiparse todas las ilusiones, un combate de cuerpo a cuerpo entre la revolución y la contrarrevolución. Además, de las profundidades vienen las llamas de un nuevo incendio, las llamas de la lucha económica.

Fue un rasgo típico de la revolución que se mantuviera estrictamente en el campo político, durante el primer período, hasta el 24 de diciembre. De ahí el carácter infantil, la insuficiencia, el desgano, la falta de miras de la revolución. Esa fue la primera etapa de una transformación revolucionaria cuyo objetivo principal está en el campo económico, cuyo objetivo principal es provocar un cambio fundamental en el terreno económico.

Sus pasos fueron tan vacilantes como los de los de un niño que busca a tientas su camino sin saber a dónde va; porque en esta etapa, repito, la revolución se mantuvo en un terreno puramente político. Pero en las últimas dos o tres semanas se han producido algunas huelgas, en buena medida espontáneas. Ahora bien, yo considero que la esencia misma de la revolución reside en que las huelgas se extenderán más y más, hasta constituir, por fin, el foco de la revolución.

[*Aplausos.*]

Así tendremos una revolución económica y, junto con ello, una revolución socialista. La lucha por el socialismo debe ser librada por las masas, sólo por las masas, frente a frente con el capitalismo; se tiene que librar en todos los lugares de trabajo, cada proletario contra su patrón. Sólo así podrá ser una revolución socialista.

Los insensatos se habían trazado un cuadro muy distinto del curso de los acontecimientos. Imaginaban que bastaría derribar al viejo gobierno, poner un gobierno socialista a la cabeza de los asuntos de la nación, y proclamar el socialismo por decreto.

¿Otra ilusión? El socialismo no puede ser ni será creado por decreto; no lo puede crear gobierno alguno, por socialista que sea. El socialismo lo deben crear las masas, lo debe realizar cada proletario. Allí donde estén forjadas las cadenas del capitalismo, deben ser rotas. Eso es lo único a lo que se puede llamar socialismo, y es la única manera en que éste puede implantarse.

¿Cuál es la forma eterna de la lucha por el socialismo?

La huelga, y es por ello que la fase económica del proceso ha pasado al frente en el segundo acto de la revolución. Podemos estar orgullosos de ello, puesto que nadie nos puede disputar ese honor. Nosotros, los del grupo Espartaco, nosotros, el Partido Comunista Alemán, somos los únicos en toda Alemania que estamos de parte de los obreros huelguistas combatientes.

[¡Muy bien!] habéis leído y sido testigos, una y otra vez, de la posición de los socialistas independientes respecto a las huelgas. No había diferencias entre la posición de *Vorwärts* y la de *Freiheit*. Ambos periódicos entonaban el mismo estribillo: *Trabajad, el socialismo significa trabajar mucho.*

¡Esto decían aunque el capitalismo todavía está en el poder!

El socialismo no se construye de esa manera, sino en la lucha sin cuartel contra el capitalismo.

Sin embargo, vamos que las pretensiones capitalistas encuentran defensores, no solo entre los más destacados especuladores sino también en los socialistas independientes y su órgano, el *Freiheit*; vemos que nuestro Partido Comunista es el único que apoya a los obreros contra las exacciones del capital. Esto basta para demostrar que hay todos los enemigos implacables de la huelga, salvo quienes levantan con nosotros la plataforma del comunismo revolucionario.

La conclusión a extraer es que durante el segundo acto de la revolución las huelgas no sólo tenderán a prevalecer, sino que, además, las huelgas pasarán a ser el rasgo central y el factor decisivo de la revolución, y las cuestiones puramente políticas pasarán a segundo plano. La consecuencia inevitable será que las luchas económicas se intensificarán enormemente.

Por ese camino la revolución adquirirá ciertos aspectos que para la burguesía no son broma. Los integrantes de la clase capitalista están bien dispuestos a aceptar las mistificaciones en la esfera política, donde tales fantochadas son posibles, donde criaturas de la calaña de Ebert y Scheidemann pueden hacerse pasar por socialistas; pero los horroriza cualquier atentado directo contra sus ganancias.

Por eso, los capitalistas le plantearán el gobierno de Ebert-Scheidemann las siguientes alternativas. Poned fin a las huelgas -dirán- poned fin a este movimiento huelguístico que amenaza destruirnos; si no, no nos servís más. Yo creo, por cierto, que el gobierno se ha hundido a sí mismo con sus medidas políticas. Ebert y Scheidemann descubren con tristeza que la

burguesía ya no los necesita más. Los capitalistas lo pensarán dos veces antes de ponerle la capa de armiño a ese arribista grosero que es Ebert. Si las cosas llegan a un punto tal que se necesite un monarca, dirán: "No basta tener sangre en las manos para ser rey; también hay que tener sangre azul en las venas". [*Muy bien!*]

Si se llega a esa situación, dirán: "Ya que necesitamos un rey, no aceptaremos a un arribista que no posee modales regios". [*Risas.*]

No se puede especificar los detalles. Pero no nos preocupan las cuestiones de detalle, la cuestión de qué ocurrirá y cuándo, exactamente. Bástenos conocer las líneas generales del proceso. Bástenos saber que, al primer acto de la revolución, a la fase cuyo rasgo principal ha sido la lucha política, seguirá una fase caracterizada por la intensificación de la lucha económica, y que tarde o temprano el gobierno de Ebert y Scheidemann se irá al reino de las sombras.

No es fácil predecir que ocurrirá con la Asamblea Nacional durante el segundo acto de la revolución. Quizás resulte una nueva escuela para educar a la clase obrera. Pero parece igualmente probable que no llegue a aparecer nunca. Permítaseme agregar, entre paréntesis, para ayudarnos a comprender sobre qué bases defendíamos ayer nuestra posición, que objetábamos únicamente el limitar nuestra táctica a una sola alternativa. No reabriré toda la discusión, pero diré dos palabras para que ninguno crea que digo blanco y negro al mismo tiempo. Nuestra posición de hoy es precisamente la de ayer. No proponemos basar nuestra práctica en relación a la Asamblea Nacional sobre algo que es una posibilidad y no una certeza. Nos negamos a jugar a la única carta de que la Asamblea Nacional jamás llegará a existir. Queremos estar preparados para todas las eventualidades, inclusive la de utilizar la Asamblea Nacional para los fines revolucionarios, si es que llega a crearse. Se cree o no, nos es indiferente, porque el éxito de la revolución es seguro.

¿Qué quedará, entonces, del gobierno de Ebert-Schiedemann o de cualquier otro gobierno supuestamente socialdemócrata cuando se haga la revolución?

Ya he dicho que las masas obreras están alejadas de ellos, y que ya no se puede contar con los soldados para que sirvan de carne de cañón de la contrarrevolución.

¿Qué podrán hacer los pobres pigmeos? ¿Cómo salvarán la situación?

Les quedará una última oportunidad. Quienes hayan leído los diarios de hoy habrán visto cuáles son sus últimas reservas, sabrán a quienes dirigirá contra nosotros la contrarrevolución alemana si se llega a la situación extrema.

Habréis leído que las tropas alemanas estacionadas en Riga ya marchan hombro a hombro con los ingleses contra los bolcheviques rusos.

Camaradas, tengo en mis manos documentos que echan luz sobre los sucesos de Riga. Todo proviene del cuartel general del octavo ejército, que colabora con el dirigente socialdemócrata y sindical Herr August Winning.

Se nos dice siempre que los pobres Ebert y Scheidemann son víctimas de los aliados. Pero en las últimas semanas, desde el comienzo de nuestra revolución, *Vorwärts* se ha dado la política de sugerir que los aliados desean sinceramente aplastar la Revolución Rusa.

Tenemos documentos que demuestran cómo esto ha sido orquestado en detrimento del proletariado ruso y de la revolución alemana. En un telegrama fechado el 26 de diciembre, el Teniente Coronel Bürkner, jefe del estado mayor del octavo ejército, informa sobre las negociaciones que culminaron en este acuerdo en Riga. El telegrama dice:

"El 23 de diciembre hubo una conversación del plenipotenciario alemán Winnig con el plenipotenciario británico Monsaquet, ex cónsul general en Riga. La entrevista se realizó a bordo del H.M.S. Princess Margaret, con la presencia, por invitación, del comandante de las tropas alemanas. Yo representé al mando del ejército. El propósito de la misma fue ayudar a cumplir las condiciones del armisticio. La conversación versó sobre lo siguiente:

"De la parte inglesa: Los buques británicos en Riga supervisarán el cumplimiento del armisticio. Sobre estas condiciones se basan las siguientes exigencias:

" 1 - Los alemanes mantendrán una fuerza en esta región que baste para contener a los bolcheviques y les impida extender la zona que ocupan [...]

" 3 - El oficial británico recibirá un informe de la disposición de las tropas que combaten a los bolcheviques, comprendidos los soldados letones y alemanes, para que el jefe militar naval esté informado. Asimismo se deben comunicar al mismo oficial todas las

futuras disposiciones de las tropas que luchan contra los bolcheviques.

" 4 - Se debe mantener una fuerza armada en los lugares que se nombran

" 5 - El ferrocarril que une Riga con Libau debe ser defendido del ataque bolchevique, y todas las provisiones y comunicaciones británicas que recorran esta línea recibirán trato preferencial.' "

Sigue una serie de exigencias adicionales. Veamos ahora la respuesta de *Herr Winnig*, plenipotenciario alemán y dirigente sindical.

"Aunque no es usual que se exprese el deseo de obligar a un gobierno a mantener la ocupación de un estado extranjero, en este caso deseáramos hacerlo, puesto que se trata de proteger la sangre alemana -¡Los barones del Báltico!- Además, consideramos que es nuestro deber moral ayudar al país al que hemos liberado de su estado de dependencia. Sin embargo, es probable que nuestros deseos se vean frustrados, porque nuestros soldados es esta región son en su mayoría hombres de cierta edad y poco aptos para el servicio y, en virtud del armisticio, muy ansiosos de volver a sus hogares y de poco espíritu de lucha; en segundo lugar, los gobiernos del Báltico tienden a considerar a los alemanes opresores. Pero trataremos de proveer tropas de voluntarios con espíritu de combate, y en realidad esto ya se ha hecho en parte."

Aquí vemos la contrarrevolución en marcha. Habréis leído hace poco de la formación de la División de Hierro, destinada a combatir a los bolcheviques en las provincias del Báltico. En ese momento existían dudas respecto de la actitud del gobierno Ebert-Scheidemann. Comprenderéis ahora que quien tuvo la iniciativa en la creación de esta fuerza fue el gobierno.

Una palabra más respecto de Winnig. No es casual que un dirigente sindical preste semejantes servicios políticos. Podemos decir sin vacilar que los dirigentes sindicales alemanes y los social-demócratas alemanes son los canallas más infames que el mundo haya conocido. [*Gritos y aplausos.*]

¿Sabéis dónde tendrían que estar los tipos como Winnig, Ebert y Scheidemann?

Según el código penal alemán que, se nos dice, sigue en vigor, y sigue siendo la base del sistema legal, ideberían estar en la cárcel! [*Gritos y aplausos.*]

Porque el código penal alemán castiga con la cárcel a quien ponga a soldados alemanes al servicio de una potencia extranjera. Hoy, a la cabeza del gobierno "socialista" alemán hay hombres que son no sólo "judas" del movimiento socialista y traidores a la revolución proletaria, sino también criminales, que no merecen codearse con la gente decente. [*Fuertes aplausos.*]

Retomando el hilo de mi discurso, es claro que estas maquinaciones, la formación de Divisiones de Hierro y, sobre todo, el acuerdo con los imperialistas británicos, debe considerarse las últimas reservas, que serán convocadas en caso de necesidad para aplastar al movimiento socialista alemán. Además, el problema cardinal, el de las perspectivas de paz, está ligado íntimamente a este asunto.

¿A qué pueden conducir las negociaciones, sino a un nuevo brote de guerra?

Mientras esos canallas hacen su comedia en Alemania, queriendo hacernos creer que trabajan horas extras para tratar de negociar la paz, y declarando que los espartaquistas somos los perturbadores de la paz que intranquilizamos a los aliados y la retrasamos, ellos mismos lanzan nuevamente la guerra, una guerra en el este a la que pronto seguirá una guerra en suelo alemán.

Una vez más nos hallamos ante una situación que no puede traer como consecuencia más que una etapa de grandes conflictos. Nos incumbe a nosotros defender, no sólo el socialismo, no sólo la revolución, sino también la paz mundial. He aquí la justificación de la táctica que empleamos en todo momento los del grupo *Espartaco* durante los cuatro años de guerra. La paz es la revolución mundial del proletariado. Hay una sola manera de imponer y salvaguardar la paz: ila victoria del proletariado socialista! [*Aplausos prolongados.*]

¿Cuáles sen las consideraciones tácticas que debemos deducir de ello?
¿Cuál es la mejor manera de enfrentar la situación que probablemente se nos presentará en el futuro inmediato?

Vuestra primera conclusión será indudablemente la esperanza de una próxima caída del gobierno Ebert-Scheidemann, y de que ocupe su lugar

un gobierno que se declare socialista revolucionario proletario. Yo os pido que no dirijáis nuestra atención hacia la cumbre, sino a la base. No debemos recaer en la ilusión de la primera fase de la revolución, la del 9 de noviembre; no debemos pensar que cuando queramos realizar la revolución socialista bastará con derrocar al gobierno capitalista y poner otro en su lugar. Hay un solo camino hacia la victoria de la revolución proletaria.

Debemos comenzar socavando el gobierno Ebert-Scheidemann, destrozando sus cimientos mediante la movilización revolucionaria masiva del proletariado. Además, permitidme recordaros algunas de las insuficiencias de la revolución alemana, insuficiencias no superadas al cierre del primer acto de la revolución.

Distamos de hallarnos en una situación en la que la caída del gobierno garantice el triunfo del socialismo. He tratado de demostrar que la revolución del 9 de noviembre fue, ante todo, una revolución política; mientras que la revolución que cumplirá nuestros objetivos ha de ser, además y sobre todo, una revolución económica.

Incluso, el movimiento revolucionario abarcó únicamente las ciudades, y hasta el día de hoy no ha llegado a las zonas rurales. El socialismo sería ilusorio si dejara intacto el sistema agrario imperante. Desde la amplia perspectiva de la economía socialista, la industria manufacturera no puede remodelarse a menos que se acelere el proceso mediante la transformación socialista de la agricultura. La idea directriz de la transformación económica que construirá el socialismo es la abolición de la diferencia y contraste entre la ciudad y el campo. Esta separación, este conflicto, esta contradicción es un fenómeno puramente capitalista, y debe desaparecer apenas asumimos el punto de vista socialista.

Si la reconstrucción socialista ha de emprenderse con toda la seriedad, nuestra atención debe dirigirse tanto al campo como a los centros industriales, y sin embargo ni siquiera hemos dado el primer paso con respecto a aquél. Esto es esencial, no sólo porque no podemos construir el socialismo sin socializar la agricultura; sino porque, aunque pensemos que ya hemos considerado las últimas reservas de la contrarrevolución, queda otra importante que todavía no hemos tenido en cuenta. Me refiero al campesinado.

Precisamente porque el socialismo no los ha tocado aún, los campesinos constituyen una reserva adicional para la burguesía contrarrevolucionaria.

Lo primero que harán nuestros enemigos cuando la llama de la antorcha socialista les empiece a quemar los pies, será movilizar a los campesinos, defensores fanáticos de la propiedad privada. Hay una sola manera de adelantarse a esta potencia contrarrevolucionaria amenazante. Debemos llevar la lucha de clases al campo; debemos movilizar al proletariado sin tierras y a los campesinos pobres contra los campesinos ricos. [*Fuertes aplausos.*]

A partir de aquí podemos deducir qué tenemos que hacer para garantizar el triunfo de la revolución. Primero y principal, debemos extender en todas direcciones el sistema de consejos obreros. Lo que queda del 9 de noviembre son los comienzos débiles, y ni siquiera los tenemos todos.

Durante la primera fase de la revolución perdimos fuerzas que habíamos adquirido al comienzo. Sabéis que la contrarrevolución se ha empeñado en la destrucción sistemática del sistema de consejos de obreros y soldados.

El gobierno contrarrevolucionario de Hesse los ha abolido totalmente; en otras partes el poder ha sido arrancado de sus manos. Entonces, no basta con desarrollar el sistema de consejos de obreros y soldados, sino que debemos inducir a los trabajadores rurales y a los campesinos pobres a adoptar este sistema. Tenemos que tomar el poder, y el problema de la toma del poder se plantea de la siguiente manera: ¿Qué puede hacer, en cada lugar de Alemania, cada consejo de obreros y soldados? [*¡Bravo!*]

Esa es la fuente de poder. Debemos minar el Estado burgués, debemos, en todas partes, poner fin a la separación de poderes públicos, a la división entre los poderes ejecutivo y legislativo. Esos poderes deben unificarse en manos de los consejos de obreros y soldados.

Camaradas, tenemos un campo extenso por cultivar. Debemos construir de abajo hacia arriba, hasta que los consejos de obreros y soldados sean tan fuertes que la caída del gobierno Ebert-Scheidemann será el último acto del drama. Para nosotros la conquista del poder no será fruto de un solo golpe. Será un acto progresivo porque iremos ocupando progresivamente las instituciones del Estado burgués, defendiendo con uñas y dientes lo que tomemos.

Además, considero, junto con mis colaboradores más íntimos en el partido, que la lucha económica también estará en manos de los consejos obreros. La solución de los problemas económicos, y la expansión del área de aplicación de esta solución, deben estar en manos de los consejos obreros. Los consejos deben ejercer todo el poder estatal. Á ese fin debemos dirigir

nuestras actividades en el futuro inmediato, y es obvio que si aplicamos esta línea la lucha no dejará de intensificarse inmediata y colosalmente. Paso a paso, en lucha cuerpo a cuerpo, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada comuna, todos los poderes estatales deben pasar, pieza por pieza, de la burguesía a los consejos de obreros y soldados.

Pero antes de tomar estas medidas los militantes de nuestro partido y los proletarios en general deben educarse y disciplinarse. Aun en los lugares donde los consejos de obreros y soldados ya existen, no comprenden por qué existen. [*iMuy bien!*]

Debemos hacer comprender a las masas que el consejo de obreros y soldados debe ser el eje de la maquinaria estatal, que debe concentrar todo el poder en su seno y que debe utilizar dichos poderes para el único inmenso propósito de realizar la revolución socialista. Todavía los obreros organizados para formar consejos de obreros y soldados distan mucho de comprender esa perspectiva, y sólo minorías proletarias aisladas comprenden las tareas que les incumben. Pero no hay razón para quejarse de ello, puesto que es normal. Las masas deben aprender a ejercer el poder, ejerciendo el poder. No hay otro camino. Felizmente, quedaron atrás los días en que nos proponíamos "educar" al proletariado en el socialismo.

Parecería que los marxistas de la escuela de Kautsky siguen viviendo en esas épocas pasadas. Educar en el socialismo a las masas proletarias significaba distribuir volantes y folletos, hacer conferencias. Pero ése no es hoy el método de educar a los proletarios. Hoy, los obreros aprenderán en la escuela de la acción. [*iMuy bien!*]

Nuestro evangelio dice: en el principio era el hecho. La acción significa para nosotros que los consejos de obreros y soldados deben comprender su misión y aprender a convertirse en las únicas autoridades públicas en toda la extensión del reino. Sólo así prepararemos el terreno de modo que todo esté dispuesto cuando llegue la revolución que coronará nuestra obra.

Deliberadamente, y con plena conciencia del significado de estas palabras, os dijimos ayer, os dije yo en particular: "¡No creáis que las cosas serán fáciles en el futuro!" Algunos camaradas imaginan erróneamente que yo sostengo que podemos boicotear la Asamblea Nacional y cruzarnos de brazos. Es imposible, en el tiempo que nos queda, discutir a fondo el problema, pero permitidme decir que yo jamás quise significar semejante cosa. Yo quise decir que la historia no va a facilitarnos la revolución como

facilitó las revoluciones burguesas. En esas revoluciones bastó con derrocar el poder oficial central y entregar la autoridad a unas cuantas personas.

Pero nosotros debemos trabajar desde abajo. Allí se revela el carácter masivo de nuestra revolución, que busca transformar la estructura de la sociedad. Es una característica de la revolución proletaria moderna que no debamos conquistar el poder político desde arriba sino desde abajo.

El 9 de noviembre fue un intento, un intento débil, desgano, semiconsciente y caótico de derrocar la autoridad pública y poner fin al dominio de la propiedad privada. Lo que nos incumbe ahora es concentrar deliberadamente todas las fuerzas del proletariado para atacar las bases mismas de la sociedad capitalista. Allí, en la base, donde el patrón enfrenta a sus esclavos asalariados; allí, en la raíz, donde los órganos ejecutivos de la propiedad enfrentan a los objetos de su gobierno, a las masas; allí, paso a paso, debemos arrancar el poder de las clases dominantes, tomarlo en nuestras manos. Trabajando con esos métodos puede parecer que el proceso será bastante más pesado de lo que imaginábamos en el primer arrebato de entusiasmo. Creo que debemos comprender con toda claridad las dificultades y complicaciones que aparecen en el camino de la revolución.

Espero que en vuestro caso, como en el mío, la descripción de las dificultades enormes que debemos enfrentar, de las inmensas tareas que debemos asumir, no disminuirá el entusiasmo ni paralizará las energías.

Todo lo contrario, cuanto mayor la tarea, mayor el fervor con el que concentraréis vuestras energías. Tampoco debemos olvidar que la revolución puede obrar con extraordinaria velocidad. No trataré de predecir cuánto tiempo necesitaremos.

¿Quién de nosotros se preocupa por el tiempo, mientras alcance la vida para lograr el objetivo? Bástenos tener claridad acerca del trabajo que nos aguarda; he tratado de bosquejar lo mejor posible, en rasgos generales, el trabajo que tenemos por delante.

[Aplausos tumultuosos.]